



lola chinchilla

AMAL

# INTRODUCCION

Amal cariño, ya tienes el desayuno  
preparado- dijo ella en voz alta - ya voy  
abuela, ya casi estoy- llegué enseguida a la  
cocina - que bien huelen esas tostadas- le  
dije dándole un beso en la mejilla. Me quedé  
observándola. Era la mejor abuela del  
mundo y cocinaba genial. Siempre era  
simpática y yo me apoyaba en ella para  
todo. Nos sentamos a la mesa y la miré  
muy fijamente. -Será para ti- dijo de pronto -  
¿el qué, abuela?- pregunté - - la tradición, el  
equilibrio, la fuerza de tus ancestros... será  
tu deber...

1.-

Aceleré el paso, mientras me subía la

solapa del abrigo protegiéndome del frío, tenía las manos heladas, los bolsillos no eran grandes, mis manos apenas cabían en ellos.

-“Joder” –pensé cabreada- “Otra vez, la Charo me ha dejao tirada”.

Estábamos haciendo un trabajo para la universidad, Chari era mi compañera de piso, teníamos que ir a la biblioteca a recoger apuntes, pero como siempre, me dio plantón. Probablemente ni siquiera se acordaría que habíamos quedado, estaría en casa de su novio, pasando de todo.

Faltaba poco para que oscureciera. La biblioteca estaría abierta hasta las 19:00 hrs. Tenía un margen de noventa minutos aproximadamente para recopilar información.

-“Joder” –pensé más cabreada aún-  
Como odio el invierno.

-¡Por fin! –mostré mi carnet a la chica de la entrada, colgué mi abrigo y entré en una amplia sala de la que partían pasillos interminables de altas estanterías con todo tipo de libros. Ya sé, estaréis pensando: ¿“porqué no utiliza internet”? Pues porque

la red y yo, no nos llevamos muy bien, prefiero utilizar los métodos de siempre, un buen libro.

A esa hora se estaba bastante bien, al menos la calefacción aportaba calorcito y apenas había gente, el material de consulta estaba prácticamente en su totalidad a mi disposición, cogí la hoja de guías y busque en el índice, ordenados por materias.

- Antropología Forense

- Composición corporal, Somatología, Somatometría y Salud.



- Fila 8, estante 12, apartados 7 y 8.

Con resolución me encaminé hacia la fila correspondiente y entré en el largo pasillo. El estante nº 12 estaba casi en la mitad del corredor, busqué en los apartados del epígrafe, fácil y rápido. Ahora se planteaba un problema, el libro que quería estaba en el apartado 8, necesitaba una escalera, miré a lo largo del pasillo, nada, ninguna escalinata ni nadie alrededor, me alcé todo lo que pude sobre la puntera de mis zapatos, conseguí atrapar el libro, un tomo grueso que se me venía encima, pero

que no me llegó a dar, alguien justo detrás de mí lo sujetó antes que me atizara un buen golpe. Percibí de inmediato el olor de un buen perfume, fresco y salvaje al mismo tiempo.

-No te vuelvas –me susurró al oído, mientras sus labios rozaban mi oreja.

-Pero...

-Shhhh, no hables, -dijo acercando su respiración a mi cuello.

Un ligero calor envolvió mi cuerpo cuando sentí sus manos en mi cintura,

intenté volverme, pero el extraño hizo presión con su cuerpo acercándolo mucho al mío, prácticamente estaba inmovilizada bajo el abrazo de aquel chico. Asombrada, noté como aquel calor que recorría mi cuerpo se acentuaba. El joven me debía sacar una cabeza al menos. Entonces sentí la leve presión de sus labios en mi cuello, en ese momento, cerré los ojos intentando en no pensar lo peor. Al abrirlos de nuevo, me día cuenta que ya no estaba, se había marchando. Miré a mí alrededor. Nadie. Una pequeña nota en el suelo, y en

la nota escrito a mano: "10 de Julio, 10.30  
Château le Brousse".

Me guardé la nota en el bolsillo del pantalón  
y me fui para la mesa.

Inquieta miré el reloj.

-Ufff..., las siete menos cinco y no  
he parado de darle vueltas a lo de antes

- ¿Qué quería decir esa nota? ¿Era  
para mí? ¡Ni hablar!

Me fui a casa sin haber conseguido  
concentrarme en mis apuntes, saqué de la  
nevera algo para cenar, mientras me puse

mi pijama de franela verde, un regalo de mi madre. Me tumbé en el sofá con la cena en las piernas, dándole vueltas a lo mismo. Cogí el portátil de Chari y busqué el sitio.

Descubrí que “Château le Brousse” es un castillo medieval situado en Aveyron en el sur de Francia. En las fotos se veía un lugar tranquilo, lleno de árboles y de paz. El castillo era gigantesco y por fuera estaba muy bien conservado. Alrededor de él tenía un precioso riachuelo y un puente que, seguramente, llevaría hasta el pueblo.

–Un lugar bonito- dije en voz alta, -

además para ese día ya he terminado el curso y no estaría mal ir a conocerlo- volví a repetir, pero mis temores se acentuaban, ¿encontraría a ese desconocido? si soy sincera, había despertado en mí algo que no había sentido nunca.

-Amy, ya he vuelto- dijo Chari desde la puerta.

-Amal, ¿estás en casa?- repitió de nuevo.

-Sí, estoy aquí – respondí.

Me llamo Amal. Mi madre me lo

puso porque era un nombre muy exótico, decía. Me podía haber puesto María y así pasar desapercibida.

-¿Qué haces?- preguntó Chari

Aún estaba enfadada con ella, pero los últimos acontecimientos me tenían los nervios a flor de piel.

La miré con cara de granuja y solté:

- me voy a Francia

El asombro de su expresión me hizo sonreír.

Le conté la historia de la biblioteca y

con sorpresa para mí, ella me animó, no al viaje, sino que conociera a ese extraño. Según Chari, me vendría bien una aventura, pues desde que rompí con Alex, bueno, lo pillé con otra en la cama. Así que pensé que porqué no intentarlo, si ha sido capaz de despertar eso en mí en tan solo unos segundos...

Pasaron los meses y por fin llegó el momento que, para mi sorpresa, ansiaba.

Era por la mañana temprano y mi avión salía en unas horas. Chari me llevaría al aeropuerto. Una vez allí, ella me armó de



valor otra vez y embarqué.

Después de una hora de vuelo y otra hora en coche llegué a mi destino.

2.-

Una vez en el hotel deshice las maletas. Aún tenía toda la tarde para visitar el lugar.

Era un pueblo muy bonito, lleno de arte al aire libre y muy romántico. Es un sitio pequeño, muy lugareño. Las calles eran adoquinadas y las casas formaban una hilera a lo largo de grandes roca, dispuestas de tal forma, que se mimetizaban con el paisaje natural del entorno. Sus habitantes me miraban como algo extraño, era una extranjera en un pueblo pequeño. Llegué a la plaza principal.

Desde allí podía ver que las calles giraban en torno a ella. Probablemente, según el trazado y distribución de la localidad, aquel lugar se expandió a partir de ese punto, Aunque lo mío es la anatomía forense, siempre me ha gustado la arquitectura. Me fascinan las construcciones antiguas, el entramado de las grandes mansiones, iglesias y castillos, el estudio del diseño y la perfección de la construcción. En fin, hay cosas de las que estaría hablando durante horas. En la plaza había una iglesia renacentista con una piedra gris claro. Su

sencillez la hacía más bonita. Alrededor tenía terrazas en las que poder tomar un café y aproveché para realizar notas mentales de aquel lugar tan enigmático. Mi pensamiento se fue al chico de la biblioteca y el recuerdo de su perfume recorrió mi espalda haciendo que se me erizase el vello. Miré el reloj. Ya habían pasado un par de horas cuando decidí volver al hotel.

Mientras caminaba me sentí observada.

Aceleré el paso pero estaba muy lejos y decidí dar un rodeo para intentar despistar a mi “acosador” y sin darme cuenta había

recorrido todo el pueblo.

Subí a mi habitación, cerré rápidamente la puerta y me metí en la cama cubriéndome con la colcha. Allí, bajo la protección de la ropa, curiosamente me sentí segura. Recordé los juegos de pequeña, en casa de mi abuela, con mi prima Amaia. Nos pasábamos las tarde enteras usando las sábanas de la cama y la madera de los cepillos para confeccionar extrañas tiendas de campaña en los dormitorios mientras reíamos, jugábamos a princesas, y aquellas sujetados de mala

manera, eran nuestros castillos, y ya de pequeñas, suspirábamos por nuestro príncipe. Curiosamente, este lugar me evocaba esos pensamientos, si, sin duda era un lugar de ensueño. Después de un buen rato, tal vez, más de una hora salí de allí más tranquila y me dirigí al baño. Llené la bañera y me metí en ella hasta que se me arrugaron los dedos. Salí de ese relajante baño y por primera vez en muchos días me miré al espejo. Parecía nerviosa, tenía los músculos de la cara contraídos. Nunca me había considerado

una mujer bonita, de hecho tenía varios complejos, que día tras día intentaba superar, sobre todo mi delgadez. Eso traducido a la ansiedad a la que estaba sometida y la falta de sueño, me provocaban unas ojeras que me llegaban hasta la mitad de la cara. Aún tenía dudas sobre todo aquello. No sabía si estaba haciendo lo correcto. Decidí ponerme algo cómodo y bajar a cenar al restaurante del hotel.

Pasé la recepción y a la derecha estaba el comedor. La estancia era redonda, con las

paredes revestidas en madera de cerezo y con unas cuantas mesas redondas, eran al igual que la pared de madera, tenían un color oscuro y elegante, además estaban realizadas a mano, totalmente artesanales, la madera tenía adornos y filigranas imposibles, un gran trabajo de ebanistería.

Un camarero se acercó a mí, de forma correcta y muy agradablemente, después de intercambiar las pocas palabras que conozco de su idioma, me acompañó a una de aquellas bonitas mesas. Miré detenidamente la carta, puff, apenas



entendía nada de lo que ponía. Que difícil era esto, tenía alguna que otra opción, pedir un poco a ciegas y acertar o... Finalmente ante la mirada impaciente del camarero, decidí pedir el menú, cené y me subí a mi habitación. Me fui a la cama decidida a ir a esa cita e intenté dormir.

Me desperté temprano, pedí que me subieran el desayuno pero no conseguí tomar nada, estaba muy nerviosa. Intenté arreglarme. Cuando me miré al espejo tenía la cara apagada, debido al cansancio.

Me puse un vestido de manga corta

azul y me hice una coleta alta. Me maquillé un poco y salí del hotel.

Cuando llegué al sitio, aún no habían abierto las puertas. Era un castillo medieval en buen estado. A las 10 en punto, por megafonía y en varios idiomas dieron indicaciones de las diferentes entradas al castillo. Los visitantes eran escasos, y el lugar maravilloso, sin saber muy bien lo que tenía que hacer, ni siquiera donde tenía que ir, aproveché para ver el lugar.

Una vez dentro, me fijé, que aquel castillo, antaño debió de ser algo majestuoso. Tenía

pasillos larguísimos y techos altos.

Verdaderamente, era fascinante, una vez más mis ojos deleitaban mis conocimientos arquitectónicos con aquella singular maravilla. Incluso durante un rato, me olvidé el motivo de mi viaje, de porqué estaba allí, fascinada en las habitaciones, en los pórticos y los ovals. Sabía que el castillo databa del siglo XIII y me fascinaba lo que se contaba sobre el, la historia de los templarios, según la historia, fueron detenidos y encerrados en sus mazmorras sobre el año 1309. ¡Mazmorras!, un

escalofrío recorrió mi cuerpo. ¡Dios!,  
cuanta historia acumulada en aquellos  
muros. Seguí andando por aquellos por los  
pasillos. Acaricié la pared que tenía frente a  
mí y una sensación me hizo avanzar hasta  
que me paré en unas de las puertas de  
madera que había en los laterales del  
vestíbulo. Al acercarme me di cuenta de  
qué en la piedra había un símbolo grabado.  
—Joder- no me lo podía creer, aquel  
garabato toscamente cincelado en la roca  
me era realmente familiar. Aquel distintivo,  
estaba marcado en piel, ni siquiera sabía o

entendía el significado del mismo. No sabía que pensar, era demasiada coincidencia. ¡No! No podía ser. ¿Qué estaba pasando aquí? Primero ese misterio chico, este increíble viaje, sin ni siquiera saber porqué y ahora la marca. En ese momento sentí miedo.

Muchas imágenes invadieron mi cabeza y no lo pensé. Abrí la puerta. Bajé las escaleras y algo me resultó familiar. Era una fragancia que de pronto recordé y me recorrió cada poro de mi piel.

- ¡la biblioteca! ¡Era él!, ese hombre

misterioso que no salía de mi pensamiento.

El miedo me detuvo, pero estaba resuelta a averiguarlo a todo.

Decidida, empujé el portón que se abrió con facilidad. Entré con más miedo que vergüenza. La puerta daba a un pasillo largo de gruesos muros, al final del mismo tres puertas. Agarré con fuerza un pequeño amuleto que llevaba desde que tengo uso de razón, una pequeña figura, que nunca supe que representaba. Me lo regaló mi madre y ella me dijo que a su vez se lo regaló la suya.

Observé atentamente donde me encontraba: los gruesas piedras que formaban los muros de la pared, las puertas de sólida madera con remaches de hierro oscuro y oxidado, el arenoso suelo, los ventanales por donde se filtraba la luz que se levantaban a varios metros del suelo.

-Joder –dije en voz alta- aquí debe haber hasta fantasmas. Quien me mandaría a mi coger el maldito avión.

-Cuando agarre a Charo el mato.

¡Ella tiene la culpa!

Sonó un golpe, que me sacó de mis pensamientos asesinos. Un sonido agudo que fue repetido por un absurdo eco. Me hizo saltar de miedo. Quedé allí, paralizada, sin saber qué hacer, una parte de mí me incitaba a seguir, otra me decía: “corre, corre y no mires atrás”. Había llegado muy lejos, además el olor a ese perfume se acentuaba, me atraía como el imán al hierro. Abrí la puerta de mi derecha, de donde provenía aquel ruido, accedí a una habitación amplia de altos techos. La habitación estaba en penumbras, apenas



podía distinguir si era diáfana o contenía mobiliario, despacio y con mucha precaución levante las manos y anduve despacio, tanteando con las manos el vacío y con los pies el terreno que pisaba.

Cuando se me adaptó la vista a la estancia noté algo en el suelo.

Ahugué un grito. Justo en frente de mí, un poco a la derecha, al lado de otra cancela había una persona. Estaba tendida en el suelo, en ese momento tenía que haber corrido, haber salido de allí, sin mirar atrás, pero no se ni siquiera porqué, me

acerqué con cautela.

¡Dios Santo! ¡Era una mujer! Y estaba sangrando. Me acerqué a ella para intentar ayudarla cuando escuché un golpe seco al otro lado de la puerta que estaba frente a mí. No pude más, retrocedí sobre mis huellas, mientras oía unos pasos acercándose, perdí el control y salí corriendo. Corrí sin parar, tanto que me perdí en aquellos largos pasillos, extenuada, con la respiración agitada y el corazón en un puño me detuve. Haciendo un esfuerzo agudicé el oído, nada, silencio.

Busqué el móvil, entonces caí en la cuenta, estaba en otro país, no tenía ni idea del número de urgencias, ni de la policía, ni nada de nada.

- ¿Dónde debía llamar?, ¿a quién tenía que llamar?

-Joder –repetí toscamente- pero si además no tengo cobertura. Intenté tranquilizarme,

Respiré hondo, como lo hago antes de mis exámenes. Después de varias inhalaciones con sus respectivas exhalaciones me encontraba más calmada, procuré pensar.

¿Qué estaba pasando en ese lugar? ¿Qué extraña invitación era esta? ¡Pero que narices hacía yo allí! Se acabó, por mi cabeza llegó a pasar la posibilidad de que aquello fuera una broma, de esas que encargas en la radio, o algún programa de televisión, ¡Qué vergüenza! Estaría viéndome todo el mundo. Sonreí, ¡Que tonta!

Debía salir de allí lo antes posible y avisar a la policía. Intenté situarme, comencé a andar por aquellos pasillos, pero ahora eran estrechos y bajitos, tanto,

que si tuvieran que pasar varias personas tendrían que hacerlo en fila, una detrás de otra, además poniendo atención en algunos tramos donde podías dejarte parte de la cabeza. Definitivamente me había perdido.

La verdad es que estaba asustada, pero había algo en mí... estaba excitada, no una excitación sexual, era más bien un estímulo, un cosquilleo de sensaciones que jamás había experimentado. Era como un caballo, ¡no!, ¡como una yegua!, un animal tranquilo, pero que una vez es fustigado, se vuelve salvaje, exaltado, y empieza a trotar

cada vez más y más rápido.

-A ver, no puede ser tan difícil, desde fuera este lugar no parecía tan grande. –me dije a mi misma apenas en un susurro. Llevaba diez o quince minutos andando, cuando un ruido delante de mí acaparó toda mi atención, me encontraba en uno de esos interminables corredores, este era alto y tras de mi había una pequeña y estrecha ventana, daba luz, pero el final del pasaje esta menguaba y la visión quedaba en sombras. ¡Allí! Justo al final una silueta surgía del sitio más oscuro y avanzaba

hacia mí.

-¿Ho-Ho-Hola? –apenas yo me entendí cuando pronuncié esas palabras

- ¿Hay alguien ahí? Soy Amal.- Mi nombre me sonó raro, dicho con mi propia voz y en ese estado.

De pronto aquel hombre, sin contestarme, aceleró el paso en mi dirección, di un grito y retrocedí asustada, entonces, ¡si que corrí!, jamás pensé que pudiera correr tanto. No sabía hacia donde me dirigía. Corría en cualquier dirección y sentía el miedo y el pánico apoderándose

de mí. Avancé todo lo rápido que pude por aquellos pasillos interminables. Cada vez eran más oscuros pero ya me daba igual. Tenía que salir de allí como sea.

Sentía los pasos acosándome, estaba cada vez más cerca, lo podía sentir, me cogía y no podía escapar, la sensación de agobio era bestial, noté que me agarraban, caí al suelo, me di un tremendo golpe en la cabeza y perdí el conocimiento.



Abrí los ojos aturdida, me dolía mucho la cabeza.

- ¡Ufff... menudo chichón me ha salido y como duele!- pensé.

Estaba tumbada en un viejo sofá color berenjena. Miré a mí alrededor, estaba sola. La estancia era lúgubre aunque tenía una pequeña ventana. Me levanté despacio hacia ella y miré fuera. Cuando me oriente, vi que estaba en los pasadizos del castillo porque se veían los troncos de los árboles. Me giré hacia el interior de la habitación,

había unas estanterías llenas de libros muy antiguos y en uno de ellos volví a ver mi símbolo, cogí el libro y ahí estaba.

### TRIQUETA

*“Símbolo al que se le atribuye el significado de la Santa Trinidad, (Padre, Hijo y Espíritu Santo), pero esto fue cuando la cristiandad llegó a nuestras tierras. En realidad la Triqueta es un símbolo pagano celta, de la religión wicana, y simboliza tres aspectos a la diosa. Aunque también se le otorga el significado de "cuerpo, mente y alma" o*

*"cielo, mar y tierra", doncella, madre y anciana. Asimismo, representa la igualdad, la eternidad e indivisibilidad. De todas, maneras, los druidas y sus símbolos celtas, están ligados a la naturaleza, así que todos los significados serían validos....."*

De repente escuché un golpe y levanté la cabeza del libro y ahí estaba él.

Lo observé detenidamente mientras se acercaba a mí, no tendría más de 30 años. Era alto, de tez morena, de pelo rizado y muy guapo. Se acercaba despacio

y me di cuenta de que no me infundía miedo, al contrario, una sensación de suave placer me invadía.

-¿Cómo te encuentras?- preguntó

-Bien, creo- titubee

-Siéntate- me ordenó. – ¿Sabes por qué estás aquí?- me dijo

Me quedé callada como una boba. Entre el miedo y que ese hombre me perturbaba, el dolor del golpe quedó en segundo plano, cuanto más lo miraba más me atraía. Hice un esfuerzo para salir de

aquel encantamiento que me consumía por segundos.

-¿Quién eres?, ¿Qué pretendes de mi? –solté de forma calmada, sorprendiéndome a mí misma.

-Perdona, creo que he sido demasiado brusco. Mi nombre es Alain. No tengas miedo, no voy a hacerte daño – dijo con una voz suave

Él se acercó a mí. El sofá cada vez se hacía más pequeño....Ufff..., tanta cercanía me puso los pelos de punta, esos ojos se clavaron en los míos y perforaron

mi alma. Por un momento me volví a quedar embelesada ante la proximidad de su rostro. Volví a reaccionar, tardé unos segundos y él se dio cuenta, no podía ser de otra manera, ese chico me atraía como jamás nadie lo había hecho hasta ahora, su perfume me estaba volviendo loca. Lo agarré por el cuello de la camisa con fuerza y lo acerqué a mí, estaba totalmente desatada, le mordí los labios casi sin pensar mientras mis brazos rodeaban su cuello, me sentí embriagada de deseo cuando él respondió torpemente a aquel

beso. Fue solo un instante, tras la sorpresa inicial su boca buscó la mía ávidamente, sus manos se deslizaron por mi acalorado cuerpo, recorriendo cada centímetro de piel, sin dejar de besarlo comencé a desbotonar su camisa, mientras que el introducía la mano bajo mi vestido, aquel contacto terminó de enloquecerme, caímos al suelo jadeando. Me besa como nadie lo había hecho antes. Siento su cuerpo encima del mío. Me acariciaba lentamente pero con firmeza y sabía perfectamente lo que estaba haciendo, se notaba que era un

hombre experimentado. Bajaba su mano por mi espalda hasta mi trasero y me lo agarró con fuerza. Siguió hasta mi parte más íntima y supo enseguida que estaba preparada para él.

—Estás segura- dijo

-si-dije sin aliento.

Entonces me penetró lentamente y fue subiendo el ritmo. Él me besaba con lujuria y con su mano acariciaba cada parte de mi ser. Su cuerpo y el mío se fundieron en uno hasta que estalló en mil pedazos.



– ¡Oh, Dios mío! ¿Qué he hecho?

Si a penas lo conozco- pensé – pero me siento bien.

Nos quedamos tumbados un momento y separé la cara de él un poco avergonzada.

Soy una chica tímida, en verdad esa no es

la palabra. Soy más bien reservada, el

comportamiento que acababa de tener, era

irracional en mí. Creo que soy sensata,

prudente. Ahora pensaba que me había

acostado con un desconocido, sin más. No

puse obstáculo, ni siquiera medios para

prevenir un embarazo, o tal vez peor,

cualquier tipo de enfermedad de transmisión sexual. Ahora lo pensaba... -Joder- Estaba asustada, sin embargo, aquel chico era especial, me sentía cálidamente bien junto a él. Con la mirada perdida y sumida en esos pensamientos estaba cuando su voz me volvió a la realidad.

-¿Puedo preguntarte como te hiciste esa marca? -Dijo el chico besándome la nariz.

-Esta marca me la hice cuando tenía 16 años, mi abuela la tenía tatuada al igual que yo y cuando murió pensé que era una

forma de estar cerca de ella.- contesté

-lo siento mucho- dijo él

Me quedé un poco afligida. Es cierto que la echaba de menos. Era más que mi abuela, era la única persona que me comprendía. Sabía cada momento de mi vida y siempre me daba consejos. Aprendí mucho de ella, sobre todo a no conformarme.

-Yo sé lo que significa esa marca - dijo de repente. Me miró muy fijamente haciéndome temblar y volvió a besarme. Esta vez no lo paré y siguió hasta el final.

Abrazados en el frío suelo de piedra, acariciando su escultural cuerpo, pensé en esos momentos con Alex y en lo tonta que fui. En ese momento abrí los ojos y decidí que ya era hora de cambiar.

Me levanté del suelo y me puse el vestido. Me arreglé un poco el pelo y me senté en ese polvoriento sofá.

– ¿Y bien? ¿Me lo vas a contar?- pregunté. Se levantó de un salto. Mientras se ponía el pantalón lo miraba embobada. Era perfecto. Se sentó a mi lado y me puso el brazo por detrás de mí abrazándome.

-Ese símbolo, es incluso, más antiguo que la Cristiandad. Es un distintivo pagano celta orientado a la conexión con la tierra. La persona que lo lleva se considera el líder. Es una herencia por línea de sangre. Ese "guía" poseerá determinados atributos, que puede cambiar el curso de la humanidad. Pero el más importante es él que le permite percibir sensaciones que normalmente están veladas para el resto de las personas, es como una sensibilidad o una afinidad.

-¿desde cuándo sabes todo esto?-

pregunté

- estas cosas se pasan de padres a hijos.

Es un aprendizaje que he tenido desde que

nací- dijo -Amal, yo estoy aquí para protegerte y ayudarte. Es mi misión.

-¡Oye! -Dije de pronto- ¿Eras tú el del pasillo?

-¡No! No era yo, entonces pareció salir de aquel maravilloso momento que nos consumía los dos. Se puso en pie, pues me tenía agarrada de las manos y estaba en cuclillas ante mí, tiró suavemente de mis brazos y me acercó de nuevo a él rodeando

mi cintura, de nuevo, me sentí como la protagonista de una película de Hollywood. Me miró con una mirada que se quedó clavada en mí para el resto de mis días.

Durante un instante, de nuevo ambos estuvimos perdidos en los ojos del otro.

Cuando el habló, el encanto persistía, pero debíamos reaccionar.

-Debemos salir de aquí rápido. Esta habitación era un lugar seguro, pero si están por aquí pueden encontrarnos. ¡Vamos! – me ordenó.

4.-

Salimos de aquella habitación rápidamente. Avanzamos por aquellos eternos pasillos cogidos de la mano. Nunca me había sentido tan bien con un chico.

- Ellos también te buscan.- dijo

-¿Ellos? –respondí.



Entramos en otra habitación que a su vez daba a otra. Esto era interminable. De pronto Alain se acercó a mí.

-¡Lo siento! –Pronunció, mientras ponía delicadamente mi cara entre sus manos- Intenté ser prudente, te busqué durante mucho tiempo. Cuando por fin te localicé, apenas puede aguantar la espera, busqué el lugar más apropiado. Al principio temí que no hubieras cogido la nota. Luego, a mi pesar tuve que establecer un margen prudente de tiempo. Buscar un sitio tranquilo, del que nunca sospecharan, tenía

que ponerte al día. Parece que todos mis esfuerzos no han servido. ¡Están en todos lados!

El terrible sonido de la puerta de la habitación al chocar contra la piedra nos sobresaltó a ambos, se abrió hacia dentro, golpeando la pared con fuerza, dos hombres corpulentos entraron.

Alain, saltó sobre ellos, me quedé pasmada, ¡que agilidad!, este chico era increíble, los derribó a los dos de una acometida a pesar de que ambos, eran mucho más corpulentos que el.

-¡Corre! –gritó mientras se enzarzaba en un barullo de puñetazos e improperios

- ¡Corre!

Literalmente salté hacia la puerta, en ese momento choqué con otro tipo que entraba, reboté hacia atrás y quede sentada de culo, con cara de susto. Aquel hombre me agarró de la muñeca, tan fuerte que creía que me la arrancaba. De un solo tirón me puso en pie, me defendí como pude, utilicé los dientes que clavé salvajemente en el dorso de su mano, de inmediato note

el calor y sabor de la sangre en mi boca.

Aún así no me soltó, lo único que conseguí es un bofetón que me volvió la cara del revés. Alain respondió con furia. Con un grito, como si fuera un salvaje, arremetió con fuerza contra el tío que me sujetaba la muñeca, al principio me arrastró con él, por lo que me llevé de nuevo un buen golpe, después me soltó.

-¡Corre! ¡Corre! –repitió Alain  
gritando

Eso hice, corrí, corrí

desesperadamente, sin mirar atrás, cuando quise darme cuenta, estaba fuera del castillo. Seguí corriendo hasta que me dolió la tripa y la angustia hacía que me diera vueltas la cabeza. Apoyé las manos sobre mis rodillas y así me quede un rato, jadeando, traumatizada, impregnada en sudor, el vestido rasgado y cubierto de polvo, como si me hubiera revolcado en un coso taurino. Tenía que avisar a la policía, Alain podía estar en serias dificultades, por lo que había visto esa gente, no bromeaba.

Preocupada por un chico al que apenas conocía, emprendí de nuevo la marcha hacia el pueblo, el corto camino se me hizo eternamente largo.

No sé como logré salir de aquellos pasillos. Cuando entré en el vestíbulo estaba lleno de turistas con sus cámaras réflex haciendo fotos. Una de ellas me disparó en cuanto salí. Cerré la puerta rápidamente y me oculté entre un grupo bastante grande. Me las arreglé para salir sin ser vista.

Anduve a paso ligero sin levantar

sospechas intentando volver la cabeza para ver si me seguían. Al volver la esquina del hotel, junto a la puerta había dos tipos muy parecidos a los que nos atacaron en el castillo.

Aquello era de película, no sabía si creer lo que estaba pasando, si ni siquiera creía lo que me había pasado. Aquellos tipos estaban sacados de cualquier Films de Al Pacino, ¡Por Dios!, esto parecía una broma de alguna de mis amigas. Pensé en mi prima Amaia, se chiflaba, incluso de pequeña por este tipo de películas, el

romanticismo envuelto en ese velo de misterio era su perdición. Suspiré profundamente. Y pensé para mi misma. ¡Si mi prima me viera ahora!

De nuevo, volví a la realidad del momento y volví a mirar a los hombres de Michael Corleone en la puerta del hotel, retrocedí de inmediato, prudentemente me asomé de nuevo.

Sin duda, eran ellos del mismo grupo o lo que fueran, ¿Qué podía hacer? Bajé la calle hasta que encontré a alguien. Me acerqué a un provinciano, que me miró



curioso y extraño.

*-Excusez-moi, s'il vous plaît poste de police le plus proche?* –Le pregunté con con pésimo acento Francés.

*-manquer juste là, au coin* –Más o menos esto fue lo que me dijo. Creí entender bastante bien, pues acompañó su explicación con indicaciones de sus manos.

*-Merci, merci beaucoup,* -Repetí mecánicamente.

Mientras me encaminé a la

comisaría, recordé con añoranza aquel curso de francés que compré hace unos años. Para mi Francia siempre ha sido la capital del amor, no solo por la famosa torre Eiffel, que junto a las románticas noches de la ciudad nos venden en las agencias de viajes. A mí me gustaba por el idioma, por ese acento tan « chic » que tienen, por la forma de hablar, como en un susurro, las palabras, llenas de Glamour.

-“Para algo sirvió el curso” -pensé al tiempo que veía un pequeño cartel que decía: “Poste de Pólice” encuadrado junto a

dos banderas tricolor. Era un edificio cuadrado, de una piedra lisa color gris muy feo.

Subí la pequeña escalinata corriendo y entré cayendo de bruces contra el suelo. Cuando me di cuenta tenía a mi lado a tres agentes uniformados. Me dio tanta vergüenza que empecé a sudar.

*-Êtes-vous d'accord madame? –*  
dijo un agente dándome la mano para ayudarme a levantarme.

-*qui, merci* -y empecé a llorar desconsoladamente.

El agente que me ayudó, me llevó hasta un despacho que había a la izquierda. Era una sala pequeña, de un color verde grisáceo y me ofreció un pañuelo. Me arreglé un poco el vestido y el pelo. Al cabo de cinco minutos se abrió la puerta.

-*Bonjour, madame. Je suis l'inspecteur Damien Pinaud* -dijo él con un gesto serio

-¡OH Dios mío! -y volví al llanto desconsolado, pensando en cómo le

explicaría lo que acababa de pasar. Aquel hombre rodeo la mesa y me puso la mano en el hombro intentando consolarme. Me ofreció un pañuelo de una caja cuadrada con una imagen de dos perros.

-También hablo su idioma, si le sirve de consuelo

Me sorprendió gratamente que me hablara en un casi perfecto español, más animada empecé a narrarle lo sucedido. El inspector escuchaba sin pestañear y no me hacía preguntas, algo que me resultó muy raro. Cuando terminé, se puso a tomar

apuntes en una libreta naranja. Mientras lo hacía me fijé en el despacho. Para ser pequeño estaba bien distribuido y con poco mobiliario. Detrás había un mueble bajo con unos marcos con fotos oficiales y un diploma. En la pared colgaba un tapiz con un escudo. A la derecha de la estancia había una pequeña estantería con un montón de libros y al fondo un armario archivador color gris.

El inspector, no dejaba de mirarme, me hacía sentir molesta. Realmente, debía haberle causado una impresión rara, no

solo a el, imagino que también al resto de la comisaría. Reparé en el que debía ser mi aspecto. Estaba desaliñada, el vestido manchado de polvo oscuro, desgarrado por diferentes sitios. Hilos deshilachados, colgaban embarullados formando deformados ovillos de colores. Seguramente mi cara estaría tiznada o manchada, y los pelos, para que voy a hablar de mis pelos.

Dentro de lo que cabe, creo que demasiado bien habían reaccionado.

Me podían haber tratado de loca o

incluso peor, de delincuente loca. Podían haberme esposado y metido en una de aquellas celdas oscuras que suelen tener este tipo de comisarías de pueblos. Entonces, ¿Qué habría hecho? Perdida en un país desconocido, entre gentes desconocidas, con el dinero justo para casi no terminar esta aventura. Solo pensarlo me ponía los pelos de punta.

Así que lo mejor era calmarme, intentar razonar y explicar de forma correcta y educada a aquel señor cuanto me había ocurrido.



Aunque por otra parte ¿Me iba a creer? Definitivamente, estaba en una situación incómoda. Y todo por un desconocido. ¿Mereció la pena?

Volví a suspirar recordando los momentos entre sus brazos. ¡Ohhh! Si, creo que sí. Ha merecido la pena.

5.-

Entonces, traté de serenarme. De toda la vida he sido una gran observadora, eso me ha hecho avanzar, no solo en mis estudios, también a nivel personal. Me

gustan mucho los detalles, creo que identifican cosas, caracterizan a las personas. El espacio con el que se organiza el lugar de trabajo, el valor que se le da al cuidado personal, la forma de hablar, de sonreír, los gestos de las personas... todo esto dice mucho más de alguien, que lo que este sujeto en si mismo te quiere mostrar.

Así que decidí poner en práctica mis dotes personales para el análisis del inspector. Sonríe para mis adentros, a pesar de mi aspecto, ahora me sentía más

segura. -¡Debía haber sido psicóloga!- Me dije mentalmente a mi misma.

Y comencé a observar.

En el escritorio, no se veían objetos personales, sólo un lapicero, el ordenador, que estaba apagado y la libreta. Miré detenidamente al inspector mientras escribía en una libreta pequeña que sacó del bolsillo, por su forma de mover el bolígrafo sobre el papel, debía utilizar algún tipo de código o clave en la escritura. No debía de tener más de cincuenta años, pero lucía cansado. Llevaba unas gafas muy

desgastadas y un gran bigote. No era muy alto y se veía delgado pero en forma. Su forma de hablar me recordaba a la de mi profesor de Antropología. Llevaba un traje gris con una corbata negra algo desgastada. El asombro se manifestó en mi, intenté disimular para que el no lo notar, en el pillacorbatas para mi sorpresa llevaba mi símbolo. Algo que me extrañó mucho, pero decidí no decir nada para no meterme en más líos. Me fijé que en la mano derecha, tenía la marca de un anillo. Por la diferencia de color de la piel, se lo había

quitado recientemente y supuse que había estado casado hasta hace muy poco.

Desvié de nuevo la atención a la estantería. Mi pasión por los libros siempre me hacía fijarme en ellos. Uno en especial, llamó mi atención. Era de cuero marrón oscuro y parecía muy antiguo y desgastado, pero en la parte más baja del lomo se podía apreciar una vez más, para mi sorpresa, el símbolo. El inspector lo tenía por todas partes y empecé a pensar que él sabía algo, que esto no era un caso más.

Empezaba a incomodarme su determinación, seguía escribiendo no se que, en aquella libretita, hubiera dado lo que fuera por poder ver lo que barateaba, apenas me prestaba atención, escribía y escribía sin ton ni son.

Ocasionalmente en mis continuos y nerviosos movimientos, el tatuaje de mi brazo quedo delante de sus ojos. Inmediatamente dejó de escribir, soltó el lápiz en el escritorio y dio varios golpecitos con la libreta en su mano abierta. Estaba tan enfadada y aturdida a la vez que no me

paré a pensar en las consecuencias de esa acción. Dirigió la vista al brazo mirándolo con determinación y respiró hondo. Levantó los ojos lentamente hacia mí y me miró muy pensativo. Parecía una mirada de admiración, una mirada fraternal, pero a la vez resignada.

-Sé que tienes muchas preguntas - comenzó a decir- pero yo no sé si soy el más indicado para darte esas respuestas. Alain, está bien, me envió un mensaje cuando salió del castillo. Estaba al tanto de vuestra cita, me comentó que



probablemente venias hacia aquí. Avisé a los agentes de fuera de que cuando llegaras te pasarán aquí directamente.- dijo

Esto ya, era el remate del tomate, ahora si que mi asombro salió a flote, como el corcho en el agua. En ese momento me sentía descolocada. Ya me estaba hartando de tantos secretos y mentiras. Necesitaba saber la verdad, salir corriendo y olvidar lo que había pasado. Echaba de menos a mi madre, que me abrazara y me dijera que no pasaba nada. Él me miró como si fuera una niña asustada. Rodeó la mesa y se sentó

en ella delante mía.

El inspector Pinaud me habló de forma rauda:

-¡Saben que estas aquí! No tardarán en venir a buscarte, y yo... no puedo, no tengo medios para protegerte de la Orden. Son muy influyentes en el gobierno ¡Estamos todos en peligro! Se levantó rápidamente.

-¡Acércate! –dijo, mientras se colaba detrás de la mesa y abría un cajón con una pequeña llave. Del interior sacó una bolsa negra y de ella extrajo un fajo

enorme de billetes de 50 €.

Me quedé estupefacta, creía que eso solo pasaba en las películas, mi boca se abrió dibujando una O enorme y mis ojos se abrieron tanto como dieron de sí. ¡Nunca vi tanto dinero junto!

-¡Escucha niña!, -dijo el inspector mirándome directamente a los ojos y cogiéndome de los hombros - ¡Lo quieras o no estás metida en esto!, coge el dinero seguramente te hará falta.

-pe... pero...

- ¡ssshhh! no tenemos tiempo. –Me

instó con prisas- el momento se acerca, la luna a completado los ciclos de tiempo, tenemos menos de un mes, debes huir, nosotros te protegeremos.

Hablaba muy deprisa, mientras iba de un lado para otro ponía varias cosas en el interior del macuto. Accionó un resorte oculto en aquella estantería, unos libros giraron sobre sí mismos ocultándose en la pared mediante una especie de pivote y en su lugar apareció un estuche tan grande como un pie del 45. El policía abrió con

cuidado la pequeña arca, en su interior una caja de madera de nogal y en su interior una llave de esas viejas de hierro, de esas que antiguamente se usaban en los caserones del campo. Debía medir al menos veinte centímetros, la parte para colgarla tenía la forma del simbolito en cuestión, luego un gran tubo que terminaba, no en una mueca con dientes, sino en tres, que además no estaban ni siquiera alineadas, parecía tan vieja como la misma tierra. La trataba con una delicadeza especial, cerró la tapa y metió el estuche en

el macuto. Seguidamente arrancó la hoja de notas de la libreta naranja la dobló cuidadosamente y la metió en una pequeña funda de gafas y de nuevo la puso en la bolsa junto al dinero y la llave.

-¡Lo siento! –Dijo aquel hombre pesadamente- siento que estes metida en todo esto, pero si supieras la historia lo entenderías. Siento ser tan brusco, siento todo cuanto te ha pasado, lo pero es que siento tremendamente lo que está por ocurrir. Espero que todo salga bien. Eres una chica agradable, no me gustaría que te

ocurriera nada. Sé que no entiendes nada de lo que está ocurriendo, pero lo entenderás. Hay muchas personas que han puesto su vida al servicio de cometido que vas a realizar.

Fui a hablar, pero el inspector me hizo callar con un gesto.

Ojalá un día, todo esto sirva para algo. Luego miró hacia la mesa, observó por un instante lo que había preparado.

-¡Cógelo! -Dijo señalando la improvisada

mochila- Cuando salgas lo vas a ver, no tiene pérdida, justo enfrente tienes un G Force, con el depósito lleno, aquí tienes la llave. Activa el GPS y síguelo, no obstante tienes un plano de toda la región en la guantera, además dispones de una "Ruby" por si la cosa se complica. En el maletero tienes algunas provisiones, también 4 bidones de 15 litros de gasoil cada uno. Tienes autonomía para muchos Kilómetros.

Alain se reunirá contigo en el lugar señalado, en la fecha y hora indicadas. No te fíes de nadie. Intenta parar sólo lo



necesario, paga siempre en metálico, duerme en lugares poco transitados, si puede ser en el mismo coche apartada del tráfico.

-¡Dame tu teléfono!

A estas alturas, estaba realmente asustada, le tendí mi teléfono al inspector, se encaminó hacia una puerta que tenía junto a la librería, era un “toilettes”, al dejar la hoja abierta pude ver como ponía un pañuelo en el suelo y sobre el, dejaba mi teléfono, con la culata de su pistola lo golpeó hasta que las piezas saltaron

esparciendo cristalitos y trozos de plástico por aquel trapito, recogió las cuatro puntas y se acercó al inodoro soltando las piezas por el y tirando de la cadena a continuación.

-¡Vete! –dijo aquel hombre con aspecto cansado, mientras abría otra puerta semioculta en la pared, ¡aquel despacho era la leche!

Fui a replicar, pero me puso un dedo en los labios, con la mirada me rogó silencio y me apremió a salir.



6.-

Anduve 15 minutos por un pasillo de piso terroso, aquello estaba vagamente

iluminado lo suficiente para seguir el camino. Al tacto, las paredes parecían de barro, como si lo hubieran hecho muy deprisa para que nadie lo supiese.

Finalmente me encontré con una puerta que sólo se podía abrir desde adentro. Era una puerta de acero, de esas que ponen en los bloques como cortafuegos. Estaba temblando, no sabía que me iba a encontrar al otro lado. Abrí lentamente y saqué la cabeza y miré hacia fuera, primero a izquierda y después a derechas, nadie. De pronto percibí un olor a queso muy fuerte.

Salí despacio del túnel y cerré la puerta. Cuando me giré tenía a un dependiente mirándome de forma muy rara y lo único que se me ocurrió fue sonreír y salir de allí cuanto antes. Respiré hondo cuando me encontré fuera. Era una calle poco transitada, y parecía más moderna que el resto del pueblo. Justo enfrente como me dijo el policía estaba el vehículo, era el único coche en toda la calle. Era un coche sacado de una "peli" de ciencia ficción. Abrí pulsando un botón en la llave, los 4 intermitentes se encendieron

simultáneamente si emitir sonido alguno, volví a mirar a ambos lados y corrí hacia el coche. Una vez dentro, solté el macuto en el suelo del mismo, junto al asiento del copiloto y metí la llave en el contacto. Estaba tan nerviosa que necesité dos intentos para colarla en la cerradura, el coche arrancó a la primera con un suave ruido. Miré hacia la puerta de la que había salido.

-¡Será posible! ¡Era una tienda de queso Azul!

Inmediatamente se encendió una pantalla

de colores vivos y una voz artificial indicó:

*-“recalculating route”*

*-“calculations performed”*

*-“aller tout droit pour une cinquantaine de mètres, puis tourner à droite“*

*-“sont 2064,99 km. pour votre destination »*

Inicié la marcha. Miré por el retrovisor y observé que no había nadie. Sentí un gran alivio de saber que no me seguían. Me incorporé y seguí las instrucciones del navegador.



Al cabo de cinco minutos salí del pueblo. Este me condujo unos minutos más y me hizo girar a la izquierda en un cruce. Me quedé extrañada y me detuve a la derecha del carril.

- ¡Joder! –Exclamé consternada. Para mi sorpresa, el GPS me guía por una ruta rupestre sin señales ni marcas viales, solo tierra, piedra y plantas. Volví a arrancar e introduje el coche una treintena de metros, ante mí una enorme cuesta se inclinaba desafiante, sería imposible subir aquello, ni siquiera con ese « Mercedes », dudé.

-Imagino que el Inspector Pinaud piensa que es mejor ir por carriles para no ser vista- me dije a mi misma autoconvenciendome de que todo saldría bien.

- ¡aquello era una locura! Abrí la guantera del coche para ver si había algún mapa y encontré alojada en su funda, una pequeña pistola,

-¡Hola “*Rubi*”! –Me oí decir mordazmente.

-¡Pero que estoy haciendo! Grité agarrándome la cabeza con ambas manos.

Oí claramente el sonido chirriante de las ruedas al derrapar, varios vehículos entraban velozmente por el carril donde me hallaba. Ya había pensado demasiado, pisé el acelerador y la inercia hizo que me pegara al asiento como una lapa, aquel monstruo aceleró sin quejarse tirando ferozmente hacia atrás arena y piedra, parecía estar pegado al terreno.

Era automático, solo tenía que pisar el pedal. Devoraba la pronunciada cuesta

como si de un llano sin importancia se tratara, los coches que me seguían comenzaron a zumbar de forma crónica, la pendiente era tan inclinada que no podían seguirme, apenas avanzaban y las ruedas resbalaban sin poder sujetarse a la superficie. A través del retrovisor, llegó un momento que solo distinguía humo y polvo. Definitivamente, quedaron atrás.

Salí de aquel terreno en cinco minutos pero parecieron diez horas por lo menos. Conduje por una carretera secundaria unos veinte minutos y salí a una autopista. Tras

una hora de conducción aún me temblaban las manos. El GPS no paraba de indicar el camino y cada vez me ponía más nerviosa. Intentaba seguirlo pero en mi estado no podía entender lo que me decía. Miraba por los retrovisores a cada segundo pendiente de que no me siguieran. Al cabo de un rato me di cuenta de que estaba agotada, muy cansada, no había comido nada. Me detuve en un bar de carretera que en el letrero ponía "NOAH'S BAR". Busqué una sombra en el aparcamiento, había varios turismos y un par de camiones. Esperé

sentada unos minutos a que mis piernas me respondieran y me obedecieran. Ya más tranquila miré bien a mi alrededor y cuando estuve segura de que no me habían seguido salí del coche. Entré en el sitio y me recordó a los restaurantes de carretera americanos. Había mesas a cada lado de la puerta de entrada y una barra que ocupaba casi todo el frontal del local. Miré a ambos lados y me giré mis pasos hacia la izquierda. Fui a la última mesa del establecimiento y me senté a plomo en un sillón rojo tapizado en polipiel. Resoplé y

me tapé la cara con las manos. Al momento llegó la camarera. Era una chica de unos veinte años. Era morena, muy guapa, tenía muy buen tipo.

- *¿Que désirez-vous?* - me dijo  
mascando chicle

- *un café et des toast* -contesté

-espero que mi francés sea más o menos entendible y me traiga las tostadas

Pensé.

Me sirvió el café en una taza grande. Estaba caliente y olía muy bien. Miré de

nuevo a la chica. En la camisa del uniforme tenía un broche que ponía “ADÈLE”

*-Adèle, Est-ce que le journal aujourd'hui?*

Al momento, junto a las tostadas, me trajo el periódico. Ojeé un momento la portada y no decía nada que me pudiera dar alguna pista de lo ocurrido. Terminé mi comida y alargué el café un poco más. Necesitaba concentrarme en todo esto y ordenar mis ideas. Al cabo de un rato salí del restaurante sin una idea clara y decidí seguir con el viaje para mi próxima cita.



Pagué y salí al coche. Una vez dentro pensé en darme la vuelta y volver a casa con Charo y alejarme de todo esto. Pero esta vez no huiré, buscaré la verdad sobre mí, de todas las lagunas que tengo a lo largo de mi vida.

Yo, solo yo dibujaré mi historia.

Arranqué el coche y proseguí mi marcha. Al caer la noche tuve que parar y descansar. Los parpados ya empezaban a pesar. Busqué un lugar apartado de la carretera y cerré el vehículo tapando las ventanas con unas mantas que había

dentro. En ese instante me dormí pensando en Alain.

Desperté temprano por el ruido de los coches que pasaban, me desperecé y noté que me dolía cada parte de mi cuerpo y tenía una gran jaqueca. Abrí la visera y descorrí la cortinilla que daba acceso al espejo allí situado, vi. A una chica de veinticuatro años de tez morena y con una larga cabellera negra, mis ojos, aún cansados, eran grandes y oscuros como la noche anterior. De pronto recordé algo. Estaba en casa de mi abuela. Su casa,

anteriormente había sido la casa de su madre, y a su vez de su abuela. Sin duda, si aquella pequeña mansión, si pudiera hablar, tendría muchas historias que contar. Después de, como siempre, ofrecerme algo para comer, me pidió que la acompañara. Subimos hasta la planta superior, utilizando un alargador de madera con un gancho al final del mismo, asíó un gancho una argolla situado en el techo, para mi sorpresa se abrió una compuerta, en la que, a pesar de haber estado miles de veces allí, nunca había reparado. Unas

escaleras de madera se deslizaron suavemente sobre el piso y mi abuela con cara de diablillo me invitó a subir. Miré a mi alrededor y aquello estaba bien ordenado y limpio a pesar de que nunca había visto a nadie subir. Mi abuela sacó una caja pequeña de nogal y la abrió girándose hacia mi y sonriéndome como siempre.

En ese instante entraba un Chevrolet con los cristales tintados me sacó de mi recuerdo

-¡OH NO! - Pensé. El conductor del vehículo hizo un giro para detenerse al lado

de mi coche, sin pensarlo, en ese momento arranqué y salí a toda velocidad. Me incorporé a la autopista y vi que el Chevrolet me estaba siguiendo. Pisé el pedal a fondo e intenté despistarlos. Cada vez que miraba por el retrovisor los veía más cerca. De repente, sentí como me investía por detrás una vez. Volví a acelerar, el coche respondió y gané cierta distancia, entré en un túnel. Por suerte para mí no había tráfico, reduje la velocidad y aceleré a tope, cuando vi la salida del túnel, apagué las luces y justo al salir del pasaje había un

desvío que tomé virando el volante de forma brusca, escondiendo el coche entre los árboles y matorrales.

Me quedé escondida y cuando vi pasar el coche por la autopista, apoyé los brazos en el volante y me puse a llorar agarrada al volante.

Jamás había salido de España.

Siempre había estado en casa con mi abuela mientras mi madre trabajaba y luego empecé con mis estudios superiores en otra ciudad. Empecé a salir con Alex y todo se volvió en torno a él. Era una chica

normal y estudiosa. Lo mío no era arriesgarme con nada, nunca lo hice. Volví a arrancar el coche. Conducía bien esto, junto con la buena señalización de las carreteras y el fabuloso sistema GPS encaminó mi rumbo atravesando lugares que jamás pensé siquiera que pudiera pisar

Después de dos días de conducción, llegué a mi destino.

7.-

2.064,99 kilómetros después me llevaron a Ragusa. Al sur de Italia. Mi prioridad era buscar un lugar discreto donde alojarme, mejor en las afueras. Estaba agotada, necesitaba dormir y recuperar fuerzas. El primero que encontré no tenía muy buena pinta, pero me bastaba para pasar desapercibida. Entré en recepción, era una estancia muy agradable a pesar de su aspecto exterior. Detrás del



pequeño mostrador había una mujer de unos sesenta años. Era de estatura media y algo rellena. Tenía la cara redonda y siempre sonreía. Su pelo era oscuro y cardado y a primera vista parecía muy simpática.

Me dio la habitación 18. Estaba en el segundo piso. Entré en el ascensor y suspiré descansando porque no había nadie en él. Salí con cuidado y llegué hasta la habitación a través de un largo pasillo color crema. Metí la tarjeta en la ranura y abrí la puerta.

La habitación era discreta y acogedora y por lo menos tenía un aseo sólo para mi. Lo primero que hice fue meterme en la bañera hasta que se me arrugaron los dedos.

Salí del baño y me di cuenta de que no tenía ropa limpia. Aproveche para salir a comprar algo en algún centro comercial lleno de gente y así poder distraerme un poco mientras esperaba a que se pusieran en contacto conmigo.

A las afueras del pueblo había un centro pequeño. Entré en él y tenía dos

hileras de tiendas a los lados. Entré en la primera y busqué algo. Un vaquero, camiseta de tirantes blanca y unas Convers. Ya en la caja cogí una gorra y unas gafas de sol. Salí de la tienda y busqué una de ropa interior. Tres locales más abajo la encontré.

Era un sitio muy bonito. Tenía estantes en los laterales y en el centro unos percheros. Miraba en ellos cuando sentí un aliento detrás de mí, unos brazos firmes, rodearon mi cuerpo desde atrás, ¡ummm...! ¡Ese perfume! Giré la cabeza y ahí estaba

¡Alain!

¡Ufff... qué vergüenza! – pensé mientras me sonrojaba.

-Date la vuelta y abrázame -me dijo al oído.

Me giré y en el abrazo me dio un beso.

-Hay que disimular, no te han seguido, pero podrían encontrarnos.- dijo bruscamente mientras me soltaba y me cogía de la mano.

Su antipatía hizo sentir estúpida a

su lado, pero tenía razón tenía que moverme para no ser descubierta.

Salimos del centro comercial como una pareja más pero pendientes de que no nos siguieran. Llegamos a la habitación del motel dejé las bolsas encima de una silla y me fui rápidamente hacia el baño para separarme de él, necesitaba cierta distancia. Mientras, Alain se dirigió hacia una ventana, para echar un vistazo y cerró las cortinas. Cuando salí del baño y él se dirigió hacia mi. Me sentó en la cama como a una niña acariciándome el rostro.

-Sé que me he adelantado, pero no podía dejar de pensar en ti. La sola idea de que te hubiera pasado algo me volvía loco. Cogí el primer avión. Desde que te perdí de vista en Aveyron vivo angustiado de forma permanente. ¡Escúchame! de momento no podemos seguir juntos, tenemos que separarnos o levantaríamos sospechas. Tengo que mantenerme a cierta distancia de ti. Ellos me conocen bien y saben que te protejo.-

Me resbalaron dos lágrimas por las mejillas y él las secó con delicadeza.

Estaba enamorada de ese hombre.

-Te juro que estoy deseando volver a sentir tu cuerpo, a tener un ratito para nosotros pero ahora lo importante es tu seguridad. -Al decirme eso me dejó descolocada. Ya no sabía que pensar.

-Alain -dije acercándome a él -¿Qué es todo esto? ¿Quiénes son esos hombres?

-¡Ahora no!, me están buscando, el tiempo no se detiene y precisamente no disponemos de mucho, debo salir de la ciudad, tengo que llevarlos a otro sitio,

distraer su atención.

-¡Escucha con atención Amal! –Dijo cogiéndome de los hombros con ambas manos

-¡Dios, es terriblemente atractivo! – pensé mordiéndome los labios

-El inspector Pinaud, te dio una serie de instrucciones, debes seguirlas al pie de la letra. Irás al sitio indicado en la nota que te entregó. Estará esperándote Nicola, ella será tu guía, a ella podrás consultarle aquello que desees, es la persona más indicada para contarte lo que



ocurre.

-Pero ¿Puedo confiar en ella? El inspector me dijo que no me fiara de nadie.

-Nicola es... bueno, si retrocediéramos en el tiempo 3000 años, podría ser lo que por entonces llamaban una... Druida. Puedes confiar en ella.

-¡Joder! -Dije sin querer- pero si eso suena a Asterix y Obelix.

Alain me besó, sus labios cubrieron los míos, mientras su lengua los rozaba levemente. Quedé desarmada al instante.

Una nube de algodón envolvió mi cuerpo y por un instante pensé que flotaba.

- Por favor Amal, no cometas imprudencias. Necesito volver a besarte. Dijo lentamente mientras sus ojos devoraban los míos.

Apenas terminaba de hablar cuando Alain salió de la habitación, dejando mi nube de algodón hecha jirones.

-¡Joder! –dije decepcionada. Me acerqué al armario y cogí el macuto que había dejado en el suelo del mismo. Busqué la nota y la leí cuidadosamente:

**7 J., Ragusa, Sicilia, à sept heures,  
dans l'église des âmes du purgatoire,  
côté de toile Mattia Petri. N. (~~mémoriser  
et brûler~~). (Memorízalo y Quémalo).**

Parece ser que el inspector tenía problemas a la hora de escribir en castellano, pero la nota se entendía perfectamente. La “N” del final debía ser el nombre de esa mujer... Nicole.

-¡Mañana! ¡Mañana es el día! Si no llego a ver a Alain no hubiera leído la nota. –me dije a misma.

Doblé la nota por la mitad y la rompí en pedazos, esos pedazos los volví a romper y los tiré a la papelera.

Pasé toda la tarde en la habitación, encendía la tele, la apagaba de nuevo, me tiraba sobre la cama, saltaba encima, caminaba de un lado a otro... la espera era insoportable, en esos momentos de soledad añoraba a mi gente.

-¡Cuando agarre a la Charo... la mato! -  
pensé rompiendo de nuevo a llorar, esta vez con más nostalgia que miedo.

Al anochecer estaba mejor, conseguí dormir algo y cuando abrí los ojos mi estómago se quejó lastimoso. Decidí salir sin arriesgar mucho para comer un poco. Me dí una ducha rapidita, después, me probé lo que me había comprado.

-Ufff..... me estoy quedando en las guías –dije mientras me miraba al espejo y abrochaba el vaquero.

Combiné el Jean con la camiseta de tirantes y las zapatillas. Me hice una

estupenda coleta que saqué por el agujero de la gorra mientras encajaba ésta en mi cabeza. Parecía una cantante de Rap. Ese pensamiento sacó una sonrisa de la comisura de mis labios.

Salí de la habitación y con cuidado me dirigí hasta el aparcamiento. Me aseguré de que no me seguía nadie. Abrí la puerta rápidamente y me metí dentro del coche.

Todavía tenía tiempo suficiente para la cita con Nicola y decidí ir a la biblioteca a

investigar un poco. Llegué al lugar. El edificio era moderno vestido con una especie de hormigón. Subí las escaleras de entrada y crucé la puerta.

Era un sitio bonito. Al subir las escaleras de la entrada me encontré con un pasillo largo y en sus laterales había estanterías repletas de libros.

Llegué hasta el fondo del pasillo y había un mostrador con una chica joven pero iba vestida como si estuviera en la época de los cincuenta. Llevaba una falda capa verde hasta las pantorrillas y un jersey de punto

de manga corta del mismo color. El pelo lo tenía recogido en un moño bajo y en la cara unas gafas horribles.

- *¿Posso ayidarla qualcosa?*- preguntó

-Puff, que difícil va a ser esto -dije en voz alta sin pensar en que me pudiera escuchar.

-¿Puedo ayudarla en algo?- dijo de repente. Mi cara de alegría lo decía todo.

-Si, gracias. Necesito saber algo de un símbolo celta.- dije

-Sigue recto el pasillo de la derecha



y hay una puerta en un lateral, es la única. Entrás en la sala y la tercera estantería que encuentras a la derecha, segundo

Estante, quinto...no sexto libro.- prosiguió – si necesitas que te traduzca algo, no dudes en decírmelo.

-Gracias- dije.

Me dirigí hasta la estantería y hay estaba. El sexto libro y además estaba en castellano. Abrí el libro y comencé hojeándolo hasta que cuatro hojas más encontré mi símbolo.

Comencé a leer.

***Triqueta.*** Símbolo celta por excelencia.

*Muy anterior a la Cristiandad. Sus orígenes son desconocidos. Se afirma que puede tener más de 5500 años.*

*Muy influyente en distintas culturas.*

*En la cultura Celta representa la Triple*

*Diosas*

*En la cultura Vikinga es símbolo del Dios Odín. Dios principal de la mitología*

*escandinava ocupando un lugar similar al del Zeus en la mitología griega y se caracteriza por su carácter de cabeza de familia y líder de los demás dioses, también acoge a los guerreros caídos heroicamente en combate y sus almas son recogidas por las Valquirias en un gran banquete en la estancia de Valhalla, compuesto por tres partes, los tres peces de Vesica entrelazados en la intersección de círculos iguales, cuyas circunferencias pasan cada una por el centro de la otra, marcando la*

*intersección de los círculos siendo un símbolo muy común en todo lo relacionado con la mitología celta y sus leyendas.*

*En el mundo cristiano tiene mucha importancia ya que es una representación perfecta del concepto de "tres en uno" es el misterio de la trinidad y también incorpora otro símbolo muy popular, el pez, en su forma original de los peces del Vesica siendo necesario dar importancia a este punto.*

*En la cultura Pagana, simboliza vida, muerte, y renacimiento y las tres fuerzas de la naturaleza: tierra, aire, y agua.*

*Los tres círculos internos representan el elemento y la fertilidad femeninos.*

*El amuleto o talismán son símbolos protectores, de fuerza y abundancia ya que invoca a las fuerzas ancestrales que funcionan y han seguido funcionando a lo largo de la historia, recibiendo su portador todo lo positivo que simboliza.*

Paré de leer. Me dolía la cabeza de tanta información y de tanta presión.

-esto cada vez pinta peor para mí –  
pensé.

Miré el reloj. Ya era casi mediodía. Decidí salir a comer algo y hacer hora para la cita con Nicola. Me llevé el libro que cogí en la biblioteca, lo llevaba bajo el brazo, fuertemente sujeto y solo pensaba en qué papel tengo yo en toda esta historia que cada vez se pone más fea.

Llegué al punto de encuentro para ver el lugar en que había quedado.

Era una iglesia con una gran escalinata. Di una vuelta alrededor de ella para ver si encontraba algún restaurante. Justamente enfrente de la iglesia había uno pequeño.

Tenía un ventanal chiquito que me permitiría visualizar la gente que pasara por allí.

Entré dentro del local, efectivamente no era grande, todo lo contrario. Tenía una barra justo enfrente de la puerta y cuatro mesas distribuidas en un estrecho

espacio. Me senté justo en la mesa que daba a la ventana. La desplacé un poco para que me tapara una columna que había, con el propósito de ver pero no ser vista. El camarero se acercó y pedí un plato de pasta, como no, y un filete de segundo.

Cuando empecé a comer, me di cuenta que tenía mucha hambre, la pasta estaba muy rica, no dejé nada en el plato. El camarero un hombre de unos cincuenta, me sonrió como si fuera su hija, complacido por haber apurado la comida.



Enseguida apareció con el filete. Estaba espectacular, tierno y en su punto, lo devoré. El “*cameriere*” me volvió a sonreír, cogió el plato vacío y en poco tiempo trajo uno nuevo con una pinta espectacular. “*sulla casa*”. “*il miglior tiramisù in Italia*”.

-¡Ohh! Grazie, grazie molti –dije con una sonrisa de oreja a oreja.

Verdaderamente había comido genial, cuando terminé mi café el pequeño restaurante estaba lleno. Hice amago de ojear de nuevo el libro, ansiosa de conocer más sobre todo este asunto. Miré a mi

alrededor y tuve la sensación que desde cada una de las mesas me observaban.

Eche una mirada inquieta al reloj. 16:32. Todavía faltaba un rato para la cita. Decidí salir y pasear sin irme muy lejos. Pedí la cuenta y dejé el dinero en la pequeña bandeja donde me trajeron el recibo de caja. Había andado unos metros cuando me acordé del libro. ¡Lo dejé en una silla en la mesa! Me volví y lo recogí, me apresuré a salir con la cabeza agachada, evitando mirar a ningún sitio. Entonces tropecé con un alguien que entraba al restaurante.

-“scusa” –dije torpemente. Al levantar la cabeza descubrí unos ojos negros como el hollín clavados en mí. Era un chico joven, realmente atractivo, tan alto o más que Alain. No dijo nada, solo levantó una mano en señal de “todo bien”.

Salí por la puerta con el rostro de aquel joven en mi mente. Comencé a andar sin un rumbo fijo, los minutos se me hicieron eternos. Decidí ir al punto de encuentro y observar el lugar antes de mi cita.

Después de subir los escalones entré por la puerta principal que estaba

abierta. A simple vista me recordaba otra iglesia más, mucho ornamento y grandiosidad como en la mayoría de ellas. Varios altares se repartían a ambos lados de la sala que precedía al altar.

En el segundo banco se distinguía una persona, tenía la pose típica de rezo, con las rodillas clavadas en la balda de madera para tal fin. Nerviosa miré a un lado y otro, no pude ver a nadie más. Con cautela me acerqué despacio. Cuando estuve a unos metros de aquella persona le hable:

-¿Hola?

-Acércate pequeña, te estaba esperando. –dijo sin volverse

-¿Es usted Nicole?

-Soy aquella que buscas, - pero chiquilla, acércate para que pueda verte mejor.

Avancé insegura unos pasos más, la mujer aún seguía en la misma posición, no estaba segura pero tenía la sensación de que podía pasar cualquier cosa. El silencio no acompañaba. Aquello me recordó a una “peli” de terror, de esas que la protagonista se mueve por la escena en constante

tensión porque la acecha no se qué cosa.

-Aquí no debes temer nada, ahora mismo estamos protegidos, -pronunció aquella mujer mientras se levantaba y volvía hacia mí.

Lo hizo tan pausadamente que mis nervios iban a explotar.

-Soy Nicole –hablaba mientras me tendía una mano. Era una mujer mucho mayor que yo, aún así era joven, debía tener sobre 40 o 45 años. Tenía un peinado de corte actual que favorecía sus facciones, no tenía un rostro hermoso, pero sin lugar a

dudas era atractiva y seguro despertaría la admiración entre los hombres. Sus ojos eran claros como la mañana y el contacto de su mano me tranquilizó.

-¡Siéntate! –Ordenó- como te he dicho, de momento no nos pueden molestar.

-Sé que tienes muchas dudas, todo tiempo tiene su momento y cada momento está formado por fragmentos de diminutos instantes y en cada instante puede haber muchos recuerdos. Si esto lo trasladamos al pasado, los instantes se pueden convertir en hechos, y cada hecho puede

condicionar los momentos del tiempo futuro.

Arrugué la frente sin entender nada de lo que decía. Señaló con la cabeza el libro que llevaba bajo el brazo.





9.-

-Veo que buscas información. Muchos libros son buenos oradores, te hablarán, te contarán, a veces verdades completas, otras veces esas verdades, serán medias verdades, pues no contarán del todo lo correcto, por desgracia, en la mayoría de las ocasiones, los libros se llenan de mentiras que intentan confundir a aquellos

que lo leen, falsas historias que ocultan una sencilla verdad. –dijo Nicole

-La triqueta, ¡Ah! esa gran incógnita. Hay muchos libros que hacen referencia a esta... podíamos llamarla insignia. No se ha escrito toda la verdad, ni es verdad todo lo que se ha escrito. Gran parte de lo que fue, nunca ha sido revelado. El verdadero significado ha pasado de padres a hijos y la verdad que sobre este antiquísimo símbolo se ha dicho, ha sido ocultada en pasajes de prestigiosos libros, que solo los ojos experimentados versados puede ver. Hoy

aquellos que creen saber, solo saben lo que querían que supieran.

-El símbolo que llevas en el brazo se remonta al origen mismo de la creación, a lo largo de los siglos distintas culturas, sin entender lo han ido adoptado, es verdad que representa la tierra, pero no en el lógico contexto de la palabra. La triqueta es el comienzo. Es la mismísima fuente de la vida.

-Esconde un secreto, algo que ha día de hoy, aún se le escapa al hombre.

-Ciertamente ha sido buscado con

ahínco a lo largo de todos los tiempos, pasando por los chamanes de antiquísimas culturas, hasta Druidas, alquimistas o curanderos. Incluso civilizaciones como Los celtas, los mayas, los otomanos. Personajes como Da Vinci, la Reina Victoria de Inglaterra, Escipión, Saladino, Isabel la Católica, Cleopatra o Hitler... si escribiéramos los nombres llenaríamos varios folios. Todos sin excepción estudiaron y buscaron... Existen sociedades secretas que a día de hoy lo siguen buscando:

Ordo Templi Orientis, Los Caballeros templarios, la orden rosacruz entre otras.

Unos la buscan para salvar el mundo, otro para someterlo.

-Ninguno hasta ahora tuvo éxito.

Pero todos que oculto, aguarda en algún lugar.

Se desconoce. Se ha ido ocultado por los siglos a través de un linaje de sangre que nació para protegerlo. Cuenta que la clave para encontrarlo, reside en “la llave de Navín”. También conocida como “la llave de

los tres dientes”. Si piensas un poco, mucho se dice de llaves en la historia. “la llave del cielo o del infierno” el “ama de llaves”, “la llave de los milagros” “la llave del conocimiento interno”...

-Esto no está escrito, ha ido viajando en el tiempo de boca en boca a través de las diferentes culturas y entre los elegidos ha pasado de generación en generación durante milenios el siguiente mensaje:

-“El secreto será revelado a través de la llave de Navín mediante la línea de sangre”-

- El custodio te llevará a las llaves de hierro

y cada una de ellas te conducirá a las

Siete puertas

-Tú eres la última descendiente de Navín.

Aquella mujer hizo una pausa. Yo no sabía que pensar.

-¿Estaba loca? ¿Corría peligro con ella al lado?

- ¿Cuál es el secreto? –pregunté con cierto recelo.

- El secreto es... la vida. La vida eterna.

-Dijo con solemnidad. Igual que el mensaje mencionado, de boca en boca se ha



transmitido en qué consiste:

Se cuenta que es una poción, una cura, o como te parezca llamarlo, capaz de prolongar la vida. De ella se dice que aquel que la posea parará el envejecimiento del cuerpo y quedará inmunizado contra fiebres y contagios. Al menos esa es la hipótesis de la mayoría de los estudiosos

- Entonces ¿por qué no se divulga?  
¡Sería el fin del dolor! ¡Terminaríamos con el sufrimiento en la tierra! ¡No más enfermedades!

- ¡Que ignorante eres pequeña! –Soltó

Nicole con media sonrisa-. Si ese elixir estuviera al alcance de todos los hombres, destrozamos el mundo por sobrepoblación en muy poco tiempo, si estuviera al alcance de unos pocos, el resto seríamos simples esclavos.

En ese momento si me pinchan no me sale sangre, mi cuerpo se quedó rígido. Cómo puede ser que una chica como yo, más bien solitaria, no muy habladora y sólo centrada en mis estudios, sea capaz de resolver este misterio. Además ... ¡quieren

matarme!

- De acuerdo. A ver si lo he entendido bien. - dije centrándome.

- Dices que soy descendiente de no sé quien...

- Navín -me corrigió Nicole.

-Navín, -proseguí haciendo caso omiso- y se supone que tengo que buscar unas llaves y abrir unas puertas, que la tienen los custodios esos, que tampoco sé donde están y que además ¿tengo que dar mi sangre?

La mujer suspiró resignada.

- No lo sé todavía- dijo ella – Es un autentico misterio. Lo que te puedo decir es que tú eras la pieza que falta para completar el enigma y llegar hasta el secreto.

- Como habrás podido apreciar, han dado contigo.

-¿Quiénes son y porque me persiguen?- pregunté

- Son células especiales de órdenes secretas. También mercenarios que

buscan dinero fácil, saben que el secreto es buscado por mucha gente. Lo malo es que se llevan por delante lo que sea y no reparan en los daños que puedan causar. Hay que tener cuidado con ellos. Algunos de ellos son de la Orden del Ordo Templi Orientis. Es una organización secreta muy peligrosa. Por otro lado están los mercenarios que ya tienen varios compradores esperando resultados.

-¡Estamos metidos en un buen lío!

Cerré los ojos y me eché manos a la cabeza pensando en que esto no me puede

estar pasando. Me levanté de la silla y caminé por la iglesia hasta el altar y me arrodillé en el primer escalón. Suspiré y en ese momento una lágrima recorrió mi mejilla.

Sentí una mano en mi hombro. Nicole, con cara de preocupación se arrodilló conmigo y me abrazó.

-No te preocupes, nos tienes a nosotros, el inspector Pinaud y Alain, te ayudarán hasta el final, especialmente Alain, además de muchas más personas alrededor del mundo y muy influyentes

intentarán impedir por todos los medios que la élite se meta en esto.- me dijo intentando consolarme.

Se levantó del suelo y sacó de su bolso un pequeño libro. Parecía muy antiguo. –Este libro te ayudará a encontrar la puerta y te dará más información.- dijo.

Me dio el libro con ambas manos, como intentando no separarse de él.

–Ten cuidado- dijo mientras se marchaba.

Me levanté del suelo y me senté en

una silla lateral. Me quedé pensando en la situación en la que estaba metida. Por primera vez desde que estaba allí me di cuenta de lo bonita que era la iglesia. Las paredes tenían columnas pintadas al fresco que enmarcaban unas figuras griegas. Era un sitio muy luminoso. Resignada a mi “aventura” salí del lugar y me dirigí al coche que me prestó el inspector. Caminando por las calles me dio la sensación de sentirme observada.



10.-

Llegué al motel. Cerré la puerta con pestillo y corrí las cortinas. Me senté a hojear el libro que me dio Nicole, decía cosas que apenas entendía. Por otro lado cada vez me obsesionaba más esta historia. En principio solo me llamó la

atención aquel casual encuentro, ¿o no tan casual? con aquel chico. De pronto me encontraba metida en una alucinante historia de sectas o entidades secretas. ¡Uff! no sabía que pensar. El libro llamó poderosamente mi atención, algunos pasajes hablaban de hechos que aunque no conocía, no me resultaban del todo extraños. Estaba tan sumida en sus letras, que apenas me enteré cuando llamaron a la puerta. Sobresaltada me incorporé como un muelle, durante un rato eterno, me quedé allí, de pie como una boba,

esperando de nuevo sentir los pequeños golpes en la puerta de madera. Una vez el toc toc sonó claro, de nuevo me lleve un susto de muerte y con mucha precaución, casi de puntillas me acerqué a la puerta y miré por la mirilla. Era Alain. Al instante me relajé y con una alegría que incluso yo mismo acogí con sorpresa me apresuré a abrir la cerradura. El atravesó rápidamente el umbral de la puerta y me apresuré a cerrar el pestillo. Alain, resueltamente, como si lo hubiera hecho toda la vida se abalanzó sobre mí, atrapando con sus

manos mi cintura. Sus labios buscaron los míos, su mano cogió mi cabeza, mientras la apretaba suavemente hacia él, su boca entreabierta saboreaba la mía. Su otra mano acarició mi mejilla y durante un rato que no puedo determinar estuvimos bebiendo el uno del otro.

Cuando por un breve instante dejo de besarme me quedé embelesada, mis labios humedecidos, mi boca entreabierta, mi cuerpo encendido de deseo.

Sus manos se deslizaron por debajo de mi tenue camiseta,

desabrocharon el sujetador con determinación y sus dedos recorrieron mi espalda.

Mis pechos, estremecidos por el deseo, se aplastaron contra su poderoso torso, cuando me atrajo hacia él.

Apenas podía reaccionar, me saco la camiseta con una sola mano, después con igual maestría se libró de mi sujetador.

Entonces, mientras me besaba el cuello, una de sus manos se apoderó de mis senos, su contacto quemaba mi piel.

¡Dios! Me estremecía entre sus brazos.

Me empujó suavemente sobre la cama. Y sus labios sin prisa, trazaba mapas de deseo, primero sobre mis hombros, luego sobre mi cuello, a veces me susurraba al oído, palabras que apenas entendía, en ese endiablado idioma del amor que es el francés, y cuyas palabras conseguían enervarme cada vez más.

Sentí sus manos en el botón del pantalón, sentí sus dedos deslizarse entre mis piernas.

¡No podía más! Me besaba como nadie lo había hecho nunca. Yo ni siquiera podía responder a sus caricias. Él parecía un Dios del sexo y yo una esclava sumisa. Sentí como sus dedos me acariciaban sin entrar en mí, como mi ropa interior se manchaba por la humedad del deseo.

-¡Dios! –Volví a repetir, pero no era eso lo que escuché salir de mis labios, mis ojos estaban cerrados, guardando la intensidad de ese momento, no dejando escapar ni uno de esos instantes de placer. Mi boca entreabierta dejaba escapar gemidos que

hasta ahora había sostenido, pero que ya era imposible parar.

-Entonces beso mi vientre, hasta alcanzar el inicio de mi sexo, jugó con su lengua en mis ingles, separó mis piernas con determinación y sentí el contacto de su lengua rozar mi sexo, mientras que con sus dedos se aferraba a mi trasero.

Entonces, sin poder remediarlo un espasmo recorrió mi cuerpo y cogí su cabeza apretándola con fuerza entre mis piernas, esa no era yo, o tal vez si, mi lado salvaje, jamás nadie lo había sacado hasta



entonces. Apreté los ojos sin poder contener un orgasmo, tan intenso que cuando terminó, mi cuerpo quedo inerte en la cama. Sin aliento.

Alain me miró a los ojos con una intensidad devastadora, me dio la vuelta y acarició mi espalda con sus besos. De nuevo sentí palpitar el deseo en mi interior.

¡Dios mío! No era posible, sentía de nuevo arder en mí un calor abrasador mientras Alain se situaba en mi espalda. Noté como su miembro buscaba lo que yo tanto ansiaba. Sentí el contacto como brasa

de fuego de placer en mi húmedo sexo, y entró en mi... despacio, entonces sin poderlo evitar, volví a gemir. Alain aceleró el ritmo mientras yo, sin poder evitarlo volvía a contraerme y dejaba escapar de nuevo gemidos de placer. Mi cuerpo inmerso en el deseo, sin poder controlar ese ímpetu que me penetraba con un ritmo devastador, estallaba de nuevo en mil pedacitos de incontrolada lujuria.

-Me desperté a su lado. Miré el reloj, eran las 03.00. A mi lado estaba el. Alain. Era alto. Tenía el pelo rizado y corto. Su

piel, era más morena que la mía y empezaba a salir la barba, era muy atractivo. Recordé sus ojos color miel y esa mirada intensa y sigilosa.

-¡Dios mío! -pensé mirando su cuerpo, y yo pensé que conocía bien como era el sexo.

Su nariz ¡Ah! Su nariz era recta, perfecta. Tenía unos labios más bien finos pero muy suaves.

Su incipiente barba lo hacía parecer

más interesante y a la vez muy atractivo. Tenía un cuerpo atlético. Cada vez que me abrazaba, sentía su fuerza.

-Me gusta que me mires cuando duermo- dijo con los ojos cerrados aun. Sonreí y volví a besarlo.

Hicimos el amor, otra vez.

Me di una ducha y me vestí rápidamente. Cuando salí del baño Alain ya estaba vestido. Miraba por una rendija de la ventana con semblante muy serio.

-Te han seguido. Hay que salir de

aquí.

Cogí mi mochila y el libro que me dio Nicole.

-¡Vámonos! –le dije mirando la miel de sus ojos

Bajamos al vestíbulo del hotel y pague la estancia. Le pregunté al recepcionista si tenían salida por detrás y nos dijo como salir y llegar al aparcamiento sin que nos vieran pero la salida daba a la calle principal.

-Salgo yo y los entretengo, a

continuación ve al garaje, busca un lugar tranquilo, lejos de aquí, mi objetivo es protegerte.

-Pero...

-¡No te preocupes! –Me interrumpió- te encontraré, no lo dudes.

Diciendo esto salió por la puerta principal. Oculta tras la ventana pude ver como se acercaba al coche oscuro que nos vigilaba al otro lado de la acera. Al pasar junto a la ventanilla la golpeó haciendo añicos el cristal delantero, en el lado del conductor. Introdujo medio cuerpo

dentro del coche, agarró al piloto por la pechera y lo sacó fuera de un tirón. La reacción fue inmediata, se abrieron las puertas de atrás y varios sujetos se abalanzaron sobre Alain.

Contuve un grito ahogado, pero sabía que tenía que huir. Me armé de valor y corrí hacia las puertas giratorias.

-¡Dios mío! –grité asustada. Varios hombres entraban en ese momento.

El primero clavó su mirada en mí. Frené en seco, retrocedí algunos pasos, y...

11.-



Salí corriendo hacia las escaleras, no miré atrás. Corría frenéticamente subía los escalones de dos en dos, de tres en tres, hasta que me quedé sin peldaños. Estaba en la segunda planta. No había más. A través del pasillo realicé una delirante búsqueda, intentaba abrir todas las puertas.

-¡Joder! -Dije en voz alta- en las películas siempre hay una puerta abierta.

Terminé de recorrer el pasillo, estaba desesperada.

-¡Dios mío! ¡Dios mío! Murmuraba lo más bajito posible. Con todo el cuidado que

pude volví a la escalera, pero inmediatamente retrocedí, habían llegado, oía sus pasos amortiguados por la roja alfombra que recorría el piso.

Tenía unas ganas terribles de llorar, pero no conseguía derramar ni una sola lágrima, imagino que para compensar esto empecé a temblar, los dientes, era imposible pararlos, parecían unas castañuelas de juguete a la que le habían dado demasiada cuerda. Estaba perdida.

Cerré los ojos y noté como me cogían desde atrás, me tapaban la boca y me

alzaban en el aire. Cuando los abrí estaba dentro de una habitación, junto a mí, había un chico, en la penumbra no pude distinguir sus facciones. Tenía un dedo en la boca y un leve siseo salía de sus labios pidiéndome silencio. Me hizo un gesto con las manos que me resultó familiar. Asentí con la cabeza. A un par de metros estaba la puerta, se acercó a ella con cuidado de no hacer ruido y puso la cabeza en la madera a modo de escucha. Una vez más, me miró tranquilizándome con las manos. Estuvimos un buen rato así, el escuchando,

yo de pie, con el cuerpo aún tembloroso. No sé el tiempo que pasamos de esta manera, debió ser bastante.

Por fin, se alejó de la puerta y fue hacia la ventana, con cautela miró a través de las cortinas. Llevaba un pantalón vaquero y una camisa rosada de cuadritos blancos. Me indicó por señas que me sentara en la cama. Cogió una silla sentándose a un metro de mí.

-¡Joder! Exclame cuando por fin pude verlo bien. Era el chico del restaurante. Con el que tropecé al salir.

- non parlare, solo sentiré capito?

Excusa... -dijo y volvió a repetirlo.

-No hable, -me dijo- escucha. ¿Lo entiendes?

Su idioma era pésimo, era una especie de Italo-Español, pero se podía entender, así que asentí con la cabeza.

-Estoy aquí para ayudarte. No temas. Si ahora entraran en esta habitación, a mí probablemente me matarían. Pero a ti no te harían nada. Te necesitan viva.

-Vamos a salir, tengo el coche en el

garaje del hotel al igual que tu es un lancia  
ypsilon de color gris. Si todo sale bien y  
podemos llegar hasta los coches  
¡Sígueme!

-De momento quédate aquí, voy a  
comprobar que todo está bien.

A continuación el chico salió de la  
habitación cerrando la puerta.

-¡Sepa Dios a que orden o secta o lo que  
sea, pertenece este! Dije en voz baja.

-“bueno, al menos me ha salvado la vida  
pensé”

Volvió en 5 minutos. Abrió la puerta y sin entrar me hizo señas para que saliera.

Bajamos las escaleras, salimos a la calle. No pude apreciar señales de lucha, ni siquiera estaban los restos de cristales de la ventanilla del coche. Apresuramos el paso y entramos en el parking. Corrí hacia el G Force abriéndolo sobre la marcha, tiré la mochila en el asiento del conductor, cerré la puerta y suspiré hondo.

Ya estaba el ypsilon delante de mí, arranqué el motor y lo seguí, salimos del garaje, en muy poco tiempo estábamos

circulando por la nacional, el chico cogió un desvío y conducimos alrededor de 60 Km. Por esa carretera. Durante el trayecto se me ocurrieron mil cosas diferentes. Estaba muy preocupada por Alain. Finalmente Se apartó por una especie de sendero que llevaba al interior de un bosque, paró el coche y se bajó.

Ni siquiera me hablo, lo primero que hizo fue sacar un aparatito del bolsillo el cual empezó a pasar por toda la superficie de mi vehículo. Al llegar a la zona trasera, en la rueda derecha empezó a pitar



desafortadamente. El chico introdujo una mano por debajo del metal por encima de la rueda y tanteó durante un rato. Sacó un dispositivo pequeño que emitía una luz azulada apagada. No contento, siguió buscando aquello que fuera de nuevo. Al llegar a la parte de atrás del coche, el cacharro ese volvió a pitar. Introdujo de nuevo la mano en la parte de atrás del vehículo y volvió a sacar otro pequeño transmisor, este tenía tenue luz roja, no parpadeaba, estaba constante.

-Son transmisores.-dijo el chico.

-¿Pero por que han puesto dos? –  
pregunté arrugando la frente

Un amago de sonrisa nació en la boca  
del joven.

-Son dos tipos de aparatos diferentes.  
Parece ser que hay más de una  
organización detrás de ti, pero no  
perdamos tiempo. A partir de este momento  
soy tu. Coge lo que te haga falta y dame las  
llaves de tu coche.

Fui a protestar, pero al fin y al cabo ya  
me había resignado, no podía escapar de  
esta situación. Cogí lo necesario, al abrir la

guanteras del coche entre otras cosas, me di cuenta que allí, estaba la cajita con la llave que me dio El inspector Pinaud. Ahogué una exclamación y metí el estuche en mi mochila, junto a la pistola y el resto del dinero.

El chico me entregó las llaves de su coche. Me indicó un pequeño sendero.

-Sigue por ahí, llegarás a una pequeña carretera, continua por ella. Te llevará a la autovía. Continua hasta agotar el depósito, no pares. Ahora nuestra prioridad es despistarlos.

Diciendo esto, el chico subió al que hasta ahora había sido mi vehículo, llevaba los dispositivos de seguimiento en la mano, vi como los soltaba en el asiento delantero del copiloto, arrancó el coche y bajando la ventanilla me habló.

-¡No tenemos tiempo! ¡Sal de aquí!  
¡Huye!

-Y... y Alain –Pregunté con preocupación.

- ¿Alain? – ¡No te fíes de él! ¡No te fíes de nadie!

Arranqué el coche entre por el sendero y tal y como me dijo el chico del restaurante llegué a la autovía. Mi cabeza iba a mil por hora.

12.-

¿Quién eran esos hombres que estaban delante del motel?

¿Y el chico del restaurante?

-¡no sé ni cómo se llama!- pensé.

-¡Esto es una locura! Tengo que averiguar quién es y si de verdad puedo fiarme.

-Que no me fíe de Alain, ¿porqué?

Seguí dándole vueltas a todo hasta que me saltó el piloto del depósito del combustible. En ese momento me di cuenta de que llevaba tres horas seguidas conduciendo. Paré en la siguiente estación de servicio y reposté. Miré el reloj, eran las 12 de la noche. Decidí entrar en el servicio de restaurante allí mismo y comer algo, aunque no tenía nada de ganas. Busqué un lugar discreto al fondo del local, ocupé una

mesa pequeña.

-¿Y ahora qué? – me pregunté. No sabía hacia donde debía ir- Estoy perdida en el centro de una historia que me da miedo.

Mientras llegaba mi cena cogí el libro que me dio Nicole. Comencé a leerlo y en las primeras páginas no leí nada que no supiera, las palabras de Nicole ya me habían informado. Me pusieron la cena delante, apenas le presté atención, estaba absorta en la lectura. Después de un rato comencé a leer algo que me llamó la

atención. Algo referente a una isla.

*“Era la octava isla Italiana. Su leyenda, se fue ensanchando a lo largo de los siglos. Algunos llegaron a asegurar que la arena de sus playas estaba mezclada con diminutos granos de oro puro.*

*En el Renacimiento se expulsó a la población autóctona y se confinó en aquel terreno desierto*



*a los enfermos de las frecuentes plagas de peste bubónica que azotaron la ciudad, abandonándolos allí a su suerte.*

*Por si fuera poco, en los años 30 del siglo XX se intentó recuperar el islote instalando allí un **hospital psiquiátrico** en el que a los pacientes se les torturaba con lobotomías. Los venecianos, muy supersticiosos, afirman que el lugar está **plagado de espíritus malignos** y no se atreven a*

*acercarse por allí.”*

Suspiré para mí. Seguí leyendo, aunque no podía concentrarme en la lectura.

-“la Isla de los muertos” –pensé. ¡Ya sé donde tengo que ir!

Terminé mi cena y pagué al camarero. Salí al coche y me senté en el asiento del conductor y arranqué el coche.

Menos mal que puse en la mochila el GPS del coche que me dio el inspector. Puse mi destino en él y me dirigí hacia la autovía.

El camino era largo me quedaban por lo menos ocho horas de conducción. Avancé por la carretera, ya había recorrido por lo menos 300 kilómetros, los nervios podían conmigo y la monotonía me mataba. Paré a descansar un poco. Llegué a un bar de carretera y pedí un café. Mientras me servía el camarero entraron dos hombres con semblante muy serio y se sentaron a mi lado.

Intenté, rápidamente, recoger mis cosas y largarme de allí. Dejé dinero en la barra y salí. En cuanto pisé el suelo de

fuera, corrí todo lo que pude hasta que llegué al coche. Busqué las llaves en el bolsillo del vaquero.

-“malditos pantalones ajustados” – pensé. Mientras escarbaba en el bolsillo sentí que alguien me tocaba el hombro. Cuando me giró, estaba ese hombre, sus facciones se me quedaron grabadas. Era un hombre muy robusto, tenía la cara redonda y la nariz gruesa. En la mejilla se le marcaba una mancha en forma de “u”.

En ese instante no lo pensé e intenté deshacerme de aquel tipo. Me moví

como una loca, dando patadas hasta que me soltó y salí corriendo todo lo que me dejaban mis piernas temblorosas. Me introduje en una arboleda que había justo al lado del restaurante e intenté subirme a un árbol para esconderme. Vi como esos dos tipos me buscaban. Buscaban por todas partes, siguieron buscando, estuve a punto de bajarme varias veces, pero podía oír sus voces, creo que se dieron por vencidos, imagino que pensaron que me largué por alguna vereda a pie, volvieron al bar. Me quedé esperando hasta que se

montaron en su coche y se marcharon.

Suspiré de alivio. Ahora tenía que bajarme del árbol.

- ¡OH dios mío! ¿Cómo me bajo? -

Respiré hondo e intenté descender como pude. Mientras bajaba iba cerrando los ojos, me agarraba muy fuerte y pensaba “¡no mires abajo!”. Por fin pisé el suelo. Me quedé junto al árbol mirando a mi alrededor intentando buscar una señal de qué no había nadie. Salí corriendo hasta el siguiente árbol para que no me viera nadie y así lo hice hasta que llegué al

aparcamiento. Me escondí detrás de los vehículos estacionados y cuando vi que no había nadie corrí hasta mi coche, arranqué y salí de allí sin levantar ninguna sospecha.

Seguí mi camino hasta la isla. Todavía me quedaban por lo menos cinco horas de viaje, debía pensar que haría cuando llegase a aquel lugar. Recordaba las líneas que leí en el libro que me dio Nicole –la isla de los muertos, menudo nombre- pensé. Se me pusieron los pelos de punta nada más pensarlo.

Sé, por mis estudios, que en esa

época se hacían experimentos con los internos de los psiquiátricos que la mayoría de las veces salían mal y el paciente moría.

Sentí que mi estómago se retorció, cada vez se ponía más negro el asunto. Después de dos horas de conducción decidí parar a comer algo y tenía que ir al baño. Me detuve en el siguiente restaurante, pero esa vez aparqué el coche en un sitio más escondido. Me bajé de él con cautela y mirando a mi alrededor para ver si había alguien sospechoso.

Entré en el local. Fui directa al baño.



Lavándome las manos me miré en el espejo y vi a una chica que no reconocía. Tenía la cara demacrada con un color como verdoso y unas ojeras que no había tenido ni siquiera en época de exámenes.

Salí del aseo y me senté en un lugar apartado y casi escondido. Pedí un desayuno que devoré y le pregunté al camarero si tenían puerta trasera y salí por ella. Llegué hasta el coche y volví a la autovía mirando hacia todos lados para comprobar que no me seguían. Otras dos horas después llegué a Treviso. Busqué un

hotel. Debía ducharme y descansar como sea. Sé que lo peor aún no ha llegado.

Decidí cambiar de táctica, busqué un sitio céntrico, donde hubiera mucha gente. Encontré un hotel de líneas modernas. A través de la ventana se veía un canal amplio con mucha agua. Un hilo de farolas atravesaba la calle, aunque se levantaban en un solo poste, se bifurcaban en dos farolillos. Me parecieron muy románticos.

¡AH! Agarre con ambas manos la base del ventanal y respiré hondo.

-“Italia” –Pensé- “Estoy en Italia” –Y

por primera vez fui consciente de mi situación. Me perdí unos minutos en el paisaje de la ciudad y tras pensar un rato, tenía las ideas más clara. Soy de aquellas que dicen eso de que las cosas pasan por “un algo”. Hace tan solo unos días, yo era una estudiante de último curso, vivía una monótona vida de estudiante, con los problemas de estudiante que ya me parecían muy preocupantes. Ahora, ahora estaba tomando conciencia del verdadero significado de la palabra “problema”.

Alguien se estaba tomando muchas molestias en encontrarme. Bien pues voy a entrar en el juego. Me da igual quienes fueran o lo que quisieran, estaba metida en esto y todo indicaba que iba a seguir así. Si había un misterio de por medio, ese era “mi misterio”. Puse manos a la obra. Lo primero que hice fue hacer algunas llamadas en el teléfono público de recepción. Después usé los ordenadores del hotel para buscar información. En unas horas lo tenía todo atado.

Si que me daba miedo lo que encontré

sobre Poveglia. Todos los datos apuntaban a que era una isla maldita, que nadie en Venecia y alrededores querían pisar aquella tierra, si es cierto que multitud de estudiosos de lo paranormal la visitaban con frecuencia, la mayoría de ellos sin permiso.

Lo sobrenatural, sobre todo los espíritus siempre me han llamado la atención, pero al mismo tiempo le he tenido un miedo escalofriante. Parece ser que a la isla de los muertos, lo que no le faltaban eran almas que allí moraban.

Después de informarme, tracé un plan. Cuando estaba todo planeado, lo volví a repasar con meticuloso cuidado, en esto era muy buena, por algo estaba estudiando antropología forense. Después me fui a pasear.

Descubrí un lugar maravilloso, que traté de retener en la memoria. Paseé por la orilla del río Sileo. Estuve viendo la Catedral de San Nicolás, pase por la llamada “fuente de las tetas”. No quise perderme el museo cívico, a mi parecer espectacular. Tras tomar un capuchino y tras una maravillosa

jornada de turista, regresé al hotel con el ánimo reconfortado.

Saqué mi única prenda que usaba desde hacía ya muchos días para dormir. Me lavé los dientes y me metí en la cama.

Cerré los ojos intentando conciliar el sueño. Al cabo de unos minutos abrí los ojos enfadada conmigo misma.

-No puede ser, estoy muy cansada- grité para mí.

Volví a cerrar los ojos. Esta vez me puse la mano en el pecho y me cogí el colgante que

llevaba desde que mi abuela murió. Me acerca más a ella y me siento en paz conmigo misma y empiezo a pensar con claridad.

....Amal, cariño, el desayuno está en la mesa- decía todas las mañanas

Yo me sentaba frente a ella y miraba su colgante con forma rara.

-no te preocupes cariño, que cuando yo no esté será tuyo. Todo lo mío será tuyo y tendrás que cuidarlo y guardarlo para siempre.- me contaba



Me levanté temprano, me senté en la cama pensando en lo que había soñado. Era extraño todo aquello que me contaba mi abuela ahora iba tomando forma. Cogí mi macuto, solicité la factura y pedí un taxi.

Si, como lo digo, dejé el vehículo en el parking del hotel, pagué una semana por adelantado y les dije a los de recepción, que pasaría a recogerlo. El taxista me dejó en la estación de tren. Salían trenes a Venecia cada 15 minutos. Tras media hora, llegaba a la estación de la ciudad de los carnavales.



13.-

Un nuevo taxi, me llevó al puerto.

Inicié la búsqueda de alguien que me quisiera o pudiera llevarme la isla. Estuve preguntado aquí y allí, durante una hora, que finalmente fue toda la mañana. No hubo suerte.

Nadie, no había ni un solo marino que quisiera llevarme a Poveglia. Con tanta pregunta descubrí que algunas de las cosas que ponen en Internet son datos erróneos. Por ejemplo, dicen que los marineros no se acercan a la isla a pescar por temor a pillar huesos humanos en sus redes. No es cierto, bueno si es cierto que no se acercan a pescar, pero el rumor que corre es otro, dicen que el alma de los muertos ahogados espantan a los peces, por lo tanto no hay nada que pescar en aquella zona, por lo que ir allí sería perder el

día. También dicen que los pocos peces que habitan por la isla vienen del reino de las sombras para velar que ningún alma se escape del fondo del mar. La gente de esta zona era muy aprensiva con respecto a este tema. Sin lugar a dudas ese islote tenía una fama más que justificada.

De nuevo, en más de una ocasión tuve esa sensación, algo que cada vez me sucedía con mayor frecuencia. Tenía la sensación que varios ojos me seguían allá por donde fuera.

Al final entré a tomar un refresco en

un local público. Estaba sentada en esa taberna, con la esperanza perdida y la cabeza gacha. Un leve sonido hizo que me incorporara. Ahogué un grito. A un metro de mi se había sentado un hombre, por la pinta era un marinero de piel curtida por el sol, el pelo entre cano, delgado y su mirada... ausente. Me habló sin mirarme. Al principio observé a ambos lados, derecha e izquierda creyendo que hablaba con otra persona. No, Era a mí a quien hablaba.

-Srta., no debería preguntar por esa isla. ¡Está maldita! –dijo el hombre sin mirarme.

-Pero necesito ir allí, Tengo dinero. ¿Me podría llevar usted?

-¡por tu bien! Aléjate, vete lo más lejos posible de esta ciudad y olvida la isla.

-Escuche Señor, tengo que ir. Si no es usted ¿Quién podría llevarme?

-Por estos alrededores y en un radio de 200 Km. A la redonda, no creo que encuentres a nadie. Vete. –Diciendo esto el hombre se levantó y lo mismo que vino, se fue.

Ni siquiera me miró a la cara. Nada más

irse el marinero se me acercó una chica, debía ser bastante más joven que yo.

- ¿Quieres ir a la isla? –me preguntó sin rodeos en perfecto castellano.
- S.Sí, -logré decir de forma entrecortada.
- Genial, necesitamos, un capitalista que nos financie el viaje, eso si, tenemos que

ir por la noche, por la mañana está todo muy vigilado y sería imposible.

Era una chica de unos 18 ó 19 años, rubita, aún tenía cara de niña, era delgada y



llevaba un pantalón oscuro y una blusa de color verdoso.

- ¿Cómo te llamas? –le pregunté.

Debía ir con cautela. La chica me hablaba muy

deprisa y parecía bastante excitada.

- ¡Ah! Perdona, lo siento es que te llevamos observando toda la mañana.

- “Eso es” –pensé- “de ahí la sensación de vigilancia”

La chica siguió hablando.

- Nosotros También queremos ir a la isla, tenemos quien nos lleve, pero no tenemos dinero. Me llamo Anna.

- Joder, has dicho ¿"nosotros"? – pregunté incrédula.

- Si, somos seis, hace ya mucho que queremos, ¿cómo te diría? Queremos saber si

aquello que dicen es cierto. Somos un grupo de estudiantes de ciencias paranormales, es una oportunidad única de conocer la verdad. Estamos dispuestos a hacer lo que sea.

- Escucha Anna, -dije mirándola con convicción- si se algo de esa isla es que no debo ir de noche, quiero ir, pero....Hay que ser prudentes. Si queréis que os financie el viaje, está hecho, pero vamos de día.

La chica me miró unos instantes, a pesar de no ser grandes, tenía unos hermosos ojos

Verdes, después sonrió. Fue una sonrisa exageradamente amplia.

-¡Si! Si Si Siiiiiiii, -gritaba mientras saltaba. Me tendió una mano- ¡trato hecho!

En una hora en la puerta del “Danieli”, reúno a los chicos y nos vemos allí.

Mientras corría en busca de la salida, me gritó:

-Te he oído hablar con ese tío, ¡Tu Italiano es perfecto!

-Me dejó inquieta mientras me rebullía nerviosa en mi asiento.

-Pero si he hablado todo el tiempo en castellano –me dije en voz baja.

La miré mientras se perdía por la puerta de la taberna. Mi vista divagó por el local y

por primera vez noté la mirada del marinero clavada en mí.

Salí de la taberna, miré al horizonte. Esa mañana era fría. La bruma del mar había subido y la humedad se pegaba a mi piel. Llegué al lugar de encuentro con el tiempo muy ajustado, respiré hondo pensando que era lo que me encontraría en aquel lugar tan misterioso. Al momento, Anna salió con tres chicos y dos chicas más. Hicimos las oportunas presentaciones sin prestarle mucha atención a los nombres.

Comenzamos a andar hacia el puerto. En la bajada, se veían como las calles cada vez eran más estrechas, más oscuras y lúgubres. Las casas eran muy viejas y estaban deterioradas. Cada vez me gustaba menos. Tenía el presentimiento que algo iba a salir mal.

-Oye Anna, ¿a dónde vamos?- pregunté, algo intimidada por el lugar.

-No te preocupes, el marinero que nos va a llevar vive por aquí cerca.

Tenemos que ir con cuidado porque nadie quiere acercarse a la isla. Dicen, que el que

lo hace, tiene una maldición de por vida.

Parece ser que este hombre la lleva puesta desde hace unos años -me dijo en tono divertido.

Llegamos a una casa que, como todas en Venecia tenía una puerta que daba al canal. En la puerta había una barcaza y un hombre en ella. Un hombre demasiado delgado de unos sesenta años. Era muy moreno con la piel curtida por el sol. Sostenía un cigarrillo en la boca aunque no lo tenía encendido.

-Este es- me dijo Anna al oído.

La chica se acercó al hombre mientras los demás esperábamos. En un momento nos dio la señal de que podíamos subir. Una vez dentro, Anna me miró algo contrariada.

-Amal, este es Aurelio y quiere el dinero por adelantado –dijo.

La miré con cara de asombro pero esta vez no doblégaría.

-No, cuando nos lleve tendrá la mitad del dinero y cuando nos recoja sanos y salvos tendrá la otra mitad. Si no es así no hay dinero.- dije para mi asombro.



El hombre refunfuñó dándose la vuelta y habló con Anna. –Dice que de acuerdo, que necesita el dinero y dice que le has caído bien.- dijo

-pues entonces en marcha- maticé con semblante serio.

Aurelio arrancó el motor de la barcaza y se puso en marcha. Pasamos por unos canales muy estrechos y ni siquiera había transeúntes. Nos metimos en una calle y al final se veía la amplitud del mar.

Bordeamos Venecia hasta que salimos a mar abierto y en cinco minutos llegamos a la famosa y temida isla.

Atracamos al borde del islote. Había un pequeño embarcadero que nos permitía llegar a pie hasta tierra firme.

Era una isla muy pequeña y casi no tenía árboles. Al fondo se veía un edificio de tres plantas rodeado por una valla. Al pisar aquel lugar, sentí un escalofrío que recorrió todo mi cuerpo poniéndome los pelos de punta

-menos mal que hemos venido de día -pensé.

Anna y los demás chicos llevaban cada uno una mochila y al bajar de la barca empezaron a sacar unos aparatos muy

raros.

-Es para escuchar, para ver si hay algún tipo de energía “del más allá” -me dijo un chico con gafas.

Me quedé un poco embobada, como esperando a que siguiera hablando, que me diera algún tipo de charla acerca de los aparatos, pero se dio media vuelta y se fue a conectar algo a una batería.

Seguimos por un sendero en dirección a la valla. Éste se bifurcaba en varios caminos más. Pensé que quizá no deberíamos entrar por la puerta principal.

-Amal, nosotros iremos por la derecha. El detector nos da los marcadores un poco más altos. -me dijo Anna.

-De acuerdo -contesté— creo que intentaré entrar por la puerta principal, me da la sensación de que va a ser lo mejor.

Proseguí mi camino hacia aquel cercado. Sorprendentemente, el lugar parecía muy cuidado, pese a que no quería nadie estar allí.

-¿lo cuidarán las autoridades para poder venderlo?- pensé

Llegué a la puerta. La verja era muy alta y de hierro forjado. Parecía muy antigua. Tenía unos ornamentos en forma de ángeles en las esquinas de la puerta.

Toqué el hierro y al poner la mano encima de la cerradura sentí el mismo escalofrío que al pisar la isla.

Cerré los ojos y suspiré. Me sentí tranquila para mi asombro. Empujé la puerta y ésta se abrió sin dificultad. Miré el edificio y di un paso hacia atrás para poder verlo mejor. Era como una casa señorial antigua. La fachada era de una piedra gris

clarito y estaba muy ornamentada. La madera de la puerta de entrada parecía restaurada, pero seguía teniendo una belleza natural impresionante.

Intenté abrir la puerta esperando que fuera tan fácil como la verja. No tuve suerte.

Miré hacia los lados y en el primer piso vi una ventana entreabierta. Busqué algo para intentar subirme y alcanzarlo pero no tuve suerte.

-Si me subo a esta ventana podré llegar si utilizo el canalón... o estoy muy segura pero tengo que intentarlo - pensé

Me subí a la ventana de la planta baja. Puse las manos en el dintel de la ventana y me alcé lo que pude. Los huecos que había entre las piedras de la pared me ayudaban a subir. Me agarré fuertemente y en ese momento se me escurrió un pie y me fui al suelo.

Volví a intentarlo. Ya no me caí. Estaba plantada en la pared cuando me impulsé hasta el canalón – menos mal que eran de hierro y están bien sujetos- pensé

Con los pies en los huecos y agarrada al canalón cerré los ojos pensando que si



salía de esta iría a la iglesia todos los domingos con mi madre.

Volví a impulsare y agarre el quicio de la ventana. Me sujeté como pude y creo que con un subidón de adrenalina pude entrar por el hueco del ventanal.

Me puse en pie y alise con cuidado la ropa. Levanté la vista. La habitación en la que estaba era un despacho.

Estaba muy desordenada. En las paredes se apreciaban unas marcas

extrañas. Los cuadros de los diplomas estaban en el suelo. Me acerqué al escritorio y vi un montón de papeles. Les eché un vistazo. Eran informes médicos de una paciente. Me fijé en el nombre, eran todos de la misma enferma, una tal [Amelia Manzotti](#). En los informes detallaba los problemas psicológicos de ella....

*....La [neurosis](#) de la paciente le está afectando en mayor grado a la percepción del sujeto sobre sí mismo, y a su nivel de agrado, de plenitud y de integración del yo, así como a sus*

*relaciones con el entorno social y familiar más cercano; sin embargo, no presenta los síntomas usuales de desconexión con la realidad y amplio alejamiento de la vida social, pueden desempeñarse laboral y académicamente.*

*La [psicosis](#), abarca la manifestación más claramente asociada con la enfermedad mental, sus síntomas clásicos incluyen las alucinaciones, delirios de la perpetua llave de custodia y grave alteración afectiva y*

*relacional, estos trastornos suelen tener un factor orgánico bastante pronunciado como los Trastornos [Depresivos](#) y [Bipolares](#), aunque las [esquizofrenias](#) son claramente las de mayor repercusión personal, social y familiar dado su carácter crónico y degenerativo caracterizado por los elementos propios de todos los trastornos psicóticos a los cuales se añaden la desconexión con la realidad y aplanamiento afectivo....*

Solté los expedientes, y salí de la habitación con cuidado. Busqué la escalera para bajar a la planta baja. Llegué al descansillo. En la pared colgaba un cartel informativo de lo que había en cada planta. Arriba estaban las habitaciones –No creo que subir allí sirva de nada- dije en voz alta.

Baje hasta la recepción. Era impresionantemente grande y estaba asombrosamente limpia.

Allí me encontré un gran plano de la mansión. En aquel papel se detallaban cada una de las habitaciones claramente

diferenciadas, abajo estaba recepción y algunos aposentos de recepción y acogida de los pacientes. En el primer piso, en la zona norte estaban las cocinas, el almacén y los dormitorios de los médicos y personal destinado a la clínica. En la zona sur estaban los cuartos de los pacientes, las salas de aislamiento y algunos aposentos destinados a operaciones o prácticas de emergencias, así como botiquín y los distintos despachos de consulta, también había una sala de fisioterapia y rehabilitación, en el mismo lugar rezaba

una gran habitación como sala de ocio. En la parte alta, en la torre aparecía una sala grande, “quirófano” etiquetaba las letras impresas en el papel dentro de la habitación. Una habitación más pequeña rezaba como “dirección”.

-Joder –pensé consternada-. Si ni siquiera sé lo que estoy buscando.

Volví a mirar el plano y vi la situación de los despachos médicos.

-Vale, primera planta, zona sur.

Espero orientarme bien

Subí las escaleras y ya en el descansillo giré hacía mi izquierda. Avancé por el pasillo y me fijé en las puertas. Eran todas de maderas nobles. En cada una detallaba el nombre del doctor. En la puerta del fondo había una placa en la que ponía “DIRECTOR”

-Creo que debería empezar por aquí- me dije a mi misma consolándome.



Toqué el pomo de la puerta y giro muy suavemente. Entre con miedo, la atmósfera me estaba afectando, no sé, tal vez pensé que detrás de la mesa habría un señor muy serio con bigote y cara de pocos amigos. El despacho estaba curiosamente ordenado. Una gran mesa ocupaba parte del rincón derecho de la habitación, sobre la mesa un lapicero, algunos dossier pulcramente ordenados y perfectamente cuadrados descansaban en el tablero, un pisapapeles con una forma extraña y un juego de elegantes plumas

completaban el conjunto. A la izquierda dos armarios archivadores uno tan alto como yo, el otro un poquito más pequeño. Detrás de la mesa una silla con respaldo alto forrado en piel marrón. Me acerqué buscando con el dedo el polvo acumulado, no encontrar ni un grano, casi me deja en el sitio, sentí como el vello de mis brazos se erizaba. No era posible. Es como si lo acabaran de limpiar. Intenté ignorar ese escollo que comenzó a helarme la sangre. Miré con miedo en los rincones, como niña asustada que asegura su sueño tras mirar

el colchón, los armarios, las mesitas...

Dos o tres veces intenté abrir los cajones, pero no había manera, estaban cerrados con llave, también la busqué. Seguía sin haber suerte. Lo hacía todo con prisa, prisa por salir de aquel cuarto que me tenía con el alma en los talones. Sentí un ligero crujido a mi espalda, me quedé quieta, anulé incluso la respiración, agudizando el oído, suplicando que solo fuera algo irreal. Pero no. Volví a sentir como si se rompiera un trozo de madera y un frío intenso invadió mi cuerpo, mis

piernas se paralizaron, me quede como una estúpida estatua, ni siquiera parpadeaba.

-¡Dios que no sea nada! –pensé mientras intentaba controlar el cuerpo para no temblar, haciendo un esfuerzo me empecé a girar despacio, solo la cabeza, en dirección al ruido, me di cuenta que tenía los ojos cerrados. Los abrí. ¡Dios! No había nadie ni nada. Solté el aire despacio, me fallaron las piernas y tuve que apoyarme en la mesa, entonces unas imágenes se proyectaron claras en mi

mente. Imágenes como en diapositivas, extrañas e inconclusas, escenas de presos, de lobotomía, de gritos y agonía, de delirios y tormento, una mezcla de visiones grotescas y abominables, vi a una chica torturada, ¡no! No estaba loca, la tenían allí contra su voluntad, se escudaban tras el sanatorio, eran asesinos. Veía como la mortificaban, las laceraciones en su cuerpo, sentí el sabor amargo de la muerte en la boca.

Entonces lo supe, ella guardaba un secreto. Un secreto poderoso. Algo que

podía cambiar el curso del mundo. Era Amelia Manzzoti. Entonces recordé algunas líneas del informe que a ella se refería.

*“La [psicosis](#), abarca la manifestación más claramente asociada con la enfermedad mental, sus síntomas clásicos incluyen las alucinaciones, custodios de la perpetua llave de delirios y grave alteración afectiva y relacional”*

*-Custodios de la perpetua llave -*  
repetí ensimismada- ¡Dios mío! Exclamé ahora en voz alta. Esa palabra ya la había

leído anteriormente, estaba en el libro que me dio Nicole. Ella me habló sobre ellos, tenía que buscarlos y allí mismo había uno. Entonces lo vi claro. Amelia Manzotti se internó voluntariamente, creyendo que este lugar era el mejor para ocultar su secreto. Pero no fue así. Fue descubierta, las grandes organizaciones que buscan la línea de sangre entretejieron los hilos para llegar hasta ella y tras la fachada de médicos y psiquiatras tuvieron total impunidad. Que mejor lugar para realizar estragos con los pacientes de un

psiquiátrico. Manzotti sin querer escogió el peor lugar del mundo para ocultarse.

De nuevo el “Flash” de imágenes se aceleró, como si hubieran pisado el acelerador del pensamiento, lo vi todo de forma clara, el director del psiquiátrico era el enlace de la custodia, lo descubrieron y acabaron con él, camuflando su muerte como suicidio. Finalmente Manzotti, en un descuido de sus captores se quitó la vida, protegiendo con su sangre aquello que celosamente guardaba. Tras esto varias imágenes más corrieron claras por mi



mente, un almacén y en él un sótano, allí una pila de estanterías y libros, detrás de los libros una abertura y una gruta.

De nuevo fui consciente de donde estaba, salí corriendo del despacho.

¡Dios! en ese momento entraba Anna y nos golpeamos con fuerza, le abrí una brecha en la ceja y unas gotas de sangre salpicaron el piso.

Anna quedó en el suelo sozollando, yo fui a parar con el culo al suelo, aturdida por el golpe.

-Anna -grite intentando cogerla rápidamente- menudo golpe, ¿Estás bien?

-Sí -dijo mientras sacaba un pañuelo del bolsillo- ¿dónde vas tan corriendo?

-Quería bajar al sótano y no me gustaría que se hiciera de noche en este lugar. Pienso que al final vas a tener razón con eso de los fantasmas. Es muy extraño. ¿Te has dado cuenta de lo limpio que está todo? Parece como si lo arreglarán todos los días. -Le dije mirando a mí alrededor.

-Sí, me he fijado. Llevo tiempo

investigando este lugar. Suceden cosas muy raras y en las demás islas no cuentan nada bueno.

Salimos del despacho y seguimos el pasillo hasta llegar al descansillo.

Bajamos las escaleras y me di cuenta de que Anna me miraba de reojo. En ese momento me vino a la cabeza las palabras de aquel extraño chico. “no te fíes de nadie”.

Empecé a darle vueltas. ¿Y si Anna sabía realmente lo que estaba haciendo aquí? ¿y si es miembro de esa la organización que

ni siquiera se para que me quiere? ¿y si no?

Me paré en seco en la última escalera y respiré hondo mirando a Anna.

-¿Qué haces? ¿te ocurre algo?- preguntó

-Nada sólo estaba sacándome de la cabeza cosas absurdas -mentí- lo de los fantasmas me da un poco de miedo. - Insistí intentando ocultar mis verdaderos pensamientos.

Me di cuenta de que no podía decir

nada. Carecía de medios para saber que tramaba, o si ni siquiera estaba metida en este asunto me paré un momento y pensé que un poco de ayuda no me vendría mal. Me imaginé que ella ya había estado en este lugar. No observaba las habitaciones con cautela, sino que iba y venía con la certeza de aquel que sabe por dónde va.

Miré en el plano donde estarían las escaleras para bajar al sótano. No estaban dibujadas.

-Bueno, para bajar necesitaremos dar con las escaleras.-dije suspirando—

Porque es todo tan difícil.

-No te preocupes, yo ya he estado aquí otras veces –dijo como si nada.

-Parece que me ha leído el pensamiento- dije para mí

-Vale, pues adelante, tú primero- dije al fin

Anna dio media vuelta en dirección a la recepción. La seguí. Cuando estuvo a la altura del mostrador se metió dentro de él y de un cajón sacó un papel plegado, lo abrió con cuidado. Parecía antiguo. Estaba

amarillento por el paso de los años y se dirigió hacia mí mostrándomelo

-Amal, fíjate bien en el plano del hospital. Aquí está perfectamente diferenciado el edificio. Bien, ahora mira el panel informativo.

Cogí el documento y me puse enfrente del panel y observé con determinación

-En principio sí que me parece el mismo plano. – seguí mirándolo- ¡No es el mismo plano! –exclamé.

Me fije en el papel que tenía en la mano. Había otro pabellón más y estaba justo debajo de donde estaba yo. Databa del año 1935.

-Vamos- dijo Anna





La seguí por detrás del mostrador. Se dirigió hasta el fondo de la sala, yo solo veía una pared con varios cuadros colgados. Descolgó el cuadro del centro y palpó la pared. Cuando su mano estuvo a la altura de sus ojos empujó con fuerza, un panel se deslizó en el muro, dejando el hueco de una puerta..

Aquí no gana una para sustos, pensé que eso solo pasaba en la películas. Mi reacción fue pensar en esos dvds de miedo que tanto le gusta a Charo, en esos

momentos de tensión, cuando la chica entra en el pasadizo perseguida por alguna extraña criatura, o algún siniestro asesino.

Me obligué a centrar mis pensamientos y entramos por esa puerta sorpresa. En un principio pensé que sería un pasadizo oscuro y con telas de araña pero para mi sorpresa era un pasillo normal como los del resto del hospital.

-por lo que sé, cerraron este ala del edificio cuando el director del hospital se suicidó- dijo Anna indiferentemente.

-¿cómo sabes tantas cosas de este

lugar? - pregunté mientras avanzábamos por el pasillo

-bueno, me he documentado mucho. Llevo incontables horas buscando a los fantasmas de este lugar y si te soy sincera no es la primera vez que estoy aquí. Lo del pasillo secreto lo descubrí hace poco, es un secreto que aún no conoce nadie. Para ser sincera, sola, no me atrevía a entrar –me explicó- Ahora si noté cierto tono nervioso en

SU VOZ.

“secreto” –repetí para mis adentros. Una

palabra bastante recurrente en estos últimos días. Encontramos varias puertas antes de llegar al final del pasillo, eran habitaciones prácticamente vacías, no podía evitar que un escalofrío recorriera mi espalda cuando entraba en cada una de ellas. A la chica, Anna le debía pasar lo mismo, no se despegaba de mi lado y a veces sus dedos se clavaban en mi brazo. Pensé que tenía más miedo que yo, aunque eso no me alivió mucho.

El pasillo terminaba en una sala de esas de aislamiento, tenía las paredes

acolchadas, no había ventanas, no había nada, el suelo igualmente era blando como si estuviera forrado con un colchón gigante, al andar sobre el daba la sensación de flotar en una especie de nube, era como pasear por el parque infantil, donde ponen losas de estas blanditas, que ceden un poquito bajo el peso del cuerpo. Esto era parecido, aunque más firme pero la vez más suave. Anna se quedó en la puerta y yo, cuando me quise dar cuenta, estaba en el centro de la habitación. Asombrada por mi arrojo miré a chica desde dentro.

Un sonido metálico rompió el silencio, la puerta se cerró con fuerza, escuché el grito de Anna, pero en ese momento mi visión se distorsionó, más que ver percibía lo que tenía a mi alrededor a través de... turbulencias, era como si se moviera todo mi entorno, como si me hubiesen puesto un vaso gigante en la cabeza y su recio cristal impidiera una visión clara. Me descubrí a mi misma inmersa en un mundo diferente, era consciente, estaba allí, en aquella habitación pero veía cosas que antes estaban ocultas. Me acerqué a la esquina

izquierda de la habitación, hundí mis dedos en la acolchada pared y noté las aristas de la baldosas engomadas, agarrándola con fuerza tire hacia arriba, cedió doblándose de forma elástica, me apoyé en la pared con todo el cuerpo y metí la mano.

Enseguida sentí el vacío. El rincón estaba hueco. Introduje la mano a más profundidad y palpé metal, una caja metálica, la cogí. En cuanto solté la baldosa, todo quedo tal cual, era un lugar ideal para ocultar algo, la plasticidad de los materiales permitían crear un rincón de lo más natural en aquel



lugar, jamás nadie, hubiera encontrado aquella pequeña guarida. De nuevo, todo volvió a la normalidad, la puerta se abrió, cuando salí, Anna estaba sentada en el suelo, con ambas manos abarcaba sus piernas encogidas sobre el pecho, lloraba.

-¡Amal!- gritó y se abalanzó sobre mí.

- ¿Te encuentras bien? ¿Qué ha pasado? Estaba muerta de miedo. De pronto se cerró la puerta y no podía abrirla y de repente te pusiste pálida y empezaste a hablar sola. Fuiste hacia esa pared y cogiste algo. Creo que no he estado tan

asustada nunca.- dijo sollozando.

-Estoy bien, creo. Cuando se cerró la puerta e intenté abrirla, todo se quedó en blanco y de repente escuché una voz. En un principio creía que eras tú, pero al momento descubrí que era de una mujer más mayor que nosotras. Me dijo donde tenía que poner las manos para abrir el panel que tenía a mi derecha. Entonces lo moví con mucha facilidad y descubrí esta caja.

Y desperté. Entonces te encontré llorando y me asusté pensando que te había pasado

algo-dije. –Vamos, tenemos que continuar y acabar con esto cuanto antes-

Continuamos por el pasillo. Conforme íbamos avanzando el lugar era más frío y oscuro. Las paredes ya no eran amarillas sino en un blanco grisáceo. Al acariciarlas con mi mano, parecía que me estaban diciendo algo que no llegaba a entender. Al final del pasillo éste se separaba hacia izquierda y hacia la derecha. Miré a ambos lados.

-Vale, ¿hacia dónde vamos?- dijo Anna algo asustada.

Puse mi mano sobre la pared y sentí otra vez ese escalofrío.

—Hacia la izquierda- dije decidida.

Seguimos hacia delante por ese pasillo tan lúgubre. En él sí que había puertas pero esta vez no eran puertas de habitaciones de madera. Eran de hierro con una ventana pequeña a la altura de los ojos. Aquello parecía más bien una cárcel.

Me asomé por una ventanilla y vi que era una habitación con paneles acolchados y en medio de la estancia había una camilla con cintas para atar las manos y los pies.

La pared tenía manchas de sangre. Estaba tan asombrada que no me di cuenta de que se había abierto la puerta sin tocarla y estaba en medio de la habitación. Sentí mucho frío y al tocar la camilla tuve como un sueño. En él vi a una mujer tumbada y atada. Le estaban haciendo una especie de lobotomía. Allí había varias personas que parecían médicos.

-¿donde está la llave?- preguntó uno de ellos

-No lo sé, no lo sé y aunque lo supiera nunca lo diría, prefiero morir- gritaba esa

mujer

En el expediente del doctor pude ver el nombre de la paciente Amelia [Manzotti](#). De pronto volví a la habitación vacía y fría en la que me encontraba.

-Esto no tiene sentido- dije enfadada

-¿qué relación tiene esa tal Amelia Manzotti con todo esto?- me pregunté. - ¿qué tiene que ver ella en todo esto? Esa mujer es una constante en todo este misterio → dije llorando.

Anna me abrazó e intentó consolarme.

-Amal, escúchame, estoy aquí para ayudarte- me envió el Inspector Pinaud, soy su hija.- dijo Anna mientras me abrazaba.

-¿qué? – conseguí decir

Amal, soy la hija del Inspector Pinaud. Estoy licenciada en psicología y mi especialidad si que son los fantasmas, pero no para darles caza, como te dije en la Isla, intento ayudar a la gente con esos problemas. Pero desde que la última custodia muriera, hemos estado al cuidado de ti. Tu abuela era una mujer extraordinaria y no querría verte derrumbada.- me dijo

cogiéndome de las dos manos.-Ahora tenemos que encontrar esa puerta y destruirla. No podemos consentir que las personas que vienen tras de ti lo consigan-

-Pero, ¿esas visiones que tengo qué son? – le pregunté. – necesito saberlo- la miré fijamente a sus ojos y al final accedió

-Amal, Amelia era la guardiana de la puerta antes de tu abuela.- dijo – ella intenta comunicarse, mostrarte el camino y lo qué debes de hacer, por eso estoy yo aquí.

En ese momento me derrumbé y empecé a llorar. Anna me abrazó. Justo, cuando sentí



refugio en la calidez de su abrazo, se escuchó un golpe al final del pasillo.

-quien quiera que sea está muy cerca, tenemos que seguir- me advirtió Anna

Avanzamos por el pasillo hasta que llegamos a la última puerta. Mi instinto me decía que abriera esa puerta y que entrara en la habitación. Anna me seguía, se aferraba a mí y no me soltaba.

Entramos en la habitación y la puerta se cerró muy lentamente.

- Amal, busca el vínculo. –dijo Anna

-¿Cómo? –contesté consternada

-La pared, la pared –repitió la hija de Pinoud- Toca la pared, parece que es el único medio para contactar con Amelia.

De nuevo sucedió, y como en un sueño... me vi sumergida en otra realidad.

En mi visión vi la caja que encontré arriba.

La mujer se la daba a un chico muy joven.

La tenía escondida bajo una sudadera.

Amelia, pudo encontrar el hueco hace mucho tiempo y metió allí la caja. El chico

sacó también la llave que me dio el Inspector e hizo algo con ella que cambió su forma.

De pronto cambió la sala. Estaba en la que me encuentro ahora. Amelia llevaba la llave y hablaba con un hombre. Llevaba un pin con mi símbolo. Ella miraba y señalaba la pared que ahora justamente tenía en frente.

Volví en mi misma y le conté lo que había visto a Anna.

16.-

Las dos corrimos hacia el muro, palpando y golpeando suavemente, en un mismo lugar coincidió aquel sonido, hueco, sonaba a hueco. Había algo detrás de esa pared.

De pronto se escucharon unos disparos.

-Amal vamos, hay que romperla- me dijo

Anna

Cogimos una barra de acero del suelo y la emprendimos a golpes con el tabique hasta que conseguimos hacerle un agujero.

Nos ayudamos de las manos desnudas para terminar de soltar los ladrillos hasta que conseguimos abrir un hueco con la suficiente anchura para poder pasar nosotras. En ese momento la puerta se abrió de golpe. Gritamos y al girarnos en nuestro rostro había miedo, pero también rabia y la barra en la mano bien agarrada para darle un golpe al que fuera. Allí estaba Alain.

Mi rostro abrigó el asombro, solté el trozo de metal y corrí hacia él. Lo abracé con fuerza

Alain, casi como si no me conociera, me apartó de su lado –vamos, tenemos que seguir avanzando, la Orden no tardará en llegar- dijo fríamente. Su mirada se desvió hacia Anna.

Mi cara en ese momento lo decía todo. – Alain ¿me has utilizado para llegar hasta aquí?- dije compungida

-No es el momento Amal- dijo con semblante serio.

-comprendo- dije con resignación,

Respiré hondo y armándome de valor cogi las riendas de la situación.

-bien, llegaremos hasta la puerta, en cuanto sepa como destruir la puerta lo haré y nunca más nadie pasará por esto. Me da igual que sea milenario o lo que sea que tenga y cuando termine todo, no quiero saber nada de vosotros ni quiero que os acerquéis a mí. Ahora podemos seguir.

Avanzamos a través de la pared. Aquel lugar era el pabellón que aparecía en el

plano que me enseñó Anna en la recepción. Avanzamos como 200 metros y el pasillo giraba hacia la derecha.

Al final de éste había una puerta redonda de metal, como las puertas de un búnquer antiguo. Alain y yo, no cruzamos palabra alguna en todo el trayecto. Aquella especie de escotilla acorazada no tenía ninguna cerradura.

-Dame la llave Amal –Dijo Alain.



-¡No! –Me sorprendía a mis misma diciendo.

De pronto me encontré en el suelo, con la parte izquierda de la cara dolorida, Alain me había abofeteado con tal fuerza que me lanzó al firme del piso. Mi cara era un cuadro de picasso.

Anna se quedó al igual que yo, petrificada, pero enseguida reaccionó.

-¡Que diablos estas haciendo! –Le gritó-

-¡Cállate! –vociferó Alain. –Amal, no te lo voy a repetir, extendido la mano hacia mi.

-¡Dios Santo! –dijo de nuevo Anna.

Avanzó hacia el chico y lo cogió del brazo.

-¡Alain, mírame, soy Anna!

Alain empujó con fuerza a la chica que golpeó la pared y rebotó cayendo al suelo.

Luego puso toda su atención en mi, con una mano me cogió el cuello y me alzó obligándome a levantarme, me apretaba con tanta fuerza que pensé que sus dedos se hundirían en mi piel como si fuera mantequilla. Lo miré a los ojos y no parecían suyos. Su mirada había desaparecido. En ese instante no me

reconocía. Mi cara oscilaba entre un color rojo y amoratado, mis ojos prácticamente querían salirse de sus órbitas, mi boca se abría y cerraba buscando con ansia el aire que no llegaba a mis pulmones, mis manos se aferraban como garras al brazo de Alain intentando que soltara su presa. No podía más, sentía como me doblegaba, mi mente empezó a divagar y mi visión se nublaba en parte por las lágrimas en parte por la falta de oxígeno.

De pronto aquella garra aflojó su presa. Cuando el aire entró de nuevo en

mis pulmones sentí renacer de nuevo. Cuando me recuperé Anna estaba de pie, con la barra de hierro en la mano y temblando de pies a cabeza, Alain estaba tirado en el suelo, todo lo largo que era de su cabeza manaba a borbotones oscura sangre.

-¿qué es lo que ha pasado?- dijo Anna mientras yo intentaba levantarme del suelo.

-No lo sé, pero no era él, parecía poseído- dije tocándome el cuello.

-¿estás bien?- me preguntó ella mientras se acercaba a mi

- No, pero hay que seguir- retrocedí al instante al ver que se acercaba para tocarme.

¿qué hacemos con Alain?- me preguntó

-déjalo, cuando vuelva en sí que me busque si quiere- dije tajante

-Amal, tengo que explicarte.....

-No, no quiero saberlo. Vamos, tenemos que avanzar y terminar con esto de una vez- dije

Me descolgué la mochila y rebusqué por ella. Al tacto sentí a Ruby. La cogí y me la metí en el pantalón como hacen en las películas. Seguí mirando y encontré la llave que me dio el Inspector Pinaud.

Me dirigí hacia la puerta y observé la cerradura. Mi llave no encajaba en ella. Coloqué mi mano en la puerta para conectar con Amalia.

En un instante, estaba con ella. Sentía su dolor y su miedo. Tenía una llave igual a la mía y tiró de ella hacia atrás y giró el

extremo redondo. Introdujo la llave y volvió a girar ese mismo extremo hacia el lado contrario. De pronto Amalia se volvió hacia mi y me dijo

-ten cuidado, no te fies de nadie. Nada es lo que parece- y se desvaneció.

De pronto abrí los ojos y me encontraba tumbada en el suelo junto Alain.

Las palabras de Amalia retumbaban en mi cabeza, ya las había oído. El inspector Pinaud me dijo lo mismo.

Cogí la llave e hice lo mismo que Amalia en mi visión. La puerta se abrió al instante. Entramos por ella y había una habitación. En ella había estanterías a ambos lados de la estancia y estaban llenas de conservas. Si que era un búnquer.

-no me extraña que esto esté en este lugar. El edificio ha soportado varias guerras y aquí había gente importante. Lo que no entiendo es el acceso que tiene. – dijo Anna algo sorprendida.

-da igual Anna que esto esté aquí, tenemos que encontrar la siguiente puerta.-



Estuvimos mirando por toda la estancia. Cada rincón de esa fea habitación no tenía nada. Al pronto Anna y yo nos volvimos hacia la puerta y vimos una sombra.

Mi primera acción fue sacar la pistola que tenía en mi espalda.

-¡Sal de ahí, estoy armada! – grité

De pronto una silueta se fue acercando hacia nosotras. La tenue luz de las linternas no daba para mucho.

-Amal, no dispaes- dijo el chico

Intenté fijarme más. Me sonaba la silueta

de él y cuando lo tuve más cerca pude reconocerlo, era el joven que me ayudó en el hotel

-¿tú? ¿qué haces aquí?- pregunté

-Dije que iba a ayudarte y eso estoy haciendo- me respondió - ¿quién es ella?  
¿y el chico que está fuera?

- Ella me está ayudando- dije muy seria –y el chico, lo mismo. Creo que ha sido poseído, este lugar da escalofríos y pasan cosas muy raras.

-¿y tú quién eres?- pregunto Anna

-Soy Marco Manzotti- dijo él

-¿Manzotti?- repetí

-Sí Amal, como has oído. Amelia era mi abuela.



Mi asombro cada vez era mayor. Este asunto me estaba desbordando.-¿ No sólo mi abuela era una guardiana sino que había otra?- me pregunté a mi misma

-Espera un momento- dijo Anna –No puede ser.....- pensó en voz alta

- Vale, me estoy perdiendo en todo esto, ¿qué es lo que pasa?- pregunté casi enfadada.

Amal, mi abuela Amalia, tuvo dos hijos mellizos, un varón y una mujer. Cuando nacieron los de la orden los separaron al nacer y se los quitaron de las manos para

que Amalia no pusiera en peligro su custodia y ellos hicieron creer al pueblos que los nacidos habían muerto en el parto. Entonces ella fue a la policía para que la ayudasen pero al escuchar su historia la internaron aquí. Una vez en este lugar ella se dio cuenta de cómo llegar al secreto mejor guardado de la historia. Lo malo es que la Orden tiene espías por todas partes, incluso aquí. La descubrieron enseguida, pero ella supo muy bien jugar su papel. Le hicieron de todo para sacarle la información pero fue más fuerte que todos

ellos.

Mi abuelo era su hijo. Él la buscó hasta que dio con ella y al explicárselo todo fue en busca de su hermana. Amal, tu abuela era su hermana. Mi abuelo se dedicó a ayudarla en lo que Amelia le decía, incluso la protegía, hasta que la Orden la mató sin conseguir nada.

Mi abuelo me pasó el testigo de protegerte, pero ha sido muy difícil dar contigo. Ese de ahí fuera sabe cuidarte bien.-

Su historia me dejó petrificada. En ese momento no sabía que hacer ni que decir.

-¿entonces la línea de sangre está dividida?- Preguntó Anna

-Si, pero la guardiana tiene que ser una mujer, recuerda. Amal es la única guardiana. Vamos, busquemos la siguiente puerta – dijo Marco.

Esto se enmarañaba a pasos agigantados, hace muy poco tiempo hubiese creído que llegar a esa isla era complicado, así como imprudente. En vista de la cantidad de personas que nos



íbamos acumulando allí, cualquiera diría que era la atracción del momento.

Empezaba a desconfiar de todo el mundo.

Muchas preguntas iban y venían de mi cabeza al tiempo que andaba, intentaba asimilar todo esto, esta extraña e insólita situación. Lo que parecía estar claro es que todos me buscaban a mi. Que yo soy la clave. Por lo que deduzco que yo tengo el poder. ¿Pero que poder? ¿Qué clave?. A veces tenía la sensación de percibir el entorno de forma diferente, como si ya

conociera mi destino y cada paso que diera lo hubiese vivido con anterioridad, sin embargo, en la mayoría de las ocasiones me encontraba perdida, sin saber que hacer o como actuar.

Como siempre, en situaciones de incertidumbre, buscaba en mi pensamiento el rostro de mi abuela y como siempre, ella nunca me fallaba. Ahora veía con claridad muchas de las cosas que me decía a las que apenas prestaba atención, simplemente porque no las entendía. En mi recuerdo busqué sus palabras y cada una

de ellas se agolpaban en mi mente formando imágenes claras y precisas, con sentido.

Entonces lo entendí todo.

Comenzamos a andar por galerías de excavadas en piedra, probablemente estaríamos por debajo del nivel del mar, pues el olor allí era húmedo y en los labios se notaba la sal del agua. Los pasadizos eran largos y estrechos, llegamos a un punto donde se dividían, no en dos ni tres, estábamos en una especie de anfiteatro, de él, siete aberturas se hundían más aún

en la piedra alejándose como oscuras serpientes por negros rincones.

Antes de que nadie pudiera hablar dije:

-¡Tenemos que dividirnos! La búsqueda será más rápida.

-No es buena idea, creo que es mejor seguir juntos –propuso Anna.

-Además la llave solo la tienes tu –Dijo Marco.

-Es cierto –repliqué- pero si vamos juntos el camino se puede hacer eterno, propongo ir cada uno por una abertura y

avanzar durante una hora, después volver a reunirnos en este punto, si alguno ha encontrado algo se lo comunica a los demás, si no es así probamos con otras tres galerías. –puse mi mejor sonrisa- creo que es lo más sensato.

-No... -Anna se quedó con la palabra en la boca.

-Marco el primer pasadizo por la izquierda, Anna por el segundo y yo cojo el tercero, venga. –Dije mientras avanzaba y me adentraba en la tercera abertura.

Apenas había andado diez metros,

cuando sabía que con aquella oscuridad no podían verme, me detuve y apagué la linterna. A mi alrededor se quedó todo en tinieblas. Miré hacia atrás, aún se veía una luz oscilar al fondo, de donde había venido. En breve volvería hacia atrás y saldría de allí, solo tenía que esperar.

-¡Dios mio! –dije en voz baja, aquella luz se encaminó por mi pasillo, venía hacia mí. Eso no me lo esperaba, si encendía la linterna probablemente delatará mi situación, así que decidí andar lo más deprisa que podía ayudada de las manos,

tanteando en la pared. Tropecé varias veces en las irregularidades del suelo, intentaba hacer el menor ruido posible pero en algunos tramos, el suelo empezaba a estar húmedo y la roca se volvía resbaladiza, también los dedos al contacto con aquellos muros se humedecieron, ahogué un grito cuando una gota helada me cayó en la cara y resbaló con la mejilla hasta llegar a mis labios, agua, pero no estaba salada, no era agua de mar. - ¡Maldita sea!- pensé -¿Hacia donde voy?

Al mirar hacia atrás la luz había ganado

terreno, se me acercaba, así que decidí aumentar el ritmo de mi marcha, primero un poco, después un poco más deprisa, llegó el momento que casi corría con ambas manos extendidas a los laterales de mi cuerpo, tocando los dos lados de aquel oscuro tunel, pensaba que en cualquier momento podía haber una pared, pensé que me podía dejar los morros en ella y eso me hacía correr con miedo, cerrando los ojos, apartando la cabeza hacia un lado y de vez en cuando llevaba la mano derecha al frente para comprobar que allí



no había nada. Sentí un golpe, pero no en la frente ni en la cara, vino de atrás y lo único que recuerdo es que caí al suelo a plomo, golpeándome la cabeza.

Cuando desperté, me encontraba tumbada en un catre. Intenté incorporarme pero un terrible dolor de cabeza me lo impedía y volví a caer inconsciente en la cama.

Un buen rato después volví a despertarme. Me toqué la cabeza y sentí un pinchazo. Al abrir los ojos vi una figura masculina sentada a los pies de la cama. Me levanté rápidamente. Aquel tipo tenía una expresión

más bien afable. Sonreía al verme despertar.

18.-

-Buenas tardes, señorita Amal.- dijo

-¿Quién es usted?¿Cuánto tiempo llevo aquí?- pregunté

- Soy Jean Fourneau, miembro de la Ordus Templi. En la jerarquía de la hermandad, para que te hagas una idea, tengo... como lo diría "cierta mano". Sobre nosotros se cuentan muchas cosas, ¿sabes porqué?, te diría que nos tienen miedo. Pero en si, no es miedo a nosotros, es miedo a la verdad. Conocemos secretos que el hombre aún no está preparado para compartir. Nosotros los protegemos. Tu tienes algo que hay que esconder, el mundo no está preparado para una revelación de ese tipo. Ni siquiera

a ti te han dicho toda la verdad, nosotros lo único que queremos es protegerte, proteger el mundo. No somos aquellos que muchos pretenden que seamos.

Las palabras de Nicole resonaban en mi cabeza “no te fies de nadie”

-¿Entonces qué quieres de mi?- pregunté

-Te necesito. Tu eres la clave.

-¡Escúcheme! Sr. “Fornu” o como diga llamarse, estoy harta de este juego –Dije realmente alterada- No quiero, repito, me niego rotundamente a que me lleven de

aquí para allá como si fuera un mueble. De pronto todos, todos... ¡el mundo entero! ¡se ha vuelto loco!, ¡no! Me niego, no quiero ser partícipe de esta locura. – Cuanto más hablaba más me alteraba- Así Sr. Lo que sea, voy a salir de aquí, voy a llamar a la policía y voy a parar este estúpido juego de espías y sectas y... ¡no se que más!

Se produjo un silencio, que se me antojo una eternidad.

-Bien Señorita Amal, si ha terminado, me gustaría que me escuchara durante

cinco minutos, no le voy a quitar más tiempo. Si después de conocer lo que voy a decirle quiere marcharse, puede hacerlo. –Arqué las cejas, seguramente también se notó mucho lo sorprendida que me quedé.

Jean Forneau Debía tener unos sesenta años, era alto, a pesar de la edad aún conservaba ciertos rasgos que delataban haber sido un joven de un gran atractivo. Sus ojos eran verdosos, tenía abundante cabello cubierto en su mayor parte por un color Blanquecino. Era alto, bastante alto,

debía sacarme al menos dos cuartas, tal vez más. Llevaba ropa de sport, cómoda pero a la vez elegante, de esas que hay ahora de marca, con la que puedes ir a una gala en cualquier salón diplomático y las revistas te tacharían de distinguido, incluso de refinado.

Después de una pausa siguió hablando:

-Lo primero disculparme por el trato de mis empleados, a veces suelen emplear métodos poco ortodoxos, en la mayoría de las ocasiones no estoy de acuerdo, pero debo decir que son bastante efectivos. Por



otro lado quiero contarte quien eres y porqué ahora mismo estás en esta situación.

Debo reconocer que a medida que ese hombre me hablaba, me fascinaba más y más, era como una especie de atracción por lo desconocido, además lo último que había dicho me llamaba poderosamente la atención. Y una vez más me sorprendí a mi misma.

-Por favor Sr. Forneau, continúe.

-No, no, se lo suplico Amal, llámeme simplemente Jean.

-De acuerdo Jean. Ha conseguido llamar mi atención.

-Me es grato saberlo, le aseguro que no la decepcionaré, por supuesto estoy abierto a cualquier pregunta que desee plantearme. Bien sin más demora, hay varias cosas que tenemos que dejar bien claro.

-La primera, es fundamental, repito, fundamental. Parece usted inteligente, por lo que le pediría que actuase desde ese punto de vista. –Forneau endureció su expresión- Métase en la cabeza que esto no es ningún

juego. Nadie está jugando. Usted, está metida en esto, quiera o no. Y muchas personas, la vida de mucha gente depende de usted.

-Si, eso ya me lo han dicho –repliqué– ¿pero que hago yo en medio de todos ustedes?

-Es un legado –Contestó Jean- Es un privilegio. Srta. Amal, usted es la última descendiente de Navín. La única que, al menos en teoría, tiene el poder de descifrar el secreto de la llave de los tres dientes.

-Puede que muchas historias le hayan

contado hasta el momento, puede que muchos hayan querido ser amigos, ofreciéndole cierto acercamiento, actuando como víctimas, siendo de alguna forma los “buenos” de la película. ¡No se equivoque Amal!

-La verdad no tiene nada más que un camino.

- Y ese camino es el suyo, ¿o me equivoco Sr., Forneau? –Dije lo más autoritaria que pude.

-¿el nuestro?, no lo sé Srta. Lo que si puedo decirle es por lo que luchamos, por

lo que venimos luchando desde el principio de los tiempos. Peleamos por un mundo mejor, mejores personas, por un lugar sin violencia donde criar a nuestros hijos. Esa es nuestra creencia.

-Según tengo entendido, no escatiman en utilizar esa violencia que tanto quiere eliminar, para conseguir sus fines. –  
Joderrrr, a veces me daría contra la pared, ¿por qué tenía que ser tan bocazas?

-La gente habla mucho, todos sabemos mucho, pero desgraciadamente pocos conocen la verdad. Se habla de Sectas, de

culturas ancestrales con ritos de sangre, de despiadadas organizaciones capaces de utilizar cualquier patraña para conseguir sus fines. La gente habla y desgraciadamente exagera cuanto dicen y eso corre de boca en boca. Ya sabes, conocerás el juego del grupo de amigos en fila que uno de dice una frase a otro que se la dice al siguiente y este al siguiente, si es una fila de quince o veinte personas, cuando la frase llega al último, al decirla en voz alta, no tiene nada que ver con la frase que dijo el primero. ¡Imagínate! Historias

que tienen cientos, miles de años. La realidad no tiene absolutamente nada que ver con lo que cuentan.

-¿Entonces, ustedes que buscan? –Dije un poco sorprendida.

-La verdad, Buscamos la verdad, deseamos un mundo justo.

-Lo que no sé es como puedo yo ayudarle, ¿Qué tengo que hacer?

-Realmente, eres la única que puede ayudarnos, se ha intentado, se han usado

todos los medios disponibles, habidos y por haber. ¡Todo ha sido en vano! En realidad, lo que sabemos es que te necesitamos, eres la última descendiente de Navin, en ti está el poder para sacar a la luz el secreto.

-Dígame, ¿En que consiste el secreto?

-Si quieres la verdad... no se sabe.

Todos los escritos hablan de un objeto, poción o poder superior.

-No me digan, que se persiguen, pelean y matan por algo que no saben ni siquiera... ¡que leches es!



-Sabemos lo suficiente. Sabemos que aquello que ocultaron es la respuesta que siempre hemos querido.

-¿La respuesta? –Dije cada vez mas liada.

-Lo que buscamos fue guardado a conciencia, data del principio mismo de la creación, algunos dicen que es la misma gracia de Dios. Es la respuesta a todos los males que aquejan a la humanidad, a todas las preguntas que nos hacemos a diario, al fin de las enfermedades. Es la solución para restaurar el mundo a su origen.

-Amal, si nos ayudas serás la precursora de un nuevo comienzo. Sé que todo esto, ahora te queda muy grande, pero solo tú puedes llevarnos hasta lo que buscamos.

Por favor, solo te pido que lo pienses. No queremos causar mal alguno, solo queremos tu ayuda.

-No quiero presionarte, puedes irte. Tienes una reserva en el Hamilton. Los gastos corren de nuestra cuenta. Puedes quedarte tanto tiempo como quieras. El futuro de una humanidad mejor está en tus

manos. Piénsalo. –El Sr. Forneau me tendió una tarjeta de visita- Espero tu llamada.

19.-

Mientras un chófer me llevaba de vuelta, seguía en estado de shock. ¿Así de fácil?, ¡me habían dejado marchar! Llegué al Hotel, era espectacular, probablemente

el mejor de todos los que había estado. Me sentí hasta incómoda por la atención de los empleados. Subí a mi habitación, me desnudé, me observé un rato en un espejo de cuerpo entero del baño. Había perdido al menos cinco kilos, de por sí ya soy delgada. Me metí en una bañera enorme, el agua casi me quemaba, estuve allí metida, intentando no pensar en nada hasta que se me arrugaron los dedos.

Estuve en la cama hasta las 12:00 del día siguiente, me levante con dolor de cabeza, me sentía cansada. Estaba

terminando de vestirme cuando golpearon la puerta discretamente.

-¡Joder, ya estamos de nuevo! – Exclamé, Abrí la puerta, esperando ver al Sr. Jean Forneau. Estaba totalmente equivocada, nada más abrir, como una anguila se coló Marco.

-¡Dios mío! –Volví a exclamar – Estoy casi desnuda. No gano para sustos.

-¡Coge lo que tengas que coger! ¡Nos vamos! –Dijo el chico acercándose con cuidado a la ventana.

-¿Pero qué ocurre?- pregunté asustada

-Nos vamos, ya. Estos hombres quieren matarte- dijo Marco con voz entrecortada

-Lo sé, pero ellos saben cuál es el siguiente paso. Date la vuelta, anda- dije.

Hay que trazar un plan y que parezca que ellos sean los que crean que son los jefes de esta historia. No sabemos nada más, ni donde ir ni como cerrar esta historia de una vez.- dije mientras me terminaba de vestir.

-Oye Marco, ¿Dónde está Alain?¿Sabes si está bien?- pregunté

- Si, esta bien. Las heridas le cicatrizaron rápido y su estado de ánimo, puff, imagínate, como loco por no saber dónde estabas ni como. Se nota que te tiene muuucho aprecio- dijo Marco.

En ese instante llamaron a la puerta. Nos quedamos petrificados.-¿Quién es? Pregunté sabiendo la respuesta.

-Señorita Amal. Me envía el señor Forneau-

-Voy un momento- dije –Marco, vamos metete en el baño. Ya saldremos de esta como sea-

Marco entró corriendo en el baño. Mientras yo me centraba para recibir, seguramente a algún emisario del señor Forneau.

Respiré hondo antes de abrir. Toqué el pomo de la puerta y puse mi mejor sonrisa. En la puerta había un señor con un traje negro,- como no- pensé

-¿sí?- dije al fin

Él no dudó un instante y entró sin ser invitado. Cerré la puerta tras de mí. Intenté que no se quedara a la altura del baño.

-¿Dígame que quiere?- dije con un tono



autoritario.

-El Señor Forneau quiere una respuesta y le ha dado suficiente tiempo para pensarlo- dijo con semblante embaucador.

-podía haberme llamado por teléfono, que seguro que lo sabe- contesté muy seria. – pero dile a tu señor Forneau, que acepto su propuesta, pero con algunas condiciones y si está dispuesto a negociar, lo veré esta tarde. Venga a recogerme a las 6- dije a la vez que me acercaba a la puerta invitándolo a salir.

Quando cerré la puerta me apoyé en ella y

respiré hondo suplicando que terminara ya.

-Marco, ya puedes salir, se ha marchado.-

dije corriendo hacia la cama. Terminé de vestirme y cogí mis cosas.

-Marco tienes que salir de aquí. Escucha, intentaré salir mañana por la mañana desde aquí. Podréis seguirnos.

Marco salió del hotel sin ser visto.

A las seis en punto tenía un chofer de Forneau en la puerta. Aquel tipo no era el mismo de la visita de la mañana. Éste tenía una cara más amable, era más delgado y

bajito.

Me llevó por la ciudad hasta las afueras de ésta. Viajamos como tres cuartos de hora hasta que tomó un desvío a la derecha. Ahora pude visualizar el lugar. Era una propiedad vallada y parecía que tenía muchas hectáreas. Tenía una entrada con un camino de tierra que llegaba hasta la puerta del castillo. Cuanto más me acercaba, más pequeña me parecía ser. Había una puerta de madera gigantesca de color nogal con un escudo de armas

incrustado en ella.

Ese lugar se parecía cada vez más al castillo de los cuentos de hadas pero sabía que me metía en la boca del lobo.

Un mayordomo abrió la solemne puerta. El chófer me dio paso al vestíbulo y se quedó fuera. Cuando entré me quedé estupefacta de la visión que tenía ante mí. Aquello era inmenso. Los techos eran muy altos y abovedados. En la entrada había una especie de aparador a cada lado. Los suelos de aquel lugar parecían un tablero

de ajedrez, estampados por una porcelana blanca y negra. Las paredes estaban cubiertas por unos cuadros enormes en los que se veían hombres de cuerpo entero.

- son mis antepasados,- dijo Forneau acercándose a mi - creadores de la Orden y ahora yo conseguiré lo que ninguno de ellos pudo. Tengo los medios y la tecnología para lograrlo y por supuesto tu colaboración- concluyó

Lo miré algo desconcertada, sabía que no

podía fiarme pero intenté sonreír y que no se me notara lo que estaba pensando.

- sígame, pasaremos a mi despacho y luego tomaremos té-

Lo seguí por el vestíbulo hasta que llegamos a una puerta a la derecha de este.

Al entrar me dio un escalofrío. Sentí como un aviso, algo que no me gustó.

Aquel despacho era totalmente barroco. Demasiados ornamentos en la madera, demasiados detalles en cada uno de las enormes lámparas. Aquella habitación

estaba sobrecargada, olía a betún, cuero y naftalina.

-¡Bien Srta.! Déjeme decirle que la considero una chica realmente inteligente. ¡Sé!, estoy seguro que sabrá elegir su decisión de forma adecuada.

-Pienso que lo haya elegido ya es irrevocable. Mientras William nos trae el té, permítame contarle una historia.

-Toda la vida, desde que somos conscientes de nuestro propio universo. *Homo homini lupus*. El hombre es un lobo para el hombre. Está en nuestra naturaleza.

Destruimos, arrasamos, condenamos y juzgamos. Nos creemos mejores que las especies inferiores que condenamos al exterminio. Llevamos mucho tiempo al borde del abismo, solo nos queda un pequeño paso para nuestra propia autodestrucción.

Forneau hizo una pausa, sus ojos se posaron en los míos. Me sentí inquieta, lo que estaba diciendo era cierto, de nuevo sus palabras me sacaron de mis pensamientos.

-Hemos entrado en una dinámica, la



cual, inevitablemente nos lleva al fracaso. El egoísmo, la ambición, el afán de poder del ser humano es nuestra maldición.

-Probablemente nunca hemos estado tan cerca del final.

-¿Y si yo le dijera que existe un poder?, una fuerza capaz de hacernos entrar en razón. Algo que puede levantar la voz con tal magnitud, que todos los hombres del planeta se verían obligados a escuchar. Una alternativa, un cambio radical, que sacaría a la humanidad del profundo agujero en el que se encuentra.

-¿Y si yo le dijera, Srta. Amal? Que solo usted tiene la llave de ese poder. Que de usted depende que entremos en razón.

-No crea todo lo que le dicen. Mi deber, no es otro que mostrar el camino correcto. Solo queremos un mundo donde reine la razón, un mundo donde las personas se comprometan unas con otras, donde la igualdad quede reflejada en todos los pueblos.

Mientras este hombre hablaba, me dio que pensar, llevaba razón en todo cuanto decía, sus palabras sonaban sólidas, sin

matices. Sin embargo cuando habló de igualdad, y miré a mí alrededor, aquello era ostentación, demostración de poder. Estaba en un lugar lleno de lujo, piezas antiguas y detalles impensables para la mayoría de los humanos. ¿Y este hombre me hablaba de igualdad?

-¡Sí!, se lo que está pensando, -dijo Forneau observando cómo me embelesaba mirando a mi alrededor – Srta. Debo decirle que si no tuviera los medios, no podría llegar a alcanzar el fin. Lo que usted ve aquí, es herencia de familia, inversiones y

negocios antiguos y por supuesto muy lucrativos. También muchos años de estudios, muchos gastos, esto es inevitable, pero por fin creo que ha merecido la pena.

En realidad, llevaba razón, pero su expresión... por un instante me pareció de la una persona desquiciada.

En ese momento llegó William con una bandeja de plata, una tetera humeante y dos tazas de delicada porcelana. De forma disciplinada me preguntó cómo me gustaba.

-Con un poquito de leche –contesté ensimismada en el proceso de actuación del mayordomo, parecía un reloj de precisión. Dejó las tazas en una pequeña mesa auxiliar y silencioso, salió de la habitación.

-¡Dígame Srta. Amal! ¿Qué ha decidido?

Miré al hombre directamente a los ojos. -

¡Cuenta conmigo! – Dije decidida.

Forneau me miró, se levantó del sillón y me dijo:

-Me he tomado la licencia de realizar los

preparativos, arriba tiene una habitación, descanse por favor, mañana nos espera un largo viaje.

- prefiero estar en el hotel, allí tengo mis cosas y estaré mucho más tranquila. No es por nada, pero para mí está siendo algo estresante este asunto. – sonreí como pude para no parecer falsa. No quería quedarme en esa casa, ya que sabía que su intención era matarme, pero quería tiempo para ver a Marco y contarle nuestra charla.

- como usted quiera señorita Amal. Mi

chófer la llevará hasta el hotel, pero recuerde que saldremos muy temprano.-

Fourneau me miró desconfiado, me di cuenta de que me dejaba ir porque sabía que no me iría a ningún sitio, pero tenía la sensación de que no me dejaría sola.

- Señor Fourneau, ¿ha donde nos iremos?- pregunté
- Al inicio señorita- dijo mientras movía la cabeza invitándome a salir.

Una vez dentro del coche intenté darle vueltas a esa última frase que pronunció, *al inicio*. ¿Al inicio de qué? Pensé una y otra vez.

Llegamos al hotel. El chófer me abrió la puerta y salí del coche algo cansada. Al pasar por delante de ese hombre percibí una mirada extraña por su parte y entré



rápidamente a la recepción. Mientras esperaba, miraba de reojo hacia el exterior. Cuando vi que se volvía a montar en el coche suspiré aliviada.

Me dirigí hacia el ascensor para subir a la habitación y mientras esperaba a que bajara cambié de opinión.

Me giré y me fui hasta el bar del hotel, llegué hasta la barra y me senté en un taburete. Se acercó el camarero y le pedí lo más fuerte que tuviera.

Me puso el vaso delante y se fue mientras limpiaba la barra.

Cogí el vaso y me lo tomé de un trago y pedí otro. Mientras pensaba en Alain, ¿estaría bien? ¿Dónde estaba? Volví a tomarme el licor de un trago y decidí regresar a la habitación. Según subía el ascensor seguía pensando en las palabras del señor Fourneau. —*el inicio, el inicio*—. De pronto el ascensor se detuvo en mi planta. Salí de él y me dispuse a ir a mi habitación cuando una sombra me distrajo. Miré a mí alrededor y presa del pánico corrí por el pasillo hasta la quinta puerta, saqué mi llave y abrí rápidamente. Cuando cerré eché el

pestillo de la puerta y puse la cara contra la madera para intentar oír nada. Pasaron unos segundos y seguía sin escuchar nada, ni siquiera mi respiración. Sin darme cuenta había aguantado sin respirar mientras escuchaba, como si así se me agudizaría el oído más.

Me aparté y respiré hondo. Me fui hasta el baño cuando escuche llamar a la puerta. Mi cuerpo se tensó del susto

-¿quién es?- pregunté asustada.

-¡servicio de habitaciones!- dijo un chico al otro lado de la puerta.

Desconfié pero mi estomago me dijo que abriera la puerta. En cuanto giré el pomo noté como una fuerza me empujaba hacia atrás. Unos desconocidos entraron y uno de ellos me cogió por los hombros llevándome hasta la cama. Sujetándome con fuerza. Me sentó y me sujetó por detrás. Delante mía se colocó un señor mayor con aspecto de ser muy importante.

-Señorita Amal- dijo con un movimiento de cabeza muy ceremonioso. -soy el secretario del primer ministro, Ferdinand Signoret- prosiguió – seguramente se

preguntará por qué estamos aquí, pero creo que lo intuye. Tiene usted algo con el señor Fourneau de lo que estamos muy interesados-

Mientras el señor Ferdinand hablaba uno de sus hombres urgaba entre los cajones y el armario.

- ¡yo no tengo nada! Suélteme- grité

-No es que tenga algo sino que usted tiene algo muy valioso para nosotros. Usted, señorita Amal.- Usted es lo que yo necesito, lo que el gobierno necesita, lo que la Orden necesita- concluyó

- ¿Ustedes son los que me perseguían en Aveyron? No sé lo que quiere, váyase- dije intentando escapar de aquel hombre.

Me miró fijamente a los ojos y sacó una pistola que me puso en la cabeza.

-No querida, usted me dará lo que quiero.- dijo enfurecido.

No acababa de terminar la frase cuando se escuchó un estruendo. El hombre que me sujetaba saltó hacia atrás y pude escaparme. Cogí mi mochila y al salir hacia la puerta entraba el chófer del Señor

Fourneau. No me había alegrado tanto de verlo. Seguí corriendo y él me siguió. Se puso delante de mi y me escoltó rápidamente hasta el ascensor.

-Gracias a Dios que estaban las puertas abiertas.- pensé aliviada

Justo cuando entramos sentí el sonido de dos disparos. Suerte que ya se estaban cerrando las puertas cuando se acercaron esos hombres. El ascensor paró en la planta baja. Salimos a recepción y el coche que me trajo hasta aquí estaba preparado en la puerta con otro chófer.

Nos subimos al coche y salimos del aparcamiento con la puerta casi abierta y nos introducimos en la corriente circulatoria de la ciudad. El conductor avanzó rápidamente a través del tráfico para salir en dirección a casa del señor Fourneau.

Ferdinand, miraba a través de los inmensos cristales de su mansión. ¡Por fin ! tras años de espera, finalmente la llave se había desvelado, los mecanismos habían sido puestos en marcha. Una chica era la clave de todo. Su mente divagaba sumida en la forma en la que iba a tratar con esa jovén.



¿Lo haría por la fuerza? ¿Emplearía la diplomacia? Lo que eligiera tendría que hacerlo pronto...

20.-

Una vez salimos de la ciudad mi cuerpo todavía seguía en estado de shock. El coche avanzaba rápidamente a través del poco tráfico que había en la carretera.

-¿quién era ese hombre?- pregunté al

guardaespaldas que tenía a mi lado.

-el señor Fourneau contestará a todas sus preguntas si lo ve necesario.- dijo en un tono cortante.

Me resigné, sabiendo que no me contestaría a nada. Todas mis preguntas revoloteaban en mi cabeza y hasta que llegara a la casa de Jean Fournau no resolvería nada.

Giré la cabeza para mirar por la ventanilla.

El paisaje era llano y con algunos matorrales. Me vino a la cabeza la última vez que vi a Alain y me cayeron dos

lágrimas por las mejillas.

Al cabo de media hora llegamos a casa del señor Fourneau. En la puerta principal nos estaba esperando su mayordomo. Me imaginé que uno de los hombres que me acompañaban lo habrían avisado.

Me bajé del coche abatida, cansada y harta de todo esto. Solo quería estar en casa, con mi madre abrazándome y sintiendo que estaba a salvo de cualquier cosa que pudiera dañarme.

Miré al mayordomo y éste me hizo una reverencia con la cabeza y me dijo que el

Señor Fourneau me estaba esperando.

Lo seguí por ese pasillo ajedrezado hasta su despacho. Allí me esperaba el Señor Fourneau sentado en un sillón orejero de piel marrón mirando hacia una grandísima chimenea.

Se volvió hacia mí y me ofreció asiento.

-Señorita Amal, ¿se encuentra bien?-

preguntó con cara de preocupación

-sólo necesito descansar y olvidarme por un momento de todo este asunto- respondí casi sin ganas de hablar.

-Está bien, Gerard la acompañará hasta una habitación de la que puede hacer uso de todo. Allí esta toda la ropa que había en el hotel, que le dije que recogeríamos. Cuando se encuentre mejor seguiremos hablando y tendremos que ponernos en marcha.-

Salí del despacho casi sin escuchar las últimas palabras que decía

Gerard me acompañó hasta un dormitorio bastante amplio y en cuanto cerró la puerta me tumbé en la cama y el agotamiento pudo conmigo haciéndome sumir en un

profundo sueño.

Me desperté con un dolor de cabeza muy fuerte. Miré el reloj, había dormido toda la tarde. Me senté en la cama y vi que mi ropa estaba perfectamente doblada. Miré a mi alrededor. La habitación no perdía consonancia con el resto de la casa. Era todo muy barroco, las paredes tenían un bonito papel pintado y los pocos muebles que había eran por lo menos el doble de grandes que los míos.

Salí de la cama y me dirigí al baño. Me di una ducha rápida y me vestí. Baje las

escaleras con cuidado deshaciendo el camino que hice por la mañana acompañada del mayordomo del señor Fourneau. Llegué al vestíbulo y escuché al señor Fourneau dar órdenes a sus guardaespaldas. Avancé hasta llegar a la puerta y llamé con cuidado.

-adelante- dijo

Entre despacio en aquel despacho como con temor a lo que pudieran decirme.

-señorita Amal ¿Cómo se encuentra? ¿ha dormido bien?- preguntó el señor Fourneau.



Asentí con la cabeza y él me hizo un gesto para que me sentara en uno de sus grandes sillones. Obedecí y él comenzó a hablar.

-Sé que tienes muchas preguntas pero tenemos que partir ya, está todo

¿Me dirá donde vamos? -Dije resignada.

-De momento, solo puedo decirle que será un viaje largo, no es que desconfie de usted, es por su seguridad.

Me dejé caer en un sillón enorme, probablemente hubieran cabido otra como

yo a mi lado. Bueno, parece que mi destino es descubrir el maldito secreto.

Gerard entró en ese momento.

-¡AHH! ¿Todo listo Gerard? -dijo el Sr.

Forneau.

-Todo listo Sr. -Contestó educadamente el mayordomo.

Lo que pasó a continuación, me dejó aterrorizada.

Gerard, no sé cómo, tenía una pistola enorme con un cañón muy largo, supongo que sería un silenciador, porque disparó

tres veces al pecho del Sr. Fourneau y solo oí tres sonidos secos, como si mandaras callar a alguien tres veces seguidas. ¡Chhhsss! ¡Chhhsss! ¡Chhhsss! y mi anfitrión con el asombro plantado en el rostro se desplomó sobre su mesa arrastrando en su caída documentos y lapiceros varios.

Un golpe seco en la cabeza de Gerard hizo que callera al suelo en el momento. Y rápidamente entraron dos hombres más a por mí. Me levante corriendo por detrás del escritorio pero fue en vano, me agarraron

por detrás. Intenté escabullirme de aquellos brazos pero fue en vano.

Salimos hacia el vestíbulo y los dos guardaespaldas del señor Fourneau estaban apuntándonos con sus armas.

-¡suélte a la chica! – gritó uno de ellos.

El hombre que me sujetaba empezó a aflojar los brazos pero sin soltarme. Miraba a su compañero haciéndose señas entre ellos. Algo tramaban. Intenté soltarme pero todavía hacia suficiente fuerza. Miré a todos lados, algo tenía que hacer para salir de allí. Vi como el guardaespaldas me miraba y

me hacia señales para que intentara agacharme, sólo se me ocurrió darle un pisotón al gorila que me tenía sujeta y me agaché instintivamente y empezaron los disparos. Me arrastré a través del fuego cruzado y salí por la puerta corriendo. Gracias que el coche estaba preparado para la partida.

-¡Dios mío!, aquello era real, aquellas personas se disparaban entre ellas.

Llegué agazapada hasta el coche, en ese momento uno de los guardaespaldas se adelantó disparando a diestro y siniestro, de

pronto dos o tres impactos le alcanzaron en el pecho, empujandolo hacia atrás por la fuerza de las balas. El hombre cayó a mis pies. ¡Estaba aterrorizada! Vi morir a esa persona, mientras me miraba la sangre surgía a borbotones por su boca, probablemente las balas le habrían perforado los pulmones y el hecho de intentar respirar había que la sangre saliera por la boca y la nariz. En la facultad en quirófanos, había hecho muchas autopsias, pero siempre sobre cadáveres. Ver como se le escapa la vida a un ser vivo, a una

persona, era algo realmente sobrecogedor.

Un fuerte tirón me saco de mi aturdimiento, el otro guardaespaldas, me arrastraba prácticamente mientras intentaba ocultarse y disparaba al mismo tiempo.

Varios coches más entraron en escena, surgieron de improvviso, eran coches pequeños, concretamente tres. ¡No podía creerlo! Estaba realmente acongojada. Rápidamente de los coches salieron también hombres que disparaban a los asesinos del Sr. Forneau. La reyerta estaba

decidida, el mayordomo, Gerard, huyó hacia el interior de la casa, mientras que sus sicarios, morían acribillados entre balas. El hombre que me sostenía, al verse en inferioridad de condiciones y sin munición alzó las manos soltando la pistola. Yo solo me levanté cuando cesaron los disparos y aquella voz me llamó por mi nombre.

-¡Amal, Amal, Amal!

-¡Alain! Exclamé sorprendida, mientras se acercaba y me estrechaba entre sus brazos sacándome de allí.



Entramos en el coche que el Señor Fourneau había dispuesto y salimos de allí rápidamente. Alain conducía a toda velocidad mirando por el retrovisor para ver si nos seguían. Atravesamos la ciudad de Londres salimos a la autopista. Veía pasar los coches hasta que vi la señal del aeropuerto. Miré a Alain con preocupación -Tenemos que salir del país lo más rápido que podamos- dijo- tenemos un jet esperando-

Mientras miraba por la ventana, me vinieron las imágenes del tiroteo y las palabras del

señor Fourneau,- el inicio, debemos volver al inicio- al inicio de qué- seguía pensando.

-Alain, esto tengo que resolverlo, no puedo dejar que más personas mueran por esto. Esta gente está loca, han matado al señor Fourneau y casi me matan a mí.-

-Amal, ahora lo más importante es ponerte a salvo, tenemos tiempo suficiente para pensar cuál va a ser el siguiente paso, pero mientras no puedes estar exponiéndote. Como tú has dicho son muy peligrosos, son hombres entrenados para matar.

Avanzamos en dirección contraria a la ciudad. Alain, miraba atentamente a la carretera. Conducía a toda velocidad, a través del tráfico. Salimos de la carretera y llegamos a la autopista. Al ver que no nos seguían bajó la velocidad

- Amal, ¿Qué te dijo el dueño de esa casa?- preguntó Alain mientras conducía.

- Ayer cuando vine, me dijo que teníamos que salir cuanto antes. Que el ciclo hay que continuarlo y pronto, porque se cerrarán las puertas y no se podrá terminar. Además dijo que tenemos que ir al inicio de todo,

pero no sé lo que significa.

Esta vez Alain no dijo nada. Siguió conduciendo.

Cerré los ojos e intenté apartar de mi cabeza lo ocurrido en casa del señor Fourneau.

No sé cuánto tiempo estuve durmiendo. Me desperté al notar que el coche frenaba para detenerse.

-¿Dónde estamos?- pregunté

-Estamos en Aurillac, regresamos a Poveglia- contestó Alain. Pero antes

necesitamos descansar.

21.-

Nos detuvimos en un Hotel-Restaurante. Alain aparcó en un lateral del edificio en donde no había luz ninguna. Apagó el motor del coche y se quedó mirando hacia el volante.

-Amal- dijo mientras giraba su mirada hacia mi- nunca he pasado tanto miedo. Pensé que te perdía. Me he dado cuenta de lo importante que eres para mi.

Levantó su mano y acarició mi mejilla.

No supe que decir, me quedé paralizada

-vamos tienes que comer algo- dijo al fin.

Entramos en el lugar. Era un sitio muy moderno. Tenía una cristalera enorme en la entrada. Al pasar se percibió una calidez sobrecogedora. La estancia era diáfana y lo único que la distinguía eran unos pilares

pintados en colores diferentes. Nos sentamos en una mesa apartada y nos atendió un chico muy joven. Alain pidió por los dos mientas yo seguía cabizbaja sin saber muy bien qué pensar.

- Amal, sé que estas preocupada pero saldremos de todo esto.- Alain intentó animarme
- No estoy preocupada, tengo miedo- bajé el volumen de mi voz. –No sé qué es lo que tiene que pasar, no sé quien me está siguiendo para acabar conmigo y por si fuera poco



están muriendo personas por algo que ni siquiera sabemos si existe.

Me callé en seco, en ese momento se acercaba el camarero con la cena y suspiré resignada.

Pasé toda la cena en silencio. No levanté la mirada en ningún momento. Me sentía frustrada, enfadada y engañada.

Alain terminó de cenar después que yo. Se levantó y lo imité cogiendo mi mochila y nos dirigimos a recepción.

Allí había una chica muy guapa que no paraba de sonreír y de mirar a Alain, cosa que me molestaba mucho. - ¿estaré celosa?- me pregunté a mi misma.

- Una habitación, por favor – dijo él.

- Me deja su identificación, por favor-  
dijo ella sonrojándose

Alain sacó un carné y me di cuenta de que el nombre que aparecía no era el que yo conocía.

Empecé a pensar en lo que me dijo el inspector Pinaud, - no confíes en nadie-.

La chica cogió el documento e introdujo los datos en el ordenador.

- Aquí tiene señor Ponticello- la chica puso una tarjeta junto con otro papel en el mostrador.
- Es la 38, sigan por la derecha y llegaran al ascensor.

Llegamos hasta él en silencio. Se abrieron las puertas y el ascensor estaba vacío. Me sentí aliviada.

Alain me dejó pasar a mi primero y cuando el entró pulsó el botón del piso. Subimos en silencio. – menos mal que no tardamos

mucho en salir- pensé. El ambiente entre él y yo estaba algo tenso.

Salimos del ascensor y recorrimos un pasillo largo hasta llegar a la puerta de la habitación. Introdujo la llave en la cerradura y un escalofrío recorrió mi espalda. Entramos en ella. Era muy amplia y con un estilo muy moderno. Dejé mi mochila encima de una silla y entré en el baño rápidamente cerrando la puerta tras de mí. Apoyé mi espalda en la puerta y mis lágrimas salieron de mis ojos.

Intenté tranquilizarme, respiré hondo varias

veces. Me dirigí a la ducha y empecé a quitarme la ropa y en un instante sentí la presencia de Alain tras de mí. Él terminó de desnudarme lentamente a la vez que acariciaba mi cuerpo. Me giró hacia él y me besó con pasión deslizando su boca por todo mi cuerpo erizándome cada poro de mi piel. El ritmo de nuestras respiraciones fue en aumento. Me cogió en sus brazos y me llevó hasta la cama, tumbándome. Se colocó encima y subiendo su mano por mi muslo introdujo su mano en mi sexo provocándome un descontrol en mí que

nunca antes había sentido. Mi cuerpo estaba fuera de sí. Tocaba y besaba a Alain como nunca había amado a nadie. Subió su mano hasta mi pecho apretándolo y gemí al mismo tiempo. Él cogió su miembro y me penetró embistiéndome con fuerza hasta que estallé en mil pedazos.

Nos quedamos abrazados un largo rato. Alain acariciaba mi pelo y un poco más tarde se quedó dormido. Realmente era atractivo. Su rostro parecía relajado. Me quedé pensando en todo lo que había pasado en todos estos días. De repente me

di cuenta de que había pasado mucho  
miedo pero no solo por mi sino él  
¿realmente me había enamorado de él? Me  
pregunté ¿merecía la pena todo esto? Ya  
daba igual si merecía la pena o no, estaba  
metida en este lio, es más era la  
protagonista principal y tenía el  
presentimiento de que no saldría bien. Tenía  
que ver la manera de que al abrir esa última  
puerta nadie saliera herido, sólo yo, yo  
tengo que ser la única persona que, de ser  
el caso, salga mal parada. Estaba  
dispuesta a sacrificar mi vida por alguien

que me importaba, si eso no es amor, no me podría imaginar que sería vivir sin ese sentimiento.

Mientras mis pensamientos rondaban mi cabeza acariciaba suavemente a Alain. Sí, realmente me he enamorado de él. Abrió sus ojos marrones mirandome con intensidad y me tocó la mejilla atrayendome hacia él.

Hicimos el amor otra vez y al terminar nos quedamos dormidos los dos.

Me desperté sobresaltada. Alain saltó literalmente de la cama, buscando algún



tipo de peligro con la mirada, sus mandíbulas apretadas, dibujaban un gesto de rabia en su cara. Tras un rato me miró. Lo miré, mi respiración empezaba a calmarse.

-Lo siento Alain, ha sido una pesadilla.

¡Por Díos, parecía tal real!

-Tranquila Amal, de momento estamos a salvo.

Alain miró el reloj.

-Nos hemos quedado dormidos, tenemos que irnos. –Mientras decía esto se

ponía los pantalones y me hacía señas para que me apresurara.

-Uffff –pensé, vaya situación.

Alain me miró con extrañeza.

Lo miré y haciendo un gesto exagerado con las manos le dije:

-“Esto es lo que yo llamo un momento romántico”. –Reavivó esa mirada en mi y a su vez movió negativamente la cabeza.

-A veces, Amal, no entiendo nada de lo que dices.

-Perdona, son cosas mias.

Una vez vestidos, regresamos a recepción y pagamos la habitación. Después pasamos por el bar y pedimos algunos Sanwiches para llevar. Regresamos al coche y emprendimos el camino.

Ninguno de los dos hablamos, cada uno iba centrado en sus propios pensamientos. Me aterrorizaba regresar de nuevo a aquel lugar maldito. Allí había experimentado sensaciones que jamás creí posible.

Sin embargo, debo reconocer que allí me encontraba bien, como si estuviera

entre amigos. Como si alguien me protegiera. ¡Debía estar volviendome loca!

-¿Cómo estás? –Dijo Alain mientras golpeaba con su palma abierta mi pierna. Golpe, que aunque leve, me saco de mis pensamientos y me dio un susto de muerte.

-Lo siento, dijo el chico, no pretendía...

-¡Está bien!, esta bien, repetí aún asustada. De pronto, me quede en blanco y al igual que me pasó en aquella isla, me ocurrió allí, el contacto de Alain me produjo una visión, tan clara como si estuviera viviéndolo, pero fraccionada y poco

coherente.

Vi una persona semidesnuda en un altar, llevaba un gran cuchillo que asía con ambas manos. A sus pies y a media altura una mesa, manchada de sangre fresca que goteaba en hilillos carmesí mientras formaba charcos oscuros y espesos en un suelo blanco. Junto a ese hombre había varias personas más, con máscara, una mujer yacía apuñalada, tenía el pecho destrozado. El hombre para cerciorarse, hundió una vez más el puñal en el pecho, con saña. Mi visión pudo ver el rostro de la

mujer. ¡Dios mio! ¡Soy yo! Entonces aquel hombre, satisfecho por el sacrificio, se quitó la máscara... ¡Nooooooooo! ¡Nooooo!

¡El verdugo era Alain!



Salí de ese trance muy alterada. Nos encontrábamos detenidos en la cuneta y Alain me cogía por los hombros

-Amal, Amal ¿te encuentras bien?-  
pregunto muy nervioso

-Si, si estoy bien- dije con la voz entrecortada.

Alain me abrazó con fuerza -¿qué te ha pasado, Amal? Estabas como inconsciente.- me separó de él cogiéndome



por los hombros.

-No lo sé. En Poveglia también me ocurrió, es como si tratarán decirme algo, es como si estuviera conectada con alguien. Allí sentía la presencia de una mujer. Marco me contó que ella, Amelia, era mi bisabuela. Y ahora que lo pienso si que tenía un parecido con mi abuela. Todo esto es muy extraño. Me dijo también que tuvo dos hijos, mi abuela y un varón, el abuelo de Marco y que siempre ha estado velando por nosotras.-  
me giré hacia delante soltándome de sus manos y empecé a llorar.

-Amal, escúchame- dijo Alain muy serio. – como sacerdotisa que eres tienes muchos poderes que todavía desconoces. Sí que es cierto lo de Amelia, lo he investigado, Marco me lo contó todo el día que te secuestraron los hombres de Forneau.- Fruncí el ceño, me sentí traicionada por Marco- No pongas esa cara, lo amenacé con matarlo y no tuvo más opción que contarmelo. Al final decidimos que sería mejor que nos uniéramos todos por tu bien. No sabemos en lo que nos deparará esta aventura, por llamarla de alguna forma.

Pero de lo que si estoy seguro es de lo que siento por ti. Nadie me ha hecho sentir como tu lo haces. Amal,- me cogió el mentón y me giró la cara hacia él- te quiero.

Me sorprendí al escuchar esas palabras.

No esperaba que en unas semanas que nos conocíamos tuviera esos sentimientos.

Me giré hacia él

- Sabes – empecé a decir muy seria. – me resulta difícil pensar que en un par de semanas que nos conocemos has llegado a tener ese sentimiento hacia mi. Nadie lo hizo nunca. No es que haya sido una niña

criada en una familia sin amor, al contrario, pero nunca he sido capaz de encajar en ningún sitio. Llevo dos semanas huyendo de unos locos que me quieren matar y ya no me puedo fiar de nadie, ni siquiera de ti. ¿Realmente sientes eso? ¿O me lo dices porque sabes que estoy desconfiando?- cada vez me sentía más furiosa por dudar de su amor hacia mi, cuando yo también lo sentía.

Abrí la puerta del coche y salí al arcén de la carretera. Alain salió detrás mía, como siempre, protegiéndome.

Me abracé a él y comencé a llorar abrazada fuertemente a su cuerpo. Su olor me embriagaba. Realmente me quería.

Volvimos al coche. Él siguió conduciendo mientras yo miraba por la ventana. En todos estos días que han pasado no me había percatado de lo bonito que era el paisaje. Por un momento me quedé en blanco.

-¿Qué día es hoy? Pregunté con desesperación.

-creo que 21- respondió Alain

- ¿21?- abrí los ojos como platos. No puede ser, pensé. Tengo un retraso de tres días. ¿A lo mejor no es nada con todo esto que está pasando puede ser normal? - me pregunté a mi misma

-Para en el siguiente pueblo, necesito buscar una farmacia- dije rápidamente

¿Qué te ocurre? ¿Estas enferma?- dijo Alain preocupado

-No, sólo necesito una cosa urgente- disimulé mirando hacía la ventana.

Alain desconfió de mi respuesta y cogió la

siguiente salida. Llegamos a un pueblecito pequeño. Buscamos una farmacia y entré sola.

Compré varias cosas y la prueba y lo metí todo en la mochila. Fui a una cafetería y entré al baño y me miré al espejo intentando tranquilizarme. Respiré hondo y entré en el pequeño cubículo y seguí adelante.

Me subí el pantalón como pude y esperé el resultado. Escuché la puerta.

-Amal, ¿estás bien?- preguntó Alain

-Sí- dije rápidamente. Lo guardé todo en mi mochila y salí del baño.

Recorrimos la cafetería sin mirar a nadie y nos dirigimos hacia el coche. Él me abrió la puerta y antes de que pudiera entrar me sujetó por los brazos.

-Escúchame Amal, sé que sólo nos conocemos de pocas semanas pero lo que siento por ti no puedo cambiarlo ni negarlo. Pase lo que pase estaré a tu lado y no dejaré que te ocurra nada. Creo que te lo he demostrado y sigo pensando que tú eres capaz de solucionar todo esto y muchas



cosas más, sólo tienes que confiar más en ti misma.-

Sus palabras eran sinceras, lo decía todo con su mirada.

Bajé la mirada hacia el suelo, me sentía avergonzada y él notó mi desconsuelo. Me abrazó y me dijo que subiera al coche, sabía que, tarde o temprano se lo contaría.

Salimos hacia una carretera secundaria, pensamos que pasaríamos desapercibidos durante el tiempo que permaneciésemos en ella.

Ya había anochecido y yo iba dando cabezadas en el coche.

-será mejor que nos detengamos en algún motel- dijo Alain.

No fue una pregunta. Tomó la primera salida que estaba señalizada y a pocos metros se levantaba un pequeño edificio. Llegó al aparcamiento y me despertó suavemente.

-Voy a por una habitación, coge tus cosas y nos vemos en recepción.

Esperé un momento mientras me

desperezaba. Estaba todo muy oscuro cuando vi que entró un coche oscuro en el aparcamiento. Me asusté, probablemente viviría asustada el resto de mi vida y fui hacia recepción aliviando. Alain tenía la llave en la mano cuando me vio entrar.

-Ha entrado un coche al aparcamiento- le dije susurrándole.

-Vamos, no te preocupes, esperaremos a que salgan para ver quien son- dijo intentando tranquilizarme.

Salimos de recepción en dirección a las habitaciones. Miré a Alain y supo que había

sido algo paranoica, pero no me dijo nada, solo me cogió de la mano.

Llegamos a la puerta. Alain abrió la puerta y entré yo primero. La habitación era sencilla con líneas limpias y sencillas y sólo había una cama.

-sería sospechoso si pidiera dos camas- dijo como si me leyera el pensamiento.

Seguí mirando a mí alrededor cuando vi mi mochila en la silla de la entrada. Recordé que no había mirado el resultado de la prueba. La cogí y fui hacia el baño.

-Voy a darme una ducha- mentí.

Cerré la puerta del baño. Estaba nerviosa y me di cuenta de que no era por el resultado sino por lo que pasaría con Alain. Me había enamorado de él y me daba miedo pensar que él me haría daño por algo que ni siquiera sé si existe.

Abrí la mochila. Todavía tenía un montón de dinero y la pistola que me dio el inspector. Encontré la caja de dicha prueba y la saqué algo nerviosa. Dos rayas rosas. Miré el prospecto y gracias a mi conocimiento del francés pude averiguar que el resultado era

positivo. ¡Estaba embarazada!

23.-

Respiré hondo. Sonreí para mi y puse mis manos sobre mi vientre. Estaba embarazada. No me lo podía creer. Mi cuerpo entero se estremeció de felicidad al

conocer la noticia. Ya no importaba nada más que esa cosita tan pequeña. Abrí el grifo de la ducha, y me desnudé frente al espejo mirando mi tripa. Me metí debajo del agua e intenté relajarme y pensar que pasaría a partir de ahora.

¿Debía decírselo a Alain? Pensé. Después de un rato pensando que haría tomé la decisión, sí, creo que sí, también tiene derecho a saberlo. Cerré el grifo y salí de la ducha. El baño no era muy grande pero tenía lo necesario. Me sequé, me vestí y salí del baño decidida a contárselo a Alain.



Mi sorpresa fue encontrarme sola en la habitación. ¿Dónde había ido?

Por un instante me invadió una sensación de soledad abrumadora. Me quedé en blanco. Después reaccioné, tal vez, Alain, por su cuenta quería saber si el coche que le mencioné podía conllevar algún peligro para nosotros. Tal vez hubiera salido a comprobar eso. Me acerqué a la ventana, luces ambiguas y distancias unas de otras impedían una visión clara, apenas se podía ver, pero aquel coche, junto con otros tantos estaba aparcado de forma

alineada con las marcas que delimitaban las plazas. Pero no se veía nadie, ni por los alrededores.

Me senté en los pies de la cama, intenté pensar.

“Podía haberme dicho algo”, me dije a mi misma. “Por otro lado, lo mismo creyó que tardaría más en la ducha, lo mismo pensó que llegaría antes de que yo saliera del baño”. Me volví a decir, en cierto modo justificando su ausencia.

Decidí esperar, seguramente no tardaría en venir. Sin poder evitarlo, de nuevo

recordé que estaba embarazada y una singular sonrisa pintó mi rostro.

Durante un tiempo estuve pensando en cómo sería, que carita tendría, incluso como lo llamaría. No sé el tiempo que estuve divagando en este tema, pero empecé a preocuparme, Alain no volvía.

Me levanté de la cama, con movimientos nerviosos busqué algo que me pudiera ayudar, no sé, tal vez hubiera dejado una nota. ¡La llave! La maldita llave del coche, ¿Dónde estaba? ¿La tenía él? ¿La tenía yo?

El bolso, busqué desesperadamente,  
¡La mochila!... ¡Nada! ¿Dónde demonios  
estaban las llaves?

Nerviosas me abalancé hasta la  
ventana, la noche me pareció aún más  
oscura. No podía distinguir nuestro coche.  
¡No estaba! ¡Por Dios! ¡No estaba!

¡Alain! ¡Dios mío! ¡Alain! ¿Dónde  
estabas?

Intenté tranquilizarme, recordé los  
últimos momentos, no había nada anormal,  
eso sí, había una sola cama, ¿Estaba  
premeditado? ¿Tenía pensado irse? No me

cuadraba, entonces... ¿Dónde estaba?

Nunca pensé que su ausencia me pudiera acarrear tantas dudas.

Cogí la mochila, me fui directamente a recepción. Curiosamente no estaba la persona que nos había atendido al entrar, en su lugar había un hombre de mediana edad, vigoroso, con un bigote al estilo del gran Mahatma Gandhi. Le pregunté. Le dí una descripción detallada de Alain.

-Sí, claro, sin duda el joven tenía prisa, pagó la habitación y se marchó hace un rato.

-¿Dijo algo? ¿Dejó algún mensaje para mí? –Contesté angustiada.

-¡No! Lo siento madame, no dijo nada.

Si que parecía tener mucha prisa.

¿Qué estaba ocurriendo aquí?

Cerré los ojos y respiré hondo intentando que mi mente se relajara y poder pensar.

Volví a la habitación rápidamente. Tenía que pensar en el próximo paso sin contar con nadie, pero ¿Qué tengo que hacer? ¿Cómo llegaría hasta Poveglia? ¿Qué pasará cuando llegue allí?

Las dudas empezaron a amontonarse y al fin pensé que lo mejor sería descansar y para cuando despertara ya pensaría más claro.

Ya ha amanecido - pensé y no había podido cerrar los ojos en toda la noche. Mi cabeza no paraba de darle vueltas a donde podría estar Alain, a mi embarazo y si se lo diría a él o no.

Dejó de darme miedo las puertas, ahora era diferente, me sentía más fuerte y más segura de mi misma.

Me levanté de la cama y pedí que me trajeran el desayuno a la habitación mientras me vestía. Llegó el botones con un carrito lleno de cosas que no había pedido. Al preguntarle me dijo que el chico que me acompañaba lo había dejado dicho en recepción la noche de antes.

Qué extraño- pensé, el recepcionista anoche no me comentó nada de esto cuando le pregunté. Mi intuición me decía que algo no marchaba bien.

Dejé que el chico se fuera y esperé unos segundos mientras cogía mi mochila.



Escuché el sonido del ascensor y salí al pasillo. Busqué la escalera de emergencia y bajé por ella. Cuando sólo había bajado unos peldaños vi unas manchas de sangre dejando un rastro y me quedé paralizada. ¿Le habrá pasado algo a Alain? Empecé a ponerme nerviosa mientras avanzaba escalera abajo. Quizá Alain no se fue, sino que se lo llevaron. Llegué al final de la escalera, más sangre, pero esta vez el rastro seguía a través de una puerta. Dudé si abrir. Cerré los ojos y respiré hondo intentando tranquilizarme. En ese instante

escuché unas voces.

- Dejémosle aquí. Solo necesitamos a la chica- dijo una voz grave
- - no podemos dejarlo aquí, alguien podría descubrirlo tenemos que llevárnoslo a la isla para que la chica siga adelante con el plan. De él ya se encargarán después.- dijo otra voz más suave.

Tenía que actuar rápido. Si tenían a Alain allí dentro no podría salvarlo si me cogían.

Subí rápidamente las escaleras y

abandoné el pasillo por la primera puerta que se abrió. Accedí a la cocina del hotel, que en ese momento no había nadie en ella y no fue difícil salir por la puerta trasera sin ser vista.

Una vez en el exterior, me encontré en que estaba al borde de la carretera y debía esconderme. Intenté pasar

desapercibida. Me escondí entre los camiones que estaban aparcados fuera. El corazón me latía a mil por hora.

Me asomé mirando hacia el hotel. Vi salir a esos dos hombres con Alain, cuando sentí una mano que me tocaba por detrás. Pensé que era otro de esos hombres y al girarme me preparé para lo peor cuando vi una cara familiar tapándome la boca para que no gritara. Era Marco haciéndome una señal para que me callara. Detrás de él vi a Anna. Respiré aliviada y me abracé a él muy

asustada.

Marco, vigilaba el coche. Una vez que se marcharon me cogió por los hombros.

-¿Estás bien, Amal?

Yo asentí con la cabeza todavía muy asustada.

-Tienen a Alain. Si no hubiese sido tan egoísta y anoche hubiera salido en su busca a lo mejor no estaría secuestrado- dije mientras me secaba las lagrimas.

-Marco, se han llevado a Alain para

cogerme a mi.- dije llorando.

-Amal, cálmate. No le harán daño le necesitan para llegar a ti. Iremos a Poveglia y lo salvaremos- dijo a la vez que me abrazaba.

24.-

Marco condujo hasta la frontera italiana

sin descanso mientras yo intentaba no pensar lo peor. Anna iba en el asiento trasero mirando un dispositivo.

Tomó una de las salidas y detuvo el coche en un área de servicio.

-¿Porqué te detienes?- pregunté.  
Debemos seguir.

- Tranquilízate, hemos quedado con alguien, pero creo que hemos llegado temprano. Ve dentro y pide algo para comer. Estas demacrada y tienes que reponer fuerzas. Aún no sabemos lo que nos espera.

Anna me acompañó. Entramos dentro del restaurante. No me fijé en nada, sólo me fui hasta la barra y nos sentamos en un taburete. Anna me abrazó intentando consolarme. Una camarera entrada en años me puso café en una taza. La miré y su cara afable me hizo recordar a mi abuela. Ella no estaría orgullosa de verme así. Siempre me decía que tenía que ser fuerte y no rendirme nunca y a luchar por lo que creo.

-Amal, todo saldrá bien. No estás sola en esto. Terminaremos con las dichosas



puertas y todo acabará. Alain saldrá de todo esto.- dijo mientras bajaba la cabeza.

En ese momento vi algo en sus ojos que intuí que seguía enamorada de él. Empecé a sentirme mal y por un momento pensé en si le pasaba algo a Alain no me perdonaría no haberle dicho nada sobre mi embarazo. Me sentí celosa.

Volví de mis pensamientos cuando la mujer me preguntó qué quería tomar. Pedimos unos sándwiches y salimos

fuera.

Al salir, me di cuenta de que Marco no estaba solo. Un hombre de baja estatura que me daba la espalda. Al acercarme más a ellos me di cuenta de que me resultaba familiar. ¡Era el inspector Pinaud!

Él escuchó cómo me acercaba a ellos y giró la cabeza hacia mí. Su expresión era de tristeza. Alain era su hijo. Me abrazó fugazmente en forma de saludo

.

-Amal, ¿viste algo de esos tipos que te recuerde a algo?- preguntó. Algún detalle que recuerdes aunque te parezca que no tiene importancia.- prosiguió

-Pues.. eran dos hombres trajeados, y aparentemente muy fuertes mmmm... llevaban un walkie-talkie y hablaban en mi idioma, además creo recordar que llevaban una insignia que parecía un círculo con una cruz- dije pensativa

-¡Merd!-exclamó el inspector. No me puedo creer que el Opus Dei este en esto. Ferdinand Signoret me las va a

pagar todas juntas.- dijo muy enfadado

- Ese tal Ferdinand fue el que me atacó en mi hotel y luego en casa del Sr. Fourneau y me vio irme con Alain.- dije

- Si Amal, él conoce a Alain muy bien y sabe quién es. Hace años que intenta reclutarlo pero Alain siempre se ha mantenido a mi lado y en consecuencia en el tuyo. Habrá intuido lo vuestro –

-Lo nuestro – pensé. ¿cómo han podido averiguarlo?

- Tenemos que resolver esto de una vez.

Amal, tu ayuda es imprescindible para salvar a Alain. No puedes permitirte fallar ahora. ¿Tienes a Ruby? Bien pues en marcha.- concluyó

El inspector me hizo una seña para que entrara en el coche. Nos montamos todos en el vehículo.

Marco y el inspector iban en los asientos delanteros mientras que Anna y yo nos sentamos detrás. Mientras nos dirigíamos hacia allí, pensaba en las palabras de Anna y mis celos hacia ella.

No me gustaba estar en esta situación

de tres, ya lo había pasado con Alex y yo fui quien salió perdiendo. Pero esta vez era diferente. Me había enamorado de Alain y era el padre de mi hijo, no lo perdería, esta vez no.

Miré el reloj. Las 19:45. Debería descansar. Llegaremos de noche a Padua y espero que no nos detengamos en ningún sitio más.

Cerré los ojos e intenté dormir un poco. Me acomodé y después de diez minutos volví a abrirlos. No dejaba de pensar en lo que haríamos en cuanto llegáramos a

Poveglia. La imagen de Amalia me venía a la mente en cada momento junto con la de Alain. No dejaba de darle vueltas a las visiones que había tenido. ¿Y si Amalia me estuviera advirtiéndome de algo?

– No, es sólo una imagen- pensé

Pasaron un par de horas cuando desperté. Ya estaba amaneciendo y empecé a sentirme mal. Mi cuerpo estaba a punto de estallar.

-Marco, detente donde sea. Creo que voy a vomitar- dije al mismo tiempo que empezaba a ponerme verde.

Marco, tomó una salida inmediata y se paró en una gasolinera. Bajé lo más rápido que pude y entré en el baño.

Me sentía fatal, no sabía si eran por los nervios o por las advertencias de Amalia pero conocía lo que mi corazón me decía. Debía salvar a Alain sobre todo y por el bien de mi bebé debía zanjar la situación.

Me repuse en el baño y me lavé la cara con agua fría. Al mirarme al espejo vi una mujer diferente a la de hace unas semanas. Estaba pálida y escuálida y se



me acentuaban unas medias lunas debajo de los ojos cada vez más grandes.

Salí de aquel baño tan pequeño y al llegar al coche todos me miraron extrañados.

-¿Estás bien?- preguntó el inspector

- Si, no ha sido nada. Supongo que los nervios me están pasando una mala jugada. – mentí a medias, pero por su mirada no creyó lo que le dije.

Volvimos al coche en silencio y nos

dirigimos a la carretera principal. Marco siguió conduciendo hasta que llegamos a Milán.

Una vez en la ciudad, Marco detuvo el coche justo en frente de un hotel.

-¿Por qué te detienes?- preguntó Anna

- Hemos quedado con alguien- dijo el Inspector Pinaud. – Quedaos en el coche y no salgáis bajo ningún concepto.-

Miré a Anna con extrañeza pero me conformé con lo que nos dijo el

inspector.

Intenté acomodarme en el asiento algo más acurrucada. No me apetecía ver a nadie. Estaba cansada.

-Amal, ¿te ocurre algo conmigo?- me preguntó Anna en tono muy serio.

-Porque dices eso- respondí

-Bueno, últimamente estas muy callada y no me diriges la palabra a no ser que yo te pregunte algo directamente. Sé que te mentí cuando nos conocimos pero tenía que hacerlo, mis

instrucciones eran claras y mi principal misión era que no te pasara nada.

También sé que Alain te dijo que tuvimos algo. Fue hace mucho. Le tengo cariño pero más como un hermano que otra cosa. Date cuenta de que hemos crecido juntos y en un mundo muy difícil. Cuando por fin te encontré estuvo varios días muy raro, pero a mi no me engañó tan fácil, se enamoró de ti nada más verte.

Mis ojos se abrieron como platos y empecé a llorar con desconsuelo.

-Anna, estoy embarazada- dije entre sollozos

Anna me abrazó con fuerza

-Tengo mucho miedo. Miedo por Alain, por mi bebé.- dije

-Amal, eso es fantástico. Es una buena noticia y entiendo tu temor pero hay que tener valor y tu lo tienes. Eres una persona fuerte y vas a poder con todo.

Y estuvimos abrazadas un buen rato.

Después de diez minutos salieron el inspector y Marco del hotel.

Cuando entraron en el coche nos miraron como si algo malo hubiera pasado.

-¿Con quién habéis hablado?- pregunté

-No se te escapa una, Amal. Hemos hablado con uno de los amigos del señor Fourneau.- dijo Marco

Abrí los ojos como platos y al ver mi expresión de incredulidad.

-Amal, esa gente puede ayudarnos a encontrar a Alain. No sabemos por donde seguir buscando y comprende que él es mi hijo.-

-Sí que sabemos por donde buscar-contesté rápidamente. – Amalia me está dando los pasos a seguir, no puedes confiar en alguien que intentó matarme.-  
Dije enfadada.

-Amal, no podemos fiarnos de unas visiones que no sabemos a donde llegan. Tenemos que ir a los hechos y salvar a Alain y esa gente puede

ayudarnos. – El inspector levantó la voz por encima de la mía

-Escúchame bien, no hay nada que me importe más que salvarlo pero no a costa de que ese mal salga de donde esté. Si estas de mi lado lo haremos a mi manera, sino aquí termina nuestra cooperación.

- Pues entonces se acabó. Estas fuera.-  
sentenció el inspector

Salí del coche y me di cuenta de que



detrás de mi salió Anna

-No te dejaré sola. –

25.-

Anduvimos por la ciudad en silencio un buen rato. Mi cabeza no paraba de darle vueltas a lo que había hecho el inspector. Intenté convencerme de que separarnos así era lo mejor de todas formas me necesitaban para saber

dónde está la última puerta. Amalia era la única que lo sabía yo era la única que lo sabía.

Respiré hondo. Tenía que pensar con determinación cual era el siguiente paso. Pero tenía que pensar en mi misma, tenía que cuidar de otra personita.

-Anna, tenemos que buscar algún hospital. Tengo que ver cómo está el bebé- Dije

Acto seguido Anna buscó un taxi y nos llevo a un hospital muy pequeño.

Había un cartel sobre una pequeña puerta que ponía Instituto Clinico Sant'Ambrogio. Era muy tarde y parecía desierto.

Recorrimos el pasillo hasta que Anna encontró la sala de ginecología.

-Tenemos que subir a la segunda planta.- me susurró Anna

Subimos por las escaleras de servicio y al abrir la puerta nos asomamos para ver si había alguien. A esas horas seguramente el personal de guardia estaría en su sala descansando como el

resto de los pacientes. Avanzamos por el pasillo hasta que llegamos a la consulta.

Anna se giró hacia mí y le hice una señal de asentimiento. Abrió la puerta y entramos.

- Amal, ¿cómo lo vas a hacer?-  
preguntó Anna

- Tranquila, cuando hice las prácticas de la universidad aprendí a hacer ecografías. No de este estilo pero en los ratos libres que tenía iba a maternidad y aprendí a

utilizarlo más. En esta especialidad se utiliza a diario muchas veces. – contesté

A la vez que hablaba con Anna conectaba el aparato y me preparaba. Ella, me miraba fijamente y parecía emocionada.

Me tumbé en la camilla y me puse el gel conductor, y al ponerme el cabezal en la tripa se vio rápidamente el feto. De repente me di cuenta de que aguantaba la respiración y se me saltaron las lágrimas al verlo. No podía creerlo, allí estaba esa cosa tan pequeña. Miré el ritmo de su corazón, el

tamaño y todo estaba perfecto. Imprimí una copia y la guarde en la mochila.

Salimos de la consulta y volvimos por el mismo camino anterior y nos dirigimos a la salida y por una vez en cuatro semanas no tuvimos que correr para salir de un sitio.

Hacia frio cuando salimos. Ya se notaba que el invierno estaba llegando.

Anduvimos unos diez minutos hasta que encontramos una hamburguesería. Era un sitio pequeño y algo cutre pero pasaríamos desapercibidas en un sitio así. Pedimos al camarero un par de hamburguesas y unos

refrescos. Devoré el plato en unos minutos. Con tanta angustia no pensé que tuviera tanta hambre.

-Anna, tenemos que buscar un sitio para dormir. Es muy tarde y mañana nos espera un día muy largo. Tenemos que llegar a Padua y contactar con el mismo señor que nos llevó a Poveglia. ¿Cómo se llamaba?- pregunté

- Aurelio- dijo ella con la boca llena

Al verla empecé a reírme a carcajadas. Hacía mucho que no me pasaba algo tan gracioso y al final acabamos las dos

riéndonos.

-Oye Anna, y ¿tus padres saben lo que haces?- pregunté

- Mis padres son miembros activos de nuestra “asociación” Amal. Ellos me instruyeron cuando era una niña y junto con Alain, fuimos a un internado que nos pertenece. Allí aprendimos todo lo que sabemos y lo que somos y hasta parecía que era preciso que estuviéramos juntos, pero no funcionó claro yo sí que me enamoré pero él no y creo que estaba conmigo porque tenía que ser. Pero basta



de hablar de mí, en cambio de ti lo sé todo. Pero había que conocerte para saber cómo eres realmente. Los informes no lo saben todo, ¿no?-

-¿informes?- dije

- Amal, tu familia ha sido nuestra prioridad desde tiempos inmemorables. Lo sabemos todo.- Anna, se giró hacia mi muy seria. Me agarró la mano con cariño- Y, Amal, no puedes abrir esa puerta. El mundo debe seguir su curso. – su expresión era de preocupación.

-Lo sé. Sé que no debo abrir la puerta. Ni

siquiera sé cómo se hace. Lo único que sé es que se necesita la sangre de la sacerdotisa, es decir yo—dije

Salimos del local y nos dirigimos hacia un pequeño hotel. Pedimos una habitación y subimos a ella.

Una vez dentro Anna se fue al baño y yo me tumbé en la cama. Cuando ella salió ya estaba dormida.

A la mañana siguiente nos levantamos muy temprano. Pagamos y abandonamos el hotel. Anna andaba muy segura por las calles de Milán. A simple vista parecía que

sabia hacia donde se dirigía.

- ¿Sabes a dónde vas?- pregunté

-Vamos a alquilar un coche. Tenemos que movernos rápido, parece que nos siguen.-  
contestó

En ese instante un escalofrío recorrió mi cuerpo de arriba hacia abajo.

Empecé a mirar hacia todos lados sin perder a Anna de vista. Ella se acercó a mí y susurrándome casi al oído

-Relájate, estas llamando mucho la atención y no deben vernos –

Por fin llegamos al concesionario. No era muy grande, pero no pasaba desapercibido. Anna entró y saludó al gerente. Ya se conocían y nos pasó rápidamente a su despacho. El hombre era muy bajito y regordete y llevaba un sombrero de vaquero, como los que salen en las películas americanas.

Éste le dio a Anna unas llaves que tenía guardadas en un cajón y salimos hacia la parte trasera del local.

Allí había un coche aparcado. Anna se dirigió hacia él y subió. Imité sus

movimientos sin saber muy bien que hacía.

- Oye, ¿quién es ese hombre?-  
pregunté

- Es mi tío. Él salió de la orden hace unos años, decía que ya no se sentía con fuerzas para seguir, pero nos ayuda en lo que puede.-  
me respondió mientras arrancaba el coche.

Salimos del aparcamiento hacia una calle principal y en quince minutos estábamos fuera de la ciudad camino de Padua. Estuvimos en silencio casi las tres horas

que duró el viaje y aunque parezca mentira  
todo estaba bien, -demasiado  
tranquilo- pensé.

26.-

Llegamos a Padua casi a medio día.

Fuimos directas al puerto y buscamos un aparcamiento. Dejamos el coche y nos dirigimos a la taberna donde encontré por primera vez a Anna con el grupo de chicos con los que estaba.

Al llegar todo estaba en el mismo lugar y el encanto pesquero seguía en el ambiente y en sus habitantes. Seguí a Anna hasta la barra. Nos sentamos en unos taburetes y pidió algo para comer. Ella hablaba italiano perfectamente y al fin le preguntó al camarero por Aurelio.

No sabía muy bien que decía pero por sus



gestos algo no muy bueno había ocurrido.

-¿Qué ocurre?- pregunté

Anna pagó al chico y salimos del bar sin probar vocado alguno

-Amal, el camarero me ha dicho que unos tipos cogieron a Aurelio y por lo visto lo interrogaron sobre ti y no lo dejaron en muy buen estado. Hay que buscar la manera de llegar a esa isla.

Anna me llevaba apresuradamente por la calle y al final llegamos al embarcadero. Se la veía ansiosa y no paraba de mirar de un

lado a otro.

-Tengo una idea. Cuando te diga te subes a un bote y te agachas. ¿Me has entendido?

– me dijo en voz baja

-¿vas a robarlo?- pregunté sorprendida. –

Estás loca-

Me empujó hacia un lado del muelle y saltó tirando de mí fuertemente.

Me tiré al suelo del bote y cerré los ojos pidiendo que no nos hubieran visto. Ella se levantó como si no pasara nada y, no sé cómo, arrancó el bote y salimos pitando de

allí.

El susto que tenía en el cuerpo hizo que mi cuerpo reaccionara mal. Empecé a vomitar y a sentirme fatal pero en cosa de cinco minutos ya llegamos a Poveglia. Anna apagó el motor de la barca y bajó. Se volvió hacia mi para ayudarme. Respiré hondo para intentar que se me pasara el mareo y le di la mano para bajar. Al pisar la tierra y escalofrió me recorrió el cuerpo. Era Amalia, estaba segura.

El sol ya se ponía y la cosa no pintaba bien. Estábamos en un manicomio abandonado

hace un montón de años de noche y con un antepasado mío apareciéndose en mi mente cuando menos lo esperaba.

Fuimos al edificio para entrar por la puerta principal. Al llegar la puerta estaba abierta. – no me extraña. Ya estarán esperándome – pensé

Avanzamos con sigilo hasta llegar a la puerta trasera que había detrás de recepción. Tenía una sensación como cuando eres pequeño y que estaba haciendo algo malo y me pillarían.

Últimamente tenía demasiadas

sensaciones, diría yo. Bajamos al sótano igual que la vez anterior. esas escaleras parecían mucho más frías y aterradoras que antes.

Aquella oscuridad que nos invadía todo el cuerpo y tenía un presentimiento de que algo no saldría bien de allí. Me detuve un momento y posé mi mano en la pared. De repente todo se volvió negro y vi a Alain atado a una silla en muy mal estado. Tenía la cabeza gacha y parecía medio inconsciente.

En ese momento desperté de mi visión.

Necesitaba respirar, una presión en el pecho me lo impedía.

-Anna, espera un segundo, necesito tranquilizarme. He tenido una visión en la que veía a Alain atado. Tengo que salvarlo como sea e impedir que abran la puerta.- dije en un tono desesperado

Seguimos avanzando por el pasillo más rápido. Ya habíamos abierto cinco puertas anteriormente y era fácil, aunque íbamos en alerta por lo que pudiera pasar. Mi cabeza no paraba de darle vueltas a la visión que había tenido y qué haríamos cuando

llegamos a la bifurcación de las puertas.

Seguíamos andando cuando de repente se volvió todo negro otra vez. Las visiones cada vez eran más frecuentes, pero esta vez se me veía a mi misma en una habitación acolchada y vestía con un pijama blanco. Me acerqué a las paredes y me di cuenta de que era yo la enferma. Intenté llamar a alguien, gritaba pero no salía sonido alguno de mi garganta. De pronto escuché la voz de Alain.

- Pero, ¿está bien doctor? -  
preguntaba él

- No, el estado de su esposa se ha agravado. El brote psicótico ha reaparecido y se le ha puesto un nivel de peligrosidad alto y debe estar ingresada hasta que sepamos los motivos y diagnostiquemos el problema.- comentaba un señor que no sabía quién era.

Alain se volvió hacia mí y puso la mano en la ventana junto a la mía.

Me volví a desmayar y al despertarme descubrí con una puerta que anteriormente



no estaba allí. Me encontraba en una habitación, parecía una biblioteca o un despacho, pero estaba abarrotado de libros. Era tan real. Todo estaba recogido y ordenado y muy limpio. De repente se abrió una puerta y entró un médico seguido por una enfermera y Alain. Parecían afligidos el doctor se sentó en la silla. Sacó un informe. Me acerqué hasta colocarme detrás de la silla y pude leer mi nombre. Lo leí por encima y una frase me llamó la atención: *individua incinta di due gemelli*. Alain empezó a llorar llevándose la mano a

la cabeza. Todo era muy confuso. Alain  
salió de la habitación.

- nessuno potrà mai sapere- dijo el médico  
a la enfermera y ella le sonrió besándolo  
tiernamente. Miré al doctor y en su bata  
llevaba la insignia de la Orden.

De repente vi a Amalia que tiraba de mi  
hacia fuera de esa habitación. Me sonreía y  
guiándome a través del pasillo hasta llegar  
casi a donde nos encontraron la última vez.  
Allí giró hacia el lado contrario y vi como  
abría la sexta puerta.

De pronto recuperé la conciencia. Tenía a

Anna encima de mi moviendome de un lado para otro.

-¿Amal, estas bien? ¿Amal? Por favor no vuelvas a hacer eso. Esas visiones o lo que sean te van a matar. Te pones livida y parece que estas en rigus mortis.

-Anna, creo que a Amalia la violaron aqui y se quedó embarazada de un doctor que la trataba. Él era de la Orden. Pero en la visión no era Amalia sino yo la que lo estaba viviendo. Vamos – la cogi de la mano eché a correr con ella.

- ¿qué pasa?- preguntó

- ¡Se donde está la puerta! ¡ Me lo ha  
mostrado! donde esta la sexta puerta.  
Tenemos que llegar alli antes que ellos. Nos  
estan esperando en el mismo lugar donde  
nos cogieron.

Seguimos avanzando por ese oscuro  
pasillo y llegamos al punto donde me  
mostró Amalia la puerta. Al llegar me di  
cuenta de que alli no habia nada.

- ¡no puede ser! Estaba aquí, seguro.- dije sorprendida. – ¡Anna, ayudame a buscar la puerta, tiene que estar por aquí!.- le pedí a modo súplica.

Buscamos por toda la pared. Palpamos cada centímetro de ese lado y allí no había nada

-Amal, creo que aquí no hay nada, deberíamos ir por el otro lado.- dijo Anna

- Pero, tiene que estar por aquí. Si ella me lo ha mostrado es por algo. No puedo dejarlo tiene que estar.

-Amal, vamos- dijo Anna sujetandome por los brazos.

- Escuchame, tengo que abrir la puerta para salvar a Alain, es la única forma. Si vamos por allí nos matarán a todos.

En un momento, en el que forcejeaba con ella perdí la consciencia.

Amal, está ahí- dijo una voz que pude reconocer.- Sólo tienes que ver en tu interior.

Desperté

27.-

-Anna, tienes que ayudarme, me lo ha vuelto a mostrar- dije mientras estaba tendida en sus brazos.

-Está bien, Amal. Vamos, se nos acaba el

tiempo.

Me levanté rápidamente y nos fuimos hacia la pared. Seguía mirando y palpándola hasta que me di cuenta de que estaba allí mi símbolo, ese que estaba conmigo desde los inicios.

-Aquí esta, Anna. Ahora tenemos que averiguar cómo abrirlo. No paraba de darle vueltas hasta que de pronto supe lo que era. ¡Una cerradura!

Cogí mi colgante y lo introduje en ella. Lo presioné, intenté girarlo hacia la izquierda y vi mi tatuaje en la mano derecha.



Sería posible o una casualidad, pensé. Giré el collar a la derecha y se escuchó un golpe seco. Unos segundos después unos engranajes y por fin se abrió la puerta. La séptima puerta.

La pared se abrió ante nuestros ojos. Miré a Anna y sin pensarlo dos veces avanzamos a través de ella. El ambiente estaba enmohecido por el paso de los años y en la oscuridad se respiraba maldad. Ella me cogió de la mano, la tenía helada y temblaba.

- ¿Anna estas bien? No dejaré que te

pase nada malo- le dije mientras le apretaba la mano.

- Estoy bien, solo que esto da mucho miedo,- contestó mientras sonreía.

Anduvimos unos cien metros ya intuía hacia donde teníamos que llegar y pensarlo me daba cada vez mas miedo pero solo pensaba en Alain y en cómo estaría.

En el silencio que nos rodeaba, escuchamos un ruido sordo. Mi intuición me decía que alguien vivo estaba allí siguiéndonos.

Seguimos avanzando, cada vez más

rápido, por ese estrecho pasillo lleno de moho y cucarachas unos cinco minutos mas y empezamos a notar que el aire ya no olia a humedad sino a humo. Sujeté a Anna mas fuerte como queriendo asegurarme del olor y vimos a lo lejos una pequeña luz blanca. Aceleramos el paso al ver lo que parecía una salida pero el olor a quemado se hacia mas intenso. Mi cuerpo se tensó y conforme nos acercábamos a la luz un presentimiento me decía que pasaba algo malo. Y efectivamente, en cuanto entre en la luz vi una gran hogera y en ella una cruz

que sostenía el cadáver de una persona. Alrededor de ella había hombres vestidos con trajes negros y sin pensarlo, salí corriendo y gritando el nombre de Alain

Al llegar al grupo dos hombres me sujetaron por detrás los brazos fuertemente e intenté soltarme como fuese. Miré a todos lados buscando ayuda y para mi sorpresa vi que Anna salió corriendo hacia otro túnel y se quedó escondida, en silencio.

De pronto escuché una voz familiar. En aquella bóveda enorme retumbaba más fuerte y más grave pero era inconfundible.

- No podía creerlo, no podía ser, estaba muerto. Pensé

El señor Fourneau apareció ante mis ojos con una gran sonrisa.

- Amal, querida, tu amor está vivo. No te preocupes por él, ha estado en buenas manos y bien cuidado. De hecho, está aquí por su propia voluntad- Dijo en tono burlon. – Él siempre me ha pertenecido, su madre era miembro de nuestra Orden y estuvo con su padre sólo para sacar información y

encontrarte. Y ha hecho un trabajo excelente.- concluyó

- Eso no es posible- respondí. – Él nunca se uniría a ti –

Mi rabia aumentaba por momentos. Pero cuando lo vi aparecer y ver que el Señor Fournaeau no mentía me derrumbé. No me podía creer lo que estaba viendo y ya no pensaba, sino sentía una gran decepción y me sentía engañada y estafada. Levanté la mirada como pude para mirarlo a los ojos. Él me miró

- Estoy embarazada- dije

Ni se inmutó. Ni siquiera vi en su mirada algo que me dijera que todo lo que me había dicho era mentira.

- Lo siento querida, es una buena noticia en un día glorioso para la Orden- dijo el Señor Fourneau

De pronto algo me atravesó y me vi abriendo la Puerta.

- Debes abrirla- me dijo la voz de Amalia.

Al volver en mi ya sabía lo que tenía que hacer.

Miré a Anna y le hice un gesto para que saliera de allí. No saldría nadie con vida de allí. No permitiría que se apoderara nadie de ese mal. Hice

- Dime que es lo que quieres y lo haré- dije cabreada.

Sabía que ellos me llevarían hasta el lugar. Tenían que saber dónde estaba la última Puerta. Y no me equivocaba.

Me ataron las manos y escoltada por Alain me llevaron por un pasillo. Volvía a hacer frío y otra vez estaba allí ese olor a moho. En la oscuridad del pasillo noté como Alain



me cogió de la mano un instante. Parecía una señal de que estaba conmigo pero no me fiaba. Estaba dolida por la mentira y mi angustia era mayor en ese gesto.

Seguimos en silencio por ese camino, sentía la presencia de Amalia allí. Ella me guiaba. Pensé en donde estaríamos. Debajo del edificio principal había una red de túneles hechos para preservar la Puerta. Estaríamos por lo menos cuatro pisos más abajo. El pasillo se hacía un poco más ancho al avanzar y llegamos a una estancia redonda con ocho puertas.

Y allí estaba la Puerta.

28.-

La reconocí de inmediato.

De esas ocho, supe en un instante cual era. Al mirarla sentí como me atraía hacia ella, pero no podía abrirla. Mi instinto me decía que no la abriese, suponía un peligro para mí y para mi bebé. Ese pensamiento me llevó a mirar a Alain, que estaba justo a mi lado. Su mirada parecía perdida, como

si no estuviera, pero no mostraba muestra alguna de él, de todos los momentos en los que estuvimos juntos.

- Sabes Amal- dijo el Señor

Fourneau – son ocho puertas las que están aquí. Hemos intentado abrirlas a lo largo de los años pero hemos fracasado en el intento.

Muchos han perecido por lo que había dentro, por eso te necesitamos. Eres la única que puedes abrirla hacia la vida eterna.

- No sé cuál es la Puerta, y si lo

supiera no sé como abrirla.- dije.

- Oh, si que sabrás cómo, eres la elegida y por lo que sé no estas sola- insinuó el Señor Fourneau.

Qué quería decir, pensé. ¿Sabría lo de Amalia? No puede ser. Al parecer, él vió en mi expresión que me cuestionaba algo y si sabia el qué.

- Claro que conocía a Amalia y a tu abuela. Amal, mi gran amigo Anthony Manzotti, me contó una historia cuando eramos niños,  
Claro que la inocencia de un crio y

un cuento para dormir eran las claves. Si, Amal, Anthony era tu tío abuelo. Hijo de Amalia. Cuando éramos pequeños él me contaba esa historia como un cuento más, no le dabamos importancia, hasta que por casualidades de la vida entré en la Orden. En los libros que me hicieron estudiar, hallé una historia que se parecía bastante a la que me contaba, pero cuando fui a preguntarle, él lo negó todo. Por supuesto que no iba a poner en

peligro la vida de ningún miembro de su familia y tuve que matarlo.

Mira por donde tu abuela murió y, la verdad, fue muy fácil encontrarte. Y gracias a Alain, todo fue más fácil.

Al escuchar esas últimas palabras, mi cuerpo entró en estado de shock. No creía lo que me estaba diciendo, pero por otro lado no me vi la realidad. Me sentía engañada y el dolor era tan inmenso que sentía que me desgarraba por dentro.

Estaba cansada y abatida. ¿Tanto era el amor que sentía por él? Ese hombre estaba

en cada parte de mi y ahora de mi hijo.

Tenia que tomar una decisión. Si abría la puerta seguramente moriría y si no ellos me matarían. Algo tenía que hacer. Miré a mi alrededor, en la sala además de las puertas no había nada. Cada puerta era diferente a la anterior y solo una, era la correcta.

- Esta bien, abriré la puerta -  
comencé a decir- no sé cómo lo haré, ni si podré y si es así no sé las consecuencias que podrá tener-

Levanté las manos a modo de suplica para



que me desataran. Miré fijamente al Señor Fourneau y éste hizo un gesto a Alain para que lo hiciese. Sus manos eran suaves y al cogermela mano para cortar la cuerda me acarició con su pulgar. Levanté la vista y en su mirada vi ternura. Ya no sabía que pensar, pero me dio esperanza.

Me dirigí hacia una de las puertas. Puse la mano encima y sentí un escalofrío. Esas puertas debían de llevar allí siglos. La madera estaba húmeda y parecía que soportaban una gran carga. Hice lo mismo con tres puertas más hasta que llegué a

ella.

La observé más que al resto. Estaba segura de que esa era la elegida. No había ningún rasgo que la diferenciara de las otras salvo que la madera estaba seca. Coloqué la mano en una de sus hojas y sentí como una explosión recorría mi cuerpo y caí en un sueño. Era Amalia, pero esta vez no estaba sola. Dos figuras la acompañaban y las reconocí.

- ¡Abuela!- sentí mis lágrimas descender por mi mejilla.
- No llores Amal, estoy a salvo y

ahora tienes que ser valiente y salvarte a ti y a tu hija. Si, lo sé. Confía en él pero solo tú puedes con esto. Si abres la puerta te arrebatará todo lo que tienes, pero si no lo haces morirás. Nosotras siempre estaremos a tu lado. Coge tu llave con la mano y colócala en la puerta, encontrarás el camino.

Abrí los ojos y me encontré con los de Alain. Estaba tumbada en el suelo y todos a mi alrededor me miraban en silencio.

Me levanté del suelo y miré al Señor

Fourneau y estiré el brazo para que me cogiera de la mano. Descolgué el colgante de mi cuello y lo rodee en mi mano y en cuanto él me tocó abrí la puerta.

Entramos en una luz muy brillante. De pronto nos rodearon unas figuras con unas capuchas blancas y muy estilizadas.

Miré al Señor Fourneau, su expresión era una mezcla de miedo y felicidad.

Sentí que esas figuras me susurraban pero no lograba entender lo que decían. Cada vez lo hacían más rápido hasta que se detuvieron de golpe. En aquel silencio

estremecedor se abrió paso una de esas figuras etéreas. En sus manos llevaba algo, no podía distinguirlo a lo lejos, pero intuí lo que era. El Cáliz. Conforme se acercaba esa figura, notaba el nerviosismo del Señor Fourneau.

Sabía que tenía que hacer. No tenía ninguna duda, ya no

Ella se colocó frente a mi y alargó sus finos brazos ofreciéndome el Cáliz. Dudé un momento pero rápidamente el Señor Fourneau soltó su mano de la mía y lo cogió. En un instante estaba fuera. Sentí un

golpe en la espalda y al abrir los ojos me di cuenta de que estaba con Alain.

Lo abracé con todas mis fuerzas y sus brazos rodearon mi cuerpo con la misma fuerza.

29.-

Me desperté en una cálida y mullida cama de hotel. Cuando pude abrir los ojos me encontré rodeada de todos mis amigos. Estaba Alain, Anna, Marco y el inspector

Pinaud. Se habían convertido en algo importante para mí.

- Amal, ¿cómo te encuentras?- preguntó el inspector .
- Algo aturdida, pero bien, creotitubee y me puse las manos en el vientre
- No te preocupes, te ha visto un médico y todo esta bien- me tranquilizó Alain. – todo está bien.

Alain, miró a su padre y salieron todos de la habitación. Llegó el momento que tanto ansiaba y temía.



- Amal, la Orden siempre ha querido reclutarme, era una pieza importante para ellos, por eso no podía estar cerca de ti mucho tiempo. Estaba vigilado continuamente y conocían tus pasos. Por eso no tuve más remedio que unirme a ellos, para que bajo mi mando no te siguieran.-  
bajó su cabeza a modo de disculpa.
- Me imagino que todo era un papel que tenias que seguir, pero me

hiciste daño y eso no te lo

perdonaré- corté tajantemente.

- Necesito que me perdones- dijo  
desesperadamente

Anna, entró en la habitación con una

bandeja llena de ricos y deliciosos dulces.

Llevaba croasaints, magdalenas y una gran  
tetera..

- ¿Nos vas a contar que fue lo que  
pasó allí antes de que te  
desmayaras?- preguntó con mucho  
interés dejando sobre la cama la  
bandeja.

- Cuando abrí la puerta, nos adentramos en una intensa luz. De pronto nos encontramos rodeados de unas figuras etéreas vestidas con unas túnicas blancas. El Señor Fourneau, me agarraba la mano con fuerza pero entusiasmado. Una de ellas se acercó a nosotros portando una caja. Supuse que era el Cáliz y así era. Se detuvo delante nuestra y adelantó sus brazos hacia mí para que lo cogiera y bebiera de él, pero era un sacrificio,

el mio. Entonces el Señor  
Fourneau me soltó la mano y  
rápidamente cogió el Cáliz. Y me  
desperté junto a Alian. Él se  
sacrificó o más bien su avaricia  
hizo que yo me salvara y la puerta  
se volvió a cerrar.- mientras  
hablaba no me di cuenta pero me  
había comido todo lo que había en  
esa bandeja.

Cinco años después....

Paris es una ciudad increíble. Desde la ventana de mi habitación podía ver la Torre Eiffel en todo su esplendor. Me encantaba mirar por esa ventana todas las noches, me relajaba.

De fondo escuchaba risitas, me giré y ahí estaban Alain y Amelia, con sus ricitos abrazada a su padre. Era una estampa preciosa que quería mantener en mi recuerdo para siempre.

Londres,

La niebla sembraba Trafalgar Square. En las puertas de la National Gallery un joven bien trajeado esperaba fumando un cigarrillo.

Un hombre alto se le acercó y le dio un sobre con un sello. El sello de la Orden